

ESTUDIO CRÍTICO FILOSÓFICO

Dolencias
Políticas y Sociales

POR

Santiago Adrados

PRECIO: CINCO PESETAS

MADRID

HIJOS DE T. MINUESA, IMPRESORES

Juanelo, 19. Teléfono 979.

1925

HESPERIA

LIBROS HISPANICOS

ZARAGOZA

ESPAÑA

DG
COM

DOLENCIAS

POLÍTICAS Y SOCIALES



T. 1382100

2A 048106

ES PROPIEDAD

ESTUDIO CRÍTICO FILOSÓFICO

Dolencias Políticas y Sociales

—
—
POR

Santiago Adrados

—
—
PRECIO: **CINCO** PESETAS

MADRID

HIJOS DE T. MINUESA, IMPRESORES

Juanelo, 19. Teléfono 979.

—
1925

R 177051

ESTUDIO CRÍTICO FILOSÓFICO

Dolencias Políticas y Sociales

Santiago Chile

PRECIO CINCO PESETAS

MADRID

LOS SEÑORES EDITORES, IMPRIMERIA
"LA VANGUARDIA" S. A.

1932

INTRODUCCIÓN

Tan recios han sido los sacudimientos que ha recibido España, que su suelo se ha abierto para sepultarla moralmente.

Tiempos antes marchaba altiva y descansaba sobre un eterno pensamiento de vida que embarcaba sus facultades, que ocupaba sus instantes, que llenaba su existencia.

Un inmenso poder de la desgracia la ha hundido en un caos tenebroso donde vagan tantos y tan diferentes y tan opuestos elementos, que luchan de continuo, se chocan y se pulverizan en pos de un punto luminoso de donde pueda venir una ráfaga que alumbre sus destinos y los cubra con laureles. Seguramente bastará para ello una idea robusta, que, enfrenando tanto desorden y tanta anarquía, se enseñoree de los entendimientos y los vuelva al camino de la verdad. No hay verdad nueva en este mundo: la verdad está contenida en el primer acierto; luego con que se trate sólo de establecer la ilación entre todas las verdades, el

error, hijo de la primera mentira, quedará de hecho disuelto al fuego de las cosas con la razón.

Un pensamiento grave y dominado por un pensamiento profundo es el que oprime y ahoga los espíritus.

En el mundo cada época tiene la desgracia de sus equivocaciones, y las equivocaciones son el mayor estímulo para el pecador de los remordimientos de su conciencia. Los hombres que instituyen un Gobierno y gozan del derecho legítimo para hacer cuanto sea útil para su pueblo, no cumplen con su deber si en las grandes dificultades no dan las pruebas más claras de sus mayores esfuerzos. El pueblo, desde luego, no ignora lo que requiere para vivir y para construir su porvenir dentro de las reglas normales; pero si los hombres de Gobierno tratan de desperdiciar el tiempo y las ocasiones que son tan necesarias a ese fin, o son tan necios que tratan de edificar en terreno de su exclusiva pertenencia, no podrá extrañarles se les opongan los inconvenientes que ha enseñado la amarga pero lógica experiencia. Cuando existe fidelidad en el reconocimiento de las cosas, es una prueba evidente de que se tiene el conocimiento de que las más imperiosas necesidades consisten en analizar a fondo cuanto demanda la sociedad para su estricta justicia; y cabe entonces esperar las consecuencias de la advertencia.

¿Un pasaje histórico? No; varios pasajes históricos, llenos de sangre y de lágrimas, que su enjuiciamiento podrá servir de lección, confunden e

irritan con su fruto. Pocas veces tan dolorosos acontecimientos se vieron agrupados en tan corto espacio de tiempo; nunca la correlación misteriosa que existe entre los actos y sus consecuencias se desarrolló más inesperada y con más rapidez; ni en tiempo alguno las debilidades y los desconciertos engendraron más deprisa las faltas. Se alude a los sucesos de Marruecos. La justicia remuneratoria que el poder militar ha colocado en sus mismos actos como una conciencia sagrada de la fatalidad, nunca se manifestó más evidente, nunca la ley moral se dió a sí misma un testimonio más brillante de su castigo con menos compasión. La imparcialidad del tribunal militar no es la del espejo que se limita a reproducir los objetos, es la del juez que ve, que escucha y que falla con una conciencia que Dios quiera que más tarde sirva de ejemplo para todas las demás clases de la sociedad, que han influido eficazmente en la representación del drama, y que, por tanto, han de ser juzgadas.

Los poetas dicen que las nubes toman las formas de los países que han atravesado, y amoldándose sobre los valles, los llanos o las montañas, conservan la impresión que reciben y la llevan a los cielos. Esta debe ser la imagen de todos los hombres en esta ocasión, para no despojarse de su verdadera característica hasta comparecer en el tribunal. Ya que no han sido dignos de su cometido en su centro, que lo sean fuera de él. Cuando David cometía una falta en su Gobierno, cubríase la frente de ceniza ante su pueblo y se

prosternaba ante Dios pidiéndole fervorosamente perdón. La confesión del pecado descarta las dificultades de alcanzar la absolución.

Si un espíritu desacertado o egoísta con un exterior de probidad ha sido el gesto de las conductas, ¿por qué ahora no puede ser el honor la virtud que se le enseñe para que le contemple? Esto será querer cumplir con el deber; si no se hace así las vías legales están declaradas contra los delincuentes. Si a la naturaleza, con el ardimiento de sus pasiones centrífugas, se la consintiera abandonarse a sí misma, no tan sólo sería incapaz de ejercer sus funciones, sino que esas mismas pasiones acabarían por asfixiarse las unas a las otras. Toda máquina que tiene varios depósitos de vapor, si no obedecen a un solo e idéntico regulador, cada depósito funciona en sentido diverso y ocurrirán mil contratiempos que serán causa de no poder avanzar un paso. Para establecer una marcha normal se impone reconcentrar todo el vapor, dirigirle hacia un punto determinado y dejar una válvula de seguridad. Pues, bien; este es exactamente el procedimiento que compete seguir a la justicia con los delitos de los hombres: concentrarlos, dominarlos y evitar unas veces que estallen por el excesivo vapor, y otras, que se extingan al amparo de su mucha fogosidad. Así, los extravíos que los arrastran cuando no existe en el fondo del alma el saludable convencimiento de su propia debilidad, se someterán necesariamente al deber y se logrará sofocar el delirio y se obligará

a que todo marche por el camino bosquejado por un procedimiento regulado.

Existen muchos Maquiavelos que hacen de la política una conducta aparte e independiente de la justicia y de la moral. Hay, en cambio, muchos ciudadanos que hacen sus deberes sin gozar de los derechos que les corresponden. En esta diferencia influye la suerte de cada uno; es una proclamación de la desigualdad vergonzosa y cruel. Y nada más justo ni más razonable que una limitación en la disciplina política que imprima una potestad elocuente en favor de la igualdad digna del hombre. No cabe mayor desacierto que derramada la luz por un entendimiento y disipadas sus dudas le sea su conocimiento altamente dañoso al corazón, porque en los espíritus soberbios flote un aspecto diferente al verdadero estado de espíritu humano. No se advierte lo provechosa que pueda ser la unidad que enlaza las ideas, que purifica los sentimientos y centraliza las voluntades. Es un signo de templanza, un guía para marchar sin tropiezo por el sendero de la armonía.

El obrero y el empleado, unidos por una disciplina estrecha a la tarea diaria, encuentran en ella monotonía y regularidad; en sus ocupaciones encuentran una carga pesada, pero la sobrellevan.

El empresario y el negociante consideran sus preocupaciones, sus constantes inquietudes, los cuidados morales que los asaltan, como los trabajos más incómodos para gozar tranquilamente de la vida, pero se someten a sus consecuencias

El sabio se duele de que la notoriedad y la gloria no le llevan consigo la fortuna después de largos estudios y de difícil investigación, pero se resigna al hecho de no ser bastante bien apreciado.

El militar y el sacerdote se sobreponen a la impresión de cuanto los revela su alma, pues no pueden menos de reconocer que su virtud debe rayar en una suavidad hermanada con el heroísmo.

Cada cual fija los riesgos y las ventajas de su ocupación o profesión y exagera los inconvenientes. Cada cual juzga desde su punto de vista con esa eterna pretensión del hombre que todo lo reduce y mide por sus personales prejuicios, sus pasiones y sus sufrimientos.

El único hombre que ofende a la sociedad dando a la política un signo de profesión es el político. Seguramente le reprueba la sociedad porque sus confesiones no pueden declararse por cuanto las supone o tienen de malélicas, y porque su desorden no tiene trabazón posible con el concierto de las cosas que representan verdades y se creen como de fe. Los políticos, como tales, no son un conjunto de hombres, sino una bandada de buitres que pretenden devorar las entrañas de la nación si un Hércules no viene, como a Prometeo, a libertarla del suplicio.

El trabajo es un acto determinado por la necesidad, y la necesidad por sí es inmanente en todos; produce al hombre sufrimiento y dolor, y el hombre trata de evitarlos en todo lo posible por la ley mecánica de la economía de las fuerzas. Procura

honradamente obtener lo que se considera más ventajoso con lo que se piensa es el mínimo esfuerzo, o sea, allear hacia los saludables efectos que produce la inteligencia, la cultura y la voluntad.

El trabajo presenta manifestaciones muy distintas, y cada uno mide, como se ha dicho, el esfuerzo con una medida particular. Aparecen opiniones varias, numerosos prejuicios, falsas concepciones robustecidas por los que tienen interés en entender las ideas cuya influencia extravía el buen sentido público.

Antiguamente la inspiración de la sociedad estaba relegada al juicio de los economistas, los sociólogos y los científicos; hoy son los políticos, a quienes se tacha de hada enemiga que ha venido exclusivamente para echar sobre el hombre toda clase de defectos y miserias.

La política, aunque agrada a pocos, a todos interesa porque se roza con todo: la religión, la historia, las ciencias, la literatura, la agricultura, la industria, el comercio, la paz, la guerra, el capital, el tributo, los aranceles, la fuerza pública, todo, en fin, le interesa; todo deviene cual una consecuencia, y, sin embargo, trae consigo de varias maneras diferentes la desorganización y el desequilibrio de los cuerpos que la son afectos. Perdido su centro de gravedad la es necesario un contrapeso: el Ejército. Este contrapeso es, en el orden económico, negativo, pero es indispensable para mantener en equilibrio al Poder.

El ocuparse de política en estas circunstancias tan críticas significa ocuparse de buscar remedio a la enfermedad de una nación desesperada. La voz pública tiene conocimiento del origen y naturaleza de los males que padece la nación; sabe perfectamente que son efectos de extravíos lamentables, de monstruosos delirios de los hombres de gobierno. Lo que nadie sabe fijamente es si el pueblo se limitará a aborrecer los errores y a ser benigno con los que han errado o largará sus observaciones hasta frente de todos los propuestos como culpables, hasta frente de todos los delincentes.

Las faltas que lanzan a un país a un abismo de desgracias se reparan siempre buscando la relación necesaria entre el efecto y las causas que han producido. Aquí, no cabe duda, no existe función alguna del hombre que la justicia y la moral no estén obligadas a legitimar; por esta razón no pueden contentarse sin conciliar en todas sus partes lo verdadero con lo hecho.

A la manera que el fabricante de carbón quema la leña verde para quitarla la parte de humo asfixiante que contiene, a fin de no dejar para el uso doméstico más que la lumbre pura, así también a la justicia y la moral corresponde desplegar un espíritu de vigilancia para quitar a cada pasión su parte de humo, o sea su influencia deletérea, con objeto de no conservar más que el fuego para la vida y la salud.

CAPÍTULO I

Dispersión de los organismos político sociales.

Todos los miembros que forman el organismo del cuerpo político y social, por circunstancias de engaste y por falta de sólida base y de unidad, están dispersos, y no sólo ofrecen una sensible desviación, como faltos de conocimiento unánime, sino que viven indignados unos contra otros, cual si las leyes del mundo físico y moral no discurriesen observando para todos los mismos métodos y las mismas realidades; cual si el camino que todo el mundo está obligado a andar en la vida no condujera igualmente a la parte objeto del particular destino de cada uno, y a la parte objeto del general destino de todos.

¿De qué puede ufanarse la ciencia que hace inmortal por sus maravillosas creaciones, si no enseña a servirse de ellas contra la locura de los hombres, que desean con empeño inusitado lo que de otros depende?

¿Dónde están la inteligencia y la actividad, que dentro de la libertad de albedrío tienen en sí pro-

pías el principio de sabias y justas determinaciones, que no demuestran con la aplicación de las fórmulas cuanto han menester las cosas? ¿De qué sirve a los voceros políticos del orden de las aves de Nueva Guinea el arte de componer discursos, si no se sirven de ellos para hacer la felicidad de los pueblos? ¿Es que los políticos no dicen nada conforme con la razón, o es que los hechos condenan la exposición o conjunto de viciosas mentiras que ponen al descubierto, que no son, en el fondo, vistosas aves de Nueva Guinea, sino avu- tardas manchadas de negro? ¿Cómo no consiguen probar con razones que la mezcla de humores contrariados es cosa distinta a la posibilidad de existir en los cuerpos sociales? ¿Cómo, apoyados en la esencia de esa realidad, no sujetan las contrariedades a las leyes generales? ¿Es que no es posible desenvolver una definición cuando se carece para ello de ideas puras? ¿Cómo no enseñan a hacer llegar al término obligado los bienes unidos que tienden a un justo fin? ¿Es que esta explicación significa la facultad de entender lo que no se exige para la posesión de un contrato social, cuya conformidad no se desea cumplir? ¿Quién repara en el placer que ahuyenta el dolor ajeno?

En las sociedades modernas no existen ya los hombres encargados de velar por las cosas que verdaderamente les pueden proporcionar sensaciones gratas. Se han desviado de las cosas tan sencillas como mostrarse dignos servidores de su deber.

En el mar del mundo político todos los hombres quieren atraerse en pos de sí la nave del Estado y gobernarla; todos, sin disimulo ni escrúpulo, siguen el norte de sus intentos; pero evidentemente no hay ningún ser de conciencia bastante que actúe ni se fuerce para hacer comprender el camino de los manantiales de la verdad, para que nadie pueda equivocarse y beber impurezas.

Todos los hombres públicos, en nombre de un fingido bien social, quieren ser poder, y en honor a la fidelidad de lo que se ve, quieren ser poder por su flexibilidad para transigir con la liviandad y acomodarse a intereses que no son precisamente los de la justicia. Todos sus actos de poder son no más que la expresión de un movimiento contrario a la neutralidad, lo que se verifica actuando sobre una conducta de imitación no interrumpida. ¿Qué significan, pues, esas imitaciones entre todos los sectores políticos, no interrumpidas durante tantos años? Implica complacencia entre todos, como asimilados; atonía en el país que lo consiente. Mas semejante diversidad de conducta entre ambas partes tiene la característica de los conflictos o choques; los elementos adyacentes a las partes se ponen en movimiento y se propaga como las ondas; pero en las ondas no hay los engaños y los errores que en la estructura política y social; las ondas, naturalmente, se normalizan, y en la política y la sociedad no se combinan sino lógicamente los elementos, y, por tanto, no se neutralizan mediante alteración del orden regular. ¿Acaso

puede ser así suficientemente útil a la sociedad el hombre que educa, el hombre de ciencia que, sirviéndose del puro conocimiento especulativo, puede ir tan allá cuanto requiere el alcance del desorden del hombre político y práctico? Las consecuencias mentales en la sociedad son de desenvolvimiento ulterior en todos los conocimientos, son susceptibles de combinaciones y reacciones infinitas; pero no hay posibilidad de defenderse cuando predomina un organismo político que no se ve correspondido más que con el goce pasional. Los adelantos por civilización no se puede dudar que son un factor en el desenvolvimiento de la sociedad; pero cuando la sociedad es víctima del instinto pasional de sus agentes, la cuestión consiste entonces en que la relación de los asociados es imperfecta, y que cada uno busca la ocasión de las mejores oportunidades para aprovecharse particularmente. Al parecer, ¿no es más útil a la sociedad el hombre que esparce la siembra sobre la superficie de la tierra que el gañán que la cobija? No hay nada más parecido a la certeza.

Si el primero no repara en la bondad de la calidad, ni tampoco en la medida y exactitud de la cantidad de la siembra, de poco servirá al segundo cubrirla mejor o peor para que germine, en la proporción debida, en las entrañas de la tierra.

Sin reunir convenientemente las partes que forman la trama obligada en todas las cosas, no pueden florecer las relaciones recíprocas. El bien de la sociedad, considerado en sí mismo, es un gran

objeto intentado por la Providencia, pero confundido por el hombre por un consolador egoísmo, en las alternativas de los placeres y dolores.

El conjunto artificioso del universo es una maravilla, cada hombre es una rueda, un mecanismo de ese conjunto admirable que debiendo actuar con voluntaria y noble dependencia y gran precisión se interpone en él la desgracia de que nadie se gobierna como debiera, ni va en seguimiento del curso universal de la máquina; sigue una fantasía, un sentido de preferencia que forzosamente destruye el juego regular de las piezas que constituyen el orden natural. Y esto sucede porque el enlace que tiene todo funcionamiento con la ley, de la cual depende, no obedece más que al fenómeno capricho.

Las leyes de todos los órdenes trazan un camino que seguir; pero las leyes, se achaca, son obra de la parte más débil de la sociedad y del menor número. ¿Cómo? Sí; por su incapacidad para defenderse sola ha inventado las leyes y las ha puesto sobre la Naturaleza. No ha tenido en cuenta al formularlas más que a sí mismo y a sus intereses; así que, dados sus antecedentes, sus razones y sus fundamentos no prueban ni condenan nada.

Este es un pensamiento muy arriesgado, que, aun basándose en principios ideológicos, se vuelve contra sus enemigos, porque responde a los deseos del corazón como a secretos del encanto regulador del género humano. Es claro que no naciendo ni de la conciencia ni de la evidencia no puede te-

ner otra fuerza que la que puede llamarse instinto intelectual; por esto no cabe pensar en otros motivos ni pensar en otro punto de apoyo que en la sumisión a una necesidad indeclinable de la propia naturaleza; esto es, asentada en el seno de la pasión, que después de todo aquí es fuego necesario para la vida, es luz que vivifica los sentidos y la actividad, que es una revelación de la vida sobre la tierra.

- Si las leyes son producto de los débiles, justo será reconocer que son una victoria propia de héroes; porque habiendo en el hombre tan acentuadas inclinaciones de una falsedad puramente racional, el abatir y coaccionar sus pasiones y sacar triunfante de la contienda la razón, es sobreponerse a todo orden insensible y de injusticia al sojuzgarle. La ley atestigua de la manera indudable que atestiguan los hechos el cumplimiento del deber, a pesar de todo otro contrario impulso. La ley es, pues, una necesidad intrínseca que su atributo ha sido siempre eficaz, sobre todo al atravesar el caos de los tiempos, al romperse las cadenas de la opresión. ¿Qué sería de la libertad sin la determinación de la ley que deja libres todos los movimientos, ya débiles, ya vacilantes, ya consistentes del hombre? Obedeciendo a la ley, se conserva el dominio de la voluntad, porque tal obediencia es la demostración de contigüidad con su naturaleza. En cambio, es una fatalidad que rompa los blandos lazos de disciplina social, el conjunto de maquinaciones que tienen su influencia en

el secreto que envuelve el temor, el recelo, el misterio, la urdimbre de miserable condición.

Es triste condición humana que todo se recrea en el olvido de los movimientos del interés ajeno; todo está moldeado en la actuación de Hércules cuando se llevó los bueyes de Gerión sin haberlos comprado y sin que nadie se los diera, dando a entender que esta acción era justa, consultando la naturaleza, y que los bueyes y todos los demás bienes de los débiles y de los pequeños pertenecen de derecho al más fuerte.

El mar es siempre un espejo cristalino del cielo; las aguas muestran la claridad de su pureza; las nubes salen de debajo del horizonte y vuelven sobre las alas de los vientos; no hay posible confusión ni en los abismos ni en las estrellas; es todo uniforme debido a que al hombre, por su incapacidad, le está prohibido penetrar en semejantes arcanos; en cambio, en las cosas que Dios ha generalizado su intervención, en las diversas cosas que han sido hechas para su comprensión y después para su expresión, se destaca el imperio de la más obstinada terquedad, inundando su corazón de disgustos por no apartarse de ir siempre a lo suyo con menosprecio de lo de todos.

¿Acaso falta reconocer que la especie humana es una sola y misma especie de seres y que aparece siempre bajo una misma figura y con los mismos orígenes de tradición e incontestablemente con los mismos derechos de llevar un nombre y relacionarle naturalmente con los menesteres de

esta tortuosa vida? ¿No está toda la vida producida por los mismos fundamentos y es toda ella igualmente atendible y gira en círculo uniforme, engendrándose unos cuerpos en otros? ¿Por qué tanto insensato que sólo indaga, razona y teje para sí mismo con exclusión de su prójimo? Aparte de los derechos por la imagen que en el hombre resplandece y por la justicia que entraña la atención de la vida, subsisten, es verdad, diferencias que no puede restablecer ni el principio fundamental que da unidad.

Las diferencias en el hombre, desde luego, están en las aptitudes, muy oscuras por cierto de entender porque son en él un enigma.

Cada hombre, como cada fermentación, tiene su fermento específico. El espíritu se reconcentra en él, se remite prudentemente a los sentidos condensado en satisfacer investigaciones e interrogaciones silenciosas, sin que nadie sepa de qué puede ser causa y origen, a semejanza de un Junco Bruto; únicamente más tarde, cuando allá en el fondo se madura, se le comprime y se le obliga, es cuando se obtienen las medidas y divisiones de las producciones que le permite la naturaleza, que ya son sencillas y poco importantes, como los fermentos solubles, o ya las distingue una organización con caracteres fundamentales de plenitud de vida, como los fermentos figurados.

Tales divisiones de capacidad tienen entre sí una correspondencia íntima, aunque la una supone la desconfianza en el entendimiento del hombre,

que no se basta a sí mismo para el conocimiento de muchas verdades, y la otra en su voluntad, que es demasiado veleidosa y débil para que al hacer el bien pueda quedar encomendado a su flaqueza. Estos razonamientos no injurian ni rebajan la dignidad del hombre, si se tiene en cuenta que no hacen más que confirmar lo que es en realidad, sujeto e incluido a la prevaricación del primer padre.

Pero el espíritu que se mueve y modifica y el entendimiento que con la claridad de las mudanzas se despeja, ¿no bullen en un estado de hacer noblemente la dicha en la vida? Parece un sueño funesto; pero es lo cierto que todo está pronto y completamente dispuesto a recibir lo que se quiera ofrecer y dispuesto a fijar en su domicilio lo que puede ser de la pertenencia ajena. Es un ejemplo, que se extiende por todas partes, de los que gozan del bien, de la felicidad social, y que le dan a cambio de la virtud perdida; es un concurso que los privilegiados prestan atentos a artes de familia a cambio de una oleada de apariencias fugitivas que encierra la naturaleza cuando se es devoto fervoroso del aprovechamiento, y en el aprovechamiento personal consiste su mayor merecimiento. Amar las cosas cuyos intereses son inseparables de los propios, y de cuya desgracia o felicidad se está persuadido que depende su felicidad o su desgracia, da idea de ser fieles guardadores, pero es consagrarse contra el bien público. Es difícil no perder de vista el bien particular y

ver a la par el medio de no perjudicar los intereses generales. No basta que esté en el ánimo renunciar al mal de buen grado; es preciso, para conseguir el bien común, no olvidarse de renunciar al bien propiamente exclusivo.

Muy pequeño corazón tienen quienes todo lo ocupan, y por todos los medios imaginables, en su propio interés; pero estos son los presagios ciertos de cuanto se verifica. ¿Qué arreglos, qué armonías sociales pueden esperarse cuando al desheredado, al necesitado se le sustrae la parte alcuota que de derecho le corresponde? Cada hombre parece criado en un planeta diferente, sin tener comercio íntimo con los demás hombres, ni dependencia con ellos, ni gracia que venga sobre el humilde. Cada uno se atiende a sí propio y a sus familiares y considera el cuidado ajeno inútil y ridículo. ¿Qué se cree, que nada queda que oír ni que ver, que las alternativas en el mundo no han de alcanzar a unos y a otros en sus evoluciones? Miserables si creen no tienen necesidad de nadie, bien para recibir los alimentos que se requieren en esta vida, bien para recibir los que le han de llevar a la otra.

Todos los hombres son miembros de un mismo cuerpo social. Dios los hizo mutuamente dependientes entre sí para que unos a otros se sirvan; así que nada puede hacer el hombre fuera de este sentido, si desea asemejarse a Dios, que es tanto como ser instrumento de la prosperidad de los demás hombres.

El sacrificio de la pública felicidad es una tiranía; mas se padecen tantos tiranos, que no ya por su propio reposo, no ya por una culpable inacción, se deja perecer incluso de hambre al universo, sino que ha llegado la barbarie al extremo de discurrir en cada ocasión por dónde unos podrán adueñarse del sustento de otros.

Así se explica la dispersión de los organismos, así se explica se navegue sobre el fango depositado por tanta inmoralidad en cuyo abismo ha de hundirse la nave irremisiblemente. Pero ¿adónde mira el sentimiento levantado y en qué se esfuerza la inteligencia en el mundo? Indudablemente el mundo está penetrado de su aborrecimiento y de su malevolencia. El motivo al ultraje y la ofensa de unos elementos contra otros es universal, y también es sensiblemente universal la falta de virtud para hacer el bien como mejor venganza.

Mostrar al hombre el valor estimado, y se le verá inquieto, titubear, hasta que por fin da la vuelta, con la seguridad y la fijeza que la aguja al Norte, hacia la parte del interés.

En atravesándose intereses materiales, no hay ley, ni razón, ni estimación, ni empeño que pueda unir a los hombres. ¿Por qué tan peligrosa inquietud? El hombre naturalmente quiere, pero de que repentinamente levante su mano y persiga el interés, sin moralidad en su determinación y con daño de otros, a que ponga su cuerpo en movimiento y persiga ese interés con moralidad en su determinación y con provecho individual y colec-

tivo, hay un abismo. Esto es: si el hombre quiere la posesión del interés como salido de la nada, se refiere a un interés ilícito, mal entendido, y tiene todas las consecuencias de la atribulación de los males; si, por el contrario, quiere la posesión del interés como salido de su trabajo, se refiere a un interés lícito, bien entendido, y es bueno y fiel servidor.

Si se tratase de desterrar del mundo el interés bien entendido, sería tanto como tratar de arrancar al cuerpo universal el alma que le vivifica y mueve. Sin la pasión del interés, ¿puede haber ambición para gozar con los bienes temporales? Sin interés, ¿puede haber habentes y carentes, los cuales brotan como una fuerza obrando en dirección y razón opuestas? Sin interés, ¿puede haber amor a la gloria, cuya base está en la riqueza del entendimiento? Sin interés, ¿puede haber intrigas, que son la substancia del invento y la manifestación advertida de la crítica? Sin interés, ¿puede haber odios, que son las voluntades puestas en juego con la aversión? Sin interés, ¿puede haber venganzas, que es la satisfacción al agravio que se evade? Sin interés, ¿puede haber arreglo de los males si no se ponen en ejecución las determinaciones al objeto de que no se desvanezcan inútilmente el cuidado y la facultad de la voluntad para elegir lo conveniente y evitar lo inconveniente, el temor a los peligros con cuyas prevenciones suspira la reflexión y será fácil huir de la temeridad y entregarse a la sensatez? Sin interés, ¿puede ha-

ber conformidad con la honradez, las leyes y el estatuto de la obligación? Sin interés, ¿puede concitarse el examen cuidadoso, incluso de lo justo y oportuno? Sin estas turbulencias, que son sucesos en el hombre que piensa, quiere y se mueve, ¿qué queda en la tierra? Una esterilidad que no conduce a ningún resultado positivo; una sórdida ociosidad pesada como un cadáver.

A todo es preferible la lucha, sobre todo cuando puede causar un tránsito del principio de contradicción a las verdades reales que mejoran las condiciones a servicio del hombre. Ningún pensamiento progresivo se corrompe porque venga de una disputa; ninguna luz del cielo se mancha por iluminar un accidente; lo esencial es que su sentimiento responda al fin a una regla u objeto de subordinación.

Evidentemente el muelle real que da movimiento a la articulada máquina del hombre es la pasión del interés; si se le quita ese estímulo por un solo instante, se parará de repente. Entonces el corazón frío entrará irremisiblemente en gangrena, y no sólo le incapacita de todo sentimiento, sino que se transmite a la sociedad el efecto correspondiente. ¿Qué es el hombre ahogado por el ansia excesiva de las palpitations que apetece? Una víctima. Y ¿qué es preferible, el hombre que no repara en el interés, o el que es su móvil único el interés? El hombre que no repara en interés ha de suponerse un hombre de bien; pero, ¿y si merece ese concepto porque encuentra un verdadero deleite

en reservarse para sí mismo siendo a todo lo demás insensible e indiferente? En tal suposición hay engaño porque hay referencia a los halagos de un bien fantástico, que al fin y postre se convierte en mal cierto, ya que se estima a la indiferencia que es igual que prescindir de toda inteligencia o comunicación. Podrá considerarse feliz porque nadie le inquieta, ni los azares propios de la vida le apuran; pero, ¿puede considerarse estable en un estado sin determinación? Está falto de toda inspiración y de toda luz si así lo cree. El hombre que se encierra en sí y no convive con su semejante, claudica de su destino, y si sabe adónde le conduce su deseo, ignora adónde ha de llevarle como remate la suerte. Con dejar pasar la oportunidad de ser útil a la sociedad, no se consigue otra cosa que faltar a la facultad que supone una relación inmediata con aquélla. Dejar correr las aguas cuyo aprovechamiento ha huído, es lo mismo que sumergirse en los espacios de un concepto vacío para encontrar una opinión sólida.

Para vivir en sociedad no basta gobernarse temporalmente a sí mismo; es preciso gobernarse constantemente en un juicio que afirme la identidad colectiva.

Si por el momento es dueño de un tesoro y con él y la vida de vegetación, cual la de los hongos, se es feliz; si hasta estorba conocer la cicatrización de los males sociales, ¿de qué puede ser deudora en este caso la sociedad? ¿Cuál puede ser en ella el derecho cuando se ha actuado limitándose

a gozar un exclusivo bien y se ha desoído las quejas y los suspiros de los que no disfrutan ninguna satisfacción? La sociedad no puede ser deudora de nada que no justifique un acreedor; como derecho tampoco puede ostentarse ninguno, porque el derecho tiene que negarse siempre que obedezca a un mal. ¿Acaso se hace para ser dichoso? Vivir no hallando dentro de sí más que sombras imaginarias o llevar fuera de sí cuanto está fundado en el orden sensible, es, en efecto, no darse cuenta de la admirable sencillez con que se reúne en una idea y se coloca en una encarnación la humanidad. Así será posible vivir dichoso, pero se vive fuera de la conciencia y de los hechos de toda idea sensible.

El hombre cuyo móvil esencial es el interés, anda violento, sin orden ni concierto, sin ley y sin razón; vence dificultades sin reparar en si falta a su propia conciencia; pasa sobre las dificultades vencidas, se confunde en sus acciones, y su confusión degenera en una falta de conocimiento de justicia. Ni siquiera le detiene la duda, en la que hay una imagen viva del disimulo, de la mentira que distingue al traficante y oscurece su dignidad.

Después de todo, el movimiento y la agitación que se produce, ¿corrompe las aguas cual la estagnación? No por cierto. Pero no hay que tratar de adulterar la legitimidad de los medios. Cuando el interés camina con la ley en una mano y en la otra el honor, no necesita profundos principios en qué fundarse para demostrar que según es el sen-

tido que realza la acción, es en definitiva la bondad de sus consecuencias.

La ciencia fija las leyes fundamentales del orden natural, la moral las condiciona, el orden establece la armonía; pero el hombre es tan descastado, que prescinde del principio de la naturaleza y también del principio de la moral y del orden y no practica otro interés que el comprendido en su ley particular. ¿Y por qué falta a la norma que requiere el derecho, la moral y la justicia, que deben tenerse por base y cumplirse? ¡Ah! Es que le falta el ejemplo. Para hacer un hombre honrado se necesita el ejemplo; después, por lo que fuere, la fuerza, basada en la justicia. Además, es muy propio en el hombre el error, y el oponer error contra error y extremo contra extremo, sobre todo cuando no sabe conservarse por la verdadera razón.

Si los hombres han de vivir asociados, deberá predominar en todos, por igual, el deseo de que se cumpla el precepto moral y el precepto de justicia, al mismo tiempo que con ello se cumple una regla de derecho. Si el hombre, en su obstinación, abdica de la condición de su dignidad humana al ejercicio que sobreviene de un bien netamente particular, ¿se puede llevar a efecto la noble tarea que le está asignada? A nadie podrá persuadir de esta cualidad, porque a nadie ha hecho exteriormente partícipe de semejante actuación.

Cuando el hombre obra contra lo pactado por las leyes mediante artes que obedecen a pasión o

mala voluntad, le es imposible eludir su responsabilidad, no ya por los perjuicios materiales causados, sino por el ejemplo escandaloso que produce, y cuya responsabilidad debe ser una realidad proporcionada a la gravedad de los hechos.

Si la sociedad no se queja, acentuando en forma debida los abusos de su tolerancia, y recolecta abundante cosecha de víctimas, peca de blanda, y no es mucho pedir que al mal empleo de la indulgencia concedida suceda en un momento determinado un castigo ejemplar.

— ¿Cómo se puede garantizar la mayor suma posible de felicidad entre los semejantes, si las reglas que por la naturaleza misma de las cosas se hallan en disposición de emplearse no se emplean con lealtad? ¿Quiere el hombre formalmente adherirse al hombre y formar parte de su sociedad? Sí. Pues ¿por qué no respeta íntegramente la honra, la libertad, los intereses, los derechos de su hermano? Prometerle obrar en justicia y simultáneamente causar víctimas no se comprende. Prometer reservarle los productos de su trabajo y arrebatarlos, ¿es querer vivir en la comunidad honrada de los hombres o es querer separarse de ella? Desde luego se falta a la promesa de cumplimiento de fidelidad por un deseo ilícito; se falta deliberadamente a las conveniencias sociales. Y si la parte ofendida con tan atrevida osadía viniera con la defensa en la mano a pedir cuentas, ¿extrañaría su arrojo contra tanta crueldad para ella? Su resignación, ¿es motivo para que se la falte a toda clase de respetos?

¿Se cree que ha de ser constantemente resignada que todo lo ha de sufrir, y ha de ser tan piadosa que todo lo ha de perdonar? El derecho ofendido y el amor despreciado, debe tenerse en cuenta que en la hora de la reivindicación no suelen hacerlo dentro de una indignación ordinaria, sino dentro de un implacable furor. Tienen la idea de la falta, y les basta para imponer el grado del castigo.

Si hubiera inteligencia verdadera en la sociedad, se podría con seguridad llegar a circunscribir la existencia en sí misma de este reconocimiento, y lejos de serla extraño la sería sensible y agradable, y el producto de conformidad se significaría como una propiedad del privilegio de la razón.

El hombre tiene marcado interés en confundir todas las concepciones que experimentan analogía con la Naturaleza, y para ello presenta la imagen diferente de lo que es la substancia, porque de este modo cree seguro poder responder de sus culpas; pero es en vano: la razón, siendo pesada y una sola, no existe, ni se manifiesta, ni actúa como resultado confundido en las cosas diferentes y de falsa representación.

Dios creó al hombre con pasiones diferentes. De estas mismas pasiones participó ya Adán en el estado de su inocencia. Jesucristo tuvo pasiones toda su vida, con la diferencia de que Jesucristo redentor, por su condición de amparador y morar en todos de buena gana, estaban ordenadas; en el hombre son rebeldes. El hombre oye la razón de las cosas; pero es tan imbécil, que rehuye de ha-

cerse cargo de ellas por no verse en la tentación de ejecutarlas en su horma. Pero se da el caso que no queriendo ostentar el nombre de la razón, se muestra cobarde y no se atreve a negarla explícitamente en sus acciones. En cierto modo, los enemigos declarados de la razón natural y lógica de las cosas, obrando mal, tienen alguna disculpa, porque persisten abiertamente en la pasión de sus errores; pero en modo alguno cabe a nadie disculpa si cubre su maldad con la más absurda hipocresía y engaña con el esplendor de la apariencia, y amparado por la suerte loca logra gobernar el mundo en esa conclusión.

En estas circunstancias, ¿de parte de quién está la razón, del que se irrita porque vive en la contrariedad o del que, acariciado por una especie de bienaventura, se remite a las mismas consecuencias? La razón no puede estar de parte de ninguno, porque, aunque opuestos entre sí, los dos están seducidos por el engaño. ¿En qué puede, pues, consistir el mérito de la obra? En ordenar las pasiones en el sacrificio de sí mismos, a imitación de Jesucristo. Nada de promesas falsas; el sacrificio por el gusto de todos disuelve las tormentas que afligen los pechos de la humanidad. Levantar los afectos del alma es tender el poder de los brazos a los iguales con la gracia de la más pura familiaridad. ¿Es necesario, para que una casta se manifieste en una unidad de sentimientos, esté centralizada en toda clase de materias, en todas sus aptitudes, fuerzas y actividades? No; basta que esté

relacionada, sin dejar que pierda su punto la ley; basta que la acción del hombre sea una emanación de causas necesarias, y que, según residan en su interés, merezcan por lo justas aplicarse al sistema que afirma todos los principios fundamentales de la sociedad.

Mas he aquí que el hombre no puede vivir sin el egoísmo, pasión propia a su naturaleza. No puede mudar el sér que recibió de quien le formó ni dejar de ser tal cual ha venido en él. Jamás podrá gozar de suma perfección y del menor defecto, porque queda en él siempre la levadura que fermenta y la vicia de los mismos humores.

Pero existen la verdad y la justicia, armas tan nobles que su servicio puede tomarse como providencia humana, pues que en su acepción puede considerarse el cuerpo de un miembro del cuerpo de su prójimo. No obstante, se puede buscar en la raíz de la verdad y la justicia la consecuencia de la amistad, por ejemplo, y encontrar la recíproca satisfacción en el mutuo interés. Solamente con pensarlo se toca con graves dificultades, pero toda pasión es hacedera ante la absoluta ceguedad del entendimiento y la falta de energía de la voluntad.

La vida uniforme hace necesario el reposo, y el reposo ya se sabe que es incapaz de hacer nada verdadero. Luego en la uniformidad, la humanidad ¿ha de congregarse a observar la diversidad que tiene por causa la desigualdad? Esto equivaldrá a trasladarse al punto de conveniencia de los demás, y la verdad y la justicia hay que confesar

que están derramadas por todo el mundo, sí, pero es virtualmente, y en este sentido juzgan su preexistencia y el carácter de su influencia sin que ejerzan sensibilidad externa. Así se sabe que la virtualidad se encuentra semejante al contorno del universo, que tiende, por la naturaleza de su forma esférica, a concentrarse en sí mismo, estrechando todos los cuerpos, sin consentir que quede lugar a ningún vacío; y el hombre, dentro del universo, se toca que hace en su ética de las dimensiones que quiere al hombre. Es un fundamento de dependencia, y en el estado de sumisión pasan las cosas de forma que el hombre vive sin tener dentro de sí la medida de su prójimo.

El economista italiano Supino cree ver en los textos de Max Stirner la fórmula suprema de la evolución intelectual, para inducir que el ideal evolutivo se preocupa y se detiene en la dirección y el progreso de las ciencias de sentido material que sostienen y ensanchan los fundamentos de la sociedad; razón por la que el hombre, que concibe la idea de creación, debe vivir en inteligencia con el hombre de la idea de ejecución.

Es decir, antiguamente las evoluciones de causa y actividad productiva requerían el fallo de la doctrina, y después de consagradas se las hermanaba con la regla de acción. Ahora, por lo general, las evoluciones, de cualquier orden que sean, no requieren nada del entendimiento, de los testimonios consignados por las eminencias; se aceptan sin solidez de pruebas; repugnan los principios y satis-

facen los efectos. El hombre asegurado de la fortuna de mando, está vinculado con una autonomía que cuenta por signos; es un fenómeno capacitado para todo; en cambio, el que está aislado de aquel poder puede ser impunemente su juguete.

La verdad y la mentira, la realidad y la promesa viven confundidas, y su influjo le ofrecen con toda una marcada distinción de duda. Y la duda es la obscuridad, asilo de la desconfianza, porque en ella bien caben todos los desórdenes sin que nada más que la conciencia obligue a confesarlos.

Así se explica una falta de fe sincera en las cosas, y sea como quiera el mandato, ni se escucha ni se atiende en el sentido de la dirección de la autoridad. En verdad que el ejemplo debiera brillar en la autoridad, y no sólo no está en ella representado, sino que se ve el esfuerzo por el alarde de un origen bastardo de los destinos. ¿Puede haber obediencia con esas condiciones en los espíritus por muy nobles que sean? No; están obligados a revolverse indignados contra los groseros, a emplear la protesta propia de los pueblos viriles, antes de ver perdida la pureza de la verdad y de la justicia. La convicción es que el corazón ha sido hecho para amar, y, cosa extraña, cuanto más se remonta el recuerdo en la cadena de los siglos, se ve más patente que antes se amaba más intensamente y más noblemente. Antiguamente la educación era más cerrada, y lo natural es que el corazón estuviera maniatado en un comercio íntimo. Actualmente se vive persuadidos de que no se le

impiden los pasos, sigue con libertad sus movimientos, y sin embargo de tan fáciles diligencias, no se verifica la suerte de encaminarle a un bien general. ¿Qué significa ésto? Que se ha descendido. Todos los hombres se asemejan a un solo Hermógenes, hijos de Mercurio, dios del dinero, coinciden exactamente en egoísmo; sus ideas, sus acciones no versan más que sobre lo conveniente para vivir por sí; no merece nada a sus ojos el nombre que no expresa su interés particular. Se nutre con carne de egoísmo, con sangre de concupiscencias. La abnegación es una caricatura grotesca; no hay más que rasgar la corteza que cubre al corazón, y se destaca la falsedad. Bufos Catones, insensibles a la ausencia de moral y de justicia, y cuya consecuencia fatal es un castigo para aquellos que no les cobijan en sus ruindades y en el disfrute de los bienes comunes. Para la austeridad no existe especie alguna de garantía, ni existe caución que garantice un estado de tranquilidad. ¿No son estas gravísimas dificultades para poder vivir afectados por las mismas sensaciones? ¿Cómo no han de dispersarse los organismos, si unos creen que todo es suyo y los otros ven que nada reciben? Se ignora cómo algunas veces el alma expresa sus maravillosas lecciones; pero es lo cierto que la organización social es para unos motivo de inmenso festín y para otros un cerrar de boca que no se abre jamás. Pero, ¿pueden ser felices tantos como adquieren por procedimientos incorrectos, por placer y por vicio? Seguramente que son felices en tanto

que viven inflamados por una esperanza cuyo destino final creen es la ley lobreguez de la tumba; después, la verdad profunda será la que les acomodará al ejercicio que han hecho de sus facultades.

Es incuestionable que en este mundo todo trabajo merece un holocausto. Los israelitas anhelaban sobre toda otra recompensa de riqueza, larga vida y paz. ¡Larga vida! es una hoja que el viento jamás lleva con oportunidad; es una flor que jamás se seca en el deseo del hombre. El tiempo sigue su camino por las inmensidades del espacio, y el tiempo hace al hombre, que tiene en él su principio, y por ende tiene en él su fin, y como ser con inteligencia, con voluntad, con amor, si su conciencia ha oído a sus adversarios, es una prueba que, sin probar demasiado, prueba que no ha omitido el cuidado debido a todos de conservar una naturaleza que en lo que dure deberá huir por todos los medios de los males y caer del lado de la perfección.

A la ciencia le es dado organizar la caída de las aguas y servirse de su caída para el movimiento de artefactos útiles al hombre; hay un reconocimiento que garantiza la efectividad del resultado de la obra; lo único que no tiene su aprovechamiento adecuado ni menos garantía de ninguna clase, son las reglas de administrar justicia; es precisamente la justicia el imposible con que se tropieza constantemente. No es fácil imaginar un peso que no caiga, un fuego que no se inflame; no es fácil fingir una opinión que no pertenezca al hombre, un corazón que no ame; se echa de ver

que el hombre, que no es más que la suma de las esenciales y distintivas cualidades, ¿cómo, en su virtud, no responde con sus perfecciones identificándose con la sociedad? «El hombre, dice Balmes, es infinitésimo, pero de la suma de esos infinitésimos la sociedad se integra.» La sociedad, en sí, no es otra cosa que un todo moral, no es otra cosa que la suma de sus individuos, tal cual como son. Si el corazón, que se ha hecho para que se tienda noblemente la mano, el hombre infinitésimo, sumado con otros infinitésimos hasta la mitad más uno del total del cuerpo social, le ha impuesto la necesidad de alejarse de su prójimo, ¿cómo, pues, puede prosperar en la mayoría plena la existencia del consuelo en las tribulaciones, en cuyo empleo está la más eficaz ayuda para complacerse, respirar una misma atmósfera impregnada de moralidad y justicia, campo en que su labor puede recoger abundantes y ricos frutos?

Hay en todo el linaje humano ideas y obras buenas, ideas y obras malas; pero, desgraciadamente, son pocos los que sostienen aquéllas bajo el principio de profesos, y muchos los que sostienen éstas bajo el mismo principio; y así es imposible que las cuestiones, en su trato, no pierdan el equilibrio del buen sentido y tomen el mayor número, ya que no el mayor valor de los criterios.

En la actualidad al hombre le es fácil despojarse del carácter con que siente y se refleja la naturalidad de las cosas; todo es en él móvil y nada fijo, y lo mismo hace traición a las ideas que a las gen-

tes. Dado su grado de perversión, la virtud y el vicio le son voces sinónimas.

Todo poder constituido es la arbitrariedad, amparada por la ligadura de la fuerza que encierra. La fuerza bruta dispone a su antojo, con una libertad que está en pugna con el derecho. El derecho y la moral están absolutamente proscritos; la fuerza es la que obliga la ley, la reverencia. Estas son las principales causas de la dispersión de los organismos político y social.

Nadie es tan blando de corazón que se mueva, como Marcio Coriolano, ni al ruego de su madre, para no hacer mal a una ciudad. Los vínculos de la sangre unen, sí, a los individuos de una misma familia, pero vive dispersa de la hermandad de los demás.

La ley se cumple únicamente por la parte más débil de la sociedad con los excesos de sus intérpretes; la parte más fuerte de la sociedad rechaza la ley a base del principio de desigualdad, y protegida por la subsistencia de su posición.

Las bases fundamentales de las constituciones se reducen, según un autor, a dos: La primera es la irresponsabilidad y la impunidad de los de arriba. La segunda es la eterna opresión de la gran masa, paciente y ciudadana, mantenida cuidadosamente al margen del derecho.

Como consecuencia, muchos de los comprendidos en la primera base son los más feroces anarquistas, que, con sus ambiciones, sus miserias y sus artilugios, cargan las bombas que los comprendidos en la segunda base, sintiendo los horrores de

la asfixia, se encienden de rabia y las descargan. ¿A quién se redime? Al demonio, por el mal grandioso en que se incurre por medio de la culpa. ¿Quién es la víctima? ¿El hombre insensible, el desleal, el tirano? El condenado entre las sombras horrosas, en una ciega tempestad. Quien queda sin vida en la lucha, ¿queda como gusano que ha roído con ruin apetito, como alimaña que se ha cebado en las entrañas y experimenta los mismos tormentos que él había hecho padecer? El horror inquieto, el temblor en el movimiento, la obra, ponen en fuga al autor. ¿Huye a las voces de la conciencia? El clamor de la conciencia juzga indigna la medicina que ni sana, ni alivia, ni redime, ni satisface agravio. Es un crimen.

CAPÍTULO II

Unos miembros del cuerpo político-social oponen que todo su trabajo corporal y todo su ejercicio mental es para servir a otros miembros del mismo cuerpo que están ociosos y que no hacen sino gozar de la vida.

El trabajo encierra una idea de fuerza y de dolor. El hombre civilizado sabe la cantidad de trabajo que suministra y el provecho que obtiene. La mayoría de los hombres que producen quieren verse, con muy buen acuerdo, ante otros hombres que también produzcan, con objeto de obedecer a los mismos impulsos y ponerse en las condiciones de obrar, según las leyes que a todos son propias.

De nada sirven las muchedumbres si no se ponen en comunicación con los objetos como corresponde. Perdido el conjunto, se pierde, además del predominio de la fuerza, la disposición a toda relación.

Una consecuencia evidente del orden instituido, es que una parte de la sociedad se ocupa de mantener a la otra parte. Esto es una consecuencia del organismo social.

La parte combatiente está considerada como necesaria, y a cambio del desempeño de su misión goza del trabajo y del ejercicio del que trabaja. No hay distinción entre un tiempo y otro tiempo; el castigo es imposición de toda la vida sobre la tierra en consideración a que también los delitos se transmiten y se revelan en el hombre desde su creación.

La naturaleza del régimen militar tiene a la vez un sentido matemático positivo y otro negativo. Positivo, por lo que tiene de reguladora al prescribir al individuo lo que no debe hacer en sociedad y dar la sensación de lo que ha de hacer en la misma sociedad; negativo, porque en tanto que se ocupa de la conservación de la sociedad como fin principal y de la conservación de cada miembro como fin secundario para asegurar el interés de todos, no produce con relación de los demás hombres trabajadores.

El hombre que se concreta a crear por virtud de su trabajo, no piensa, en tanto que trabaja, que puede emanar peligro alguno de sus acciones. No lo piensa porque hay que reconocer que la actividad productiva es demasiado noble y elevada para que pueda expresarse con imágenes amenazadoras. Así que, generalmente, protesta del militarismo. ¿Cómo puede ser que el individuo que pone en movimiento los miembros de su cuerpo o la potencia de su mentalidad para imprimir actividad y hacer una cosa de utilidad quiera que quede hecha otra distinta, y para mayor ignomi-

nia merecedora de castigo? Cuando en el imperio de la voluntad existe la buena fe, todo fenómeno que en nada se la parezca la mortifica.

La fuerza militar es la fuerza aseguradora de la sociedad, y es indiscutible que es el nervio que se comunica sin cesar con todos sus órganos; ahora, que nadie se atreverá a decir, en conciencia, en qué proporción de justicia se la puede considerar. Es muy verosímil que la profesión militar ha estado especializada desde los tiempos más remotos en las clases superiormente acomodadas, así que fácilmente se comprueba su inclinación de rendir honores a Poros, dios de la abundancia, contra Pema, dios de la pobreza. Emplaza frente al cuerpo de trabajadores, como los trabajadores frente a los patronos y los empleados frente al Estado; se distancian como los afelios del sol en la órbita de un planeta.

Mucho han cambiado los sistemas; de tal forma, que sus consecuencias se desarrollan secando el manantial de que se nutre la vida, extinguiendo la simiente de que germina el árbol, cortando el árbol de que brota la flor y el fruto en que se torna la flor.

Evidentemente el cuerpo de trabajadores es el que menos contribuye por riqueza acumulada, y difícilmente, para desgracia suya, le podrá caer esa obligación, pues va atando entre sí sus aptitudes de forma tan absurda que asimila su acción con la permanencia adormecida en una vida de embrutecimiento. Su procedimiento interno no

consiente otro producto de su trabajo que el que guarda analogía en la distribución entre todos y sea el preciso para cubrir sus necesidades cotidianas.

Con todo hombre social es menester ser justos y pagarle el salario que merezca; pero todos deberán incitarse a trabajar y no impedirse mutuamente a vivir con arreglo a su trabajo.

Cuando un trabajador procura mejorar su situación, no a expensas de una clase determinada, sino a expensas de su inteligencia y actividad, es seguro que tiene ideas y discernimiento innatos que le colocan a mayor altura de su posición; y no reparar en esta verdad, y sujetarle de buen o mal grado a un sistema de igualdad inflexible, es conducirlo al lecho del tormento. Desde luego, el cuerpo de trabajadores es el que forma la corriente de excitación en la dínamo de la riqueza; él la conmueve, la anima y lanza su existencia. Pero es preciso que se convenza de que si es verdad que todos los hombres han recibido la luz en el mundo mismo que habitan y pueden considerarse, por tanto, hijos de una misma madre, y todos tienen el deber de vivir como hermanos salidos del mismo seno, tampoco es mentira que todos tienen el deber de respetarse o defenderse si son atacados en los avances de sus respectivos oficios, que son los negocios que han de proporcionarles la felicidad posible, sin dejar de proveer la felicidad ajena.

El valor que representa el capital no podría sostenerse sin la fuerza de los trabajadores. Y el po-

seedor, por el hecho de poseerle, no recibirá su interés. Este hecho indigna a los trabajadores, y asimismo el tener que verse sometidos al capital. Pero el capital representa economía, capacidad, aptitud para el trabajo; y de las cosas verdaderas, y de las que se está completamente seguros, no se puede excluir la legitimidad, y hay el deber de aceptarla.

Dentro de las condiciones del orden ideal, los fundamentos contenidos en una cosa no pueden conservarse en cayendo el principio en que están cimentados; dentro de las condiciones del orden natural, las cosas no pueden conservarse en cayendo los cimientos en que como principio están fundadas. ¿Qué se infiere de esto? Una consecuencia muy importante: esto es, que perturbar la existencia y naturaleza de las cosas equivale a traer consigo el desorden, de cuyo alcance, por lo irregular, no se tiene conocimiento.

La hormiga, la abeja y el castor, no sólo tienen el orden por instinto, sino que además trabajan, como siendo indispensable el trabajo para su conservación. En los elementos que concurren a formar una obra justa es muy lógico que se atienda para significar su objeto, por ejemplo, al cálculo, hasta el punto de aplicarle el rigor de las leyes matemáticas; todo cuanto supone valor debe recibir su tributo correspondiente, pero en modo alguno pueden destruirse los fundamentos por ninguna causa. ¿Qué beneficios experimenta el cuerpo de trabajadores con el régimen coactivo esta-

blecido entre sus relaciones? Seguramente, ninguno.

En la exacta proporción que recibe el producto de su trabajo, le emplea, y poco a poco va, sin darse cuenta, adonde rehuye ir: a sumarse y agrandar el bloque de riqueza; acaso para que se eclipse como las estrellas al levantarse sobre el horizonte el astro del día; acaso para volver a salir, como las estrellas al salir de la noche, como fuerza disponible, pero cercenada por los gastos naturales.

No se tiene en cuenta que algo consiste la superioridad del hombre sobre el mundo material y sobre el mundo animado en poseer. Tanto el que tiene como el que no tiene sabe cómo y por qué se tiene. Por las condiciones generales de la vida, por la experiencia y por los datos, cada vez más divulgados, se llega a tener conciencia de la medida que sobre el respeto de esto debe emplear su esfuerzo el poder constituído. Si el obrero trabaja para sí y para el patrono, el patrono también trabaja y permanece a la evicción de ser llamado a cada instante a depositar una parte del producto del trabajo a los pies del Gobierno.

La causa y el resultado de las cosas que hacen obrar a todos los organismos, ¿no tienen su centro de dignidad en la licitud de los servicios? Sí. El buen sentido, ¿hace preferir la injusticia a ser justo? No. La razón puede, en trance apurado, cometer la injusticia, considerando que la justicia es un mal mayor; pero la autoridad, que es la justicia, en contacto con los cuerpos exteriores, no consentirá

lo que es a propósito para uno y no lo es para otro. Ambos sujetos tienen derecho a percibir igualmente los efectos morales y materiales.

Pero obsérvese: el Estado tiene servidores que viven superfluos y ociosos, entre toda clase de de-leites, a costa del que trabaja. ¿Por qué la fuerza, cumpliendo con sus más sagrados deberes, no cumple con sus semejantes uniéndose a la justicia, y, al efecto, destruye todo principio injusto? La historia enseña que ha habido hombres de ideas morales y de sentido justo que han aplicado la fuerza para destruir los ejemplos que hacen a los pueblos malos; la misma historia los califica hombres de mérito que han sabido cumplir con su deber, pues el cumplimiento del deber es la base fundamental de la sociedad. ¿Por qué la historia de la sucesión de esos hombres no se ha de promulgar por toda la vida? La acción de la justicia no haría entonces sentir su peso, pero sería mucho más conveniente la falta de los culpables que el castigo de los culpables por sus faltas.

Cuando las clases activas y trabajadoras de la sociedad son víctimas en toda la línea porque son excesivamente apáticas y mansas, sucede que su insensibilidad es causa de que el despotismo encuentre muy fácil exprimir las hasta extenuarlas. Siempre ha sido más fácil explotar al falto de espíritu que oponerse al vicio y a la negligencia del miserable.

La ciencia económica ha analizado los efectos de la producción, limitada a fenómenos especiales del orden social; ha demostrado que, bajo un régi-

men de libertad, puede ser el más vivo estimulante para la acción y el medio menos injusto para la selección. La idea final de utilidad en la concepción del trabajo económico implica asimismo, así planteada, una acción voluntaria cuyo orden pertenece más bien al ideal que al real. Pertenece más bien al orden ideal; pero hace de tener en cuenta que todo problema o toda idea económica debe transformarse en un movimiento, en fuerza reveladora por un acto visible, y, en su virtud, se larga, en un instante dado, de la región ideal a la de la práctica para entregarse a la experiencia. Ya en el campo o dominio de la experiencia, se cuida de observar un método que exprese una definición, y sin olvidar lo que hay de substancial en la idea, se desenvuelve, sacando de la definición lo definido, o sea lo mismo precisamente que se busca, esto es, que el régimen de libertad y la acción voluntaria, para que participe de íntima y constante relación, se impone la obligación de que todos los hombres participen del trabajo, que, en maridaje con el afecto, plasmen y combinen las necesidades y venturas de la vida.

Los naturalistas y los biólogos estudian los primeros fenómenos de la vida de los seres, y observando las causas de su desenvolvimiento han encontrado, por su parte, el trabajo como propulsor inicial y el efecto como principio constante de actividad, y de cuyas distinciones participan hasta los animales para acudir a las necesidades propias y de sus pequeñuelos.

El cuerpo de trabajadores tiene preparación especial, medios científicos apropiados para expresar bajo una forma didáctica; tiene ideas que aparecen contrarias en su desarrollo a la opinión consciente, la idea de huelga, por ejemplo, y que son verdades de una trayectoria desagradable; por esto no falta quien le acusa de tratar de instaurar en el mundo las estridencias de las barbaries de las primeras edades. El hecho permanente de semejante emba-razo se manifiesta, bajo todas sus formas, en todas las épocas y en todos los pueblos de civilización bien distinta.

Quando se habla en general de la lucha por la vida entre los seres, van comprendidas necesariamente en esa expresión todas las formas, todos los medios de lucha. Importa, desde luego, consignar que el ideal científico es de una forma bastante perfeccionada, pero los medios o las formas que se emplean entre los hombres tienen la imperfección de la violencia, la astucia y la habilidad engañosa. Estos medios económicos están en uso. No se ofrece a diario el espectáculo de las luchas sangrientas de los pueblos salvajes, pero se ofrecen con demasiada frecuencia para que no sean el origen de todas las discusiones y de todas las desdichas sociales. ¿De quién es la gran culpa, o quién lleva la responsabilidad de los sufrimientos humanos? En la observación especial de los hechos y en la confusión de ideas absolutas e ideas relativas la culpa cae, al parecer, en la clase trabajadora porque ejerce una acción cada vez más visible y

violenta, mientras que las otras clases extienden su imperio bajo formas secretas y pacíficas. «Es preciso cultivar la virtud cuando se tiene de qué vivir.» Pero esto no importa; la perturbación surge en estas últimas clases porque se establece la oposición dondequiera que un resplandor de poderío permita satisfacer con ventaja sus necesidades.

El Código Teodosiano encierra reglamentos que enseñan en qué estrechos límites se mantienen los contratos de trabajo. Si entonces el privilegio engendraba privilegio como natural consecuencia de la influencia de los medios superiores, ahora, como entonces, a pesar del progreso, el poder de la fuerza descarga sobre los individuos más débiles. Casi siempre se viene a parar en que las causas físicas y económicas se congregan a las causas morales como por ensalmo, para ofrecer, cosa extraña, inconvenientes a la verdadera y noble representación de la actividad productiva.

En la máquina de la sociedad los órganos superiores y los órganos inferiores pretenden obedecer científicamente a un solo resorte, y así se cree en un mecanismo posible de dirigir bien; pero al tocar las condiciones absolutas y necesarias que exige para su marcha normal o empírica, se nota que no se expone un plan que no resulte una hipótesis de la ciencia, pues por ninguna parte se deriva un plan fiel a los objetos de la vida y al conocimiento de los seres. Indudablemente las cualidades sociales necesarias para el mantenimiento de consonancia de las sociedades nos las

caracteriza el sentimiento de la necesidad, y consiste especialmente en que no han perdido aún el carácter de brutal egoísmo de los tiempos primitivos, y, en tanto, es imposible establecer un caso solidario de utilidad común entre los hombres. Cada individuo procura ventajas sobre los demás miembros de la sociedad; pero esas ventajas, ¿son el progreso noble donde brille una consideración de superior nivel moral? Desgraciadamente no se ve tenga presente la obligación de la justicia y la ley de la naturaleza. Y no existen otras armas de lucha para reducir a los fuertes a la consideración de los débiles que eliminar la acción brutal.

La injusticia y el desbordamiento inmoral hacen infaliblemente que la paz se turbe, y las hordas, elevadas y sostenidas con la presunción, y las dignidades, movidas con el viento, que son en realidad una afrenta, descubrirán su apariencia y recibirán el pago merecido. Esta inadvertencia, que acusa una solemne irreverencia de parte de los habentes, puede traer en la revuelta de las cosas un cambio de fortuna, pues todo bien presente que traspasa sus límites se convierte en futuro mal. La única garantía de una larga paz que puede haber entre los hombres es la impotencia, siempre que sea recíproca.

Al cuerpo de trabajadores, cuando en el curso de la vida le sucede una desgracia, se entristece, es verdad; pero las saetas de la desgracia le hacen el dolor relativamente ligero; confía en sí mismo y no desconfía de la suerte, remedio eficaz que

templa sus aficciones, y su corazón se levanta y consuela en el mismo sufrimiento. El rico, en cambio, de todo se intimida; el coco de las contrariedades le abate, por la misma razón que la fortuna le llena de soberbia. El bien del carente consigue afligirle porque debilita la sombra del suyo; entre los iguales recela, porque esa igualdad le produce la convicción de su flaqueza; en los caídos en la ruina ve un ejemplar de su ruina misma, porque como todo para él es imperceptible cree que en las hojas de sus talonarios se alberga algún insecto destructor. ¿Cómo tan enmarañada y ridícula visión? Porque a fuerza de desear mucho, mucho le falta de lo que desea, y es muy natural y lógico caer en tales abismos cuando no hay vista ni tacto, cuando no hay fortaleza para los combates de la vida, cuando no hay ofrecimiento generoso que conduzca a reconciliarse con el prójimo, cuando no hay más que pusilanimidad y miseria en las entrañas para no ceder y entregarse a los demás a cambio de que los demás cedan y queden siendo como hermanos.

La ley por donde el mundo se gobierna es la misma, es el mismo cuadro que a todos se pone por delante, la misma bola que se pone en sus manos con el mismo contenido, y parece lo más natural que, igualmente que en los movimientos celestes, ha de haber entre todos los hombres la misma armonía en la acción. Más no; la analogía corta el hilo y conduce a muy diferentes partes.

La fuerza, desde que el autor del mundo se gozó

en su obra, es la que se impone y señala el principio de cobardía que niega la igualdad del bien. La lucha de la sociedad es permanente, y la superioridad en ella la dan sin ningún miramiento los esfuerzos mejor combinados. El arte de moverse y combatir concertadamente es la historia de los tiempos. La hostilidad del cuerpo de trabajadores a servir con su trabajo a otros cuerpos, ¿hace evidente su razón? Si esto fuese una verdad no serían incurables las miserias escondidas en la naturaleza, para que conociéndolas no se destruyan con paciencia y razonamientos. La aurora da a conocer los yerros, disipa los sueños y apelando al procedimiento del estímulo y a la conciencia se consigue establecer en su imperio la razón y el juicio.

El cuerpo de trabajadores está plenamente apercebido, y de ello da pruebas, que en tanto actúe individualmente será el proveedor de las clases ricas, y para evitar que lo sea de manera tan absoluta y desarreglada, se asocia. No ignora que la acción combinada es la exégesis del triunfo sobre la acción desordenada, ni tampoco ignora que los habentes son miembros para ella igualmente opuestos, porque en su éxito está la conservación de los bienes que disfrutan.

La conquista de asociación desde luego exige menor esfuerzo que la conquista de la voluntad de sí mismo en la asociación, y no se deberá olvidar que la personalidad entrañada en la asociación es la virtud que da el poder en la acción y el imperio

de la influencia sobre los demás. Si los asociados toman posesión de su verdadero cometido persuadidos de sí mismos, cosa nada fácil, evidentemente se harán dueños de los actos de asociación y lograrán gobernar el mundo por el procedimiento de las leyes, de la fuerza y de las mayorías, y como consecuencia, participarán de los frutos que vienen cultivando con su trabajo y regando con su sudor y que explota una ambición cruel y un fausto injusto. Esto implica un conocimiento del dominio de todos que no carece de verdad; pero de nada sirve si a nada corresponde después en las regiones externas de la vida.

En la misión colectiva del trabajo, las partes son desiguales. Todos los hombres no pueden estar destinados a ocuparse de un mismo trabajo; unos nacen con cualidades superiores y otros inferiores. A los primeros corresponde el trabajo intelectual y a los segundos el material. Contra un solo hombre de talento hay millares de adocados. Esta ley es rigurosa y jamás sufrirá variación alguna. Se puede, mediante las leyes y la organización social, proporcionar mayores ventajas al trabajador; se puede aligerar el trabajo y hacerlo menos penoso; se puede desarrollar su instrucción, todo es susceptible de hacer, todo, menos hacer o crear hombres de talento natural. Por más que haga la sociedad por su educación habrá siempre un uno por diez mil de hombres de genio y un diez por ciento de hombres de talento y un noventa por ciento próximamente de medianías.

Las medianías han sido creadas para ejercitarse en trabajos manuales: su felicidad, su condición vital depende de este trabajo y también del acierto en acomodarse en las diferentes especialidades.

Los hombres de genio y de talento representan el arte y la ciencia. El arte enseña las reglas; la ciencia la definición de la razón de las reglas; el arte dice cuáles son las argumentaciones legítimas; la ciencia el por qué de su legitimidad; esto es de un juicio sólido; falta, pues, que el arte y la ciencia en su conjunto de reglas para hacer bien las cosas pongan en eficaz comunicación a los seres superiores para que voluntaria y gustosamente se interesen mutuamente por su honra, su amistad, su confianza, su perdón, por el exterminio de la implacable arrogancia y por una cosa tan sencilla y tan diáfana como la justicia, que si no induce a dar, tampoco a quitar.

Es incuestionable que la Naturaleza revela con frecuencia a la ciencia y al genio sus secretos y sus recursos; la paciencia, el sufrimiento y la perseverancia son cosas también averiguadas, que son la razón de los admirables descubrimientos y de las más arriesgadas empresas; pero estas sensaciones del orden intelectual, ¿qué parte representativa de la sociedad las produce? El cuerpo de trabajadores, la parte que desarrolla y vigoriza las concepciones con ejercicios de imaginación. A primera vista parecen descubrimientos inconexos que a nada práctico conducen, y es evidente que conducen al ejercicio imaginativo, al cual sigue

el ejercicio de la fuerza, o sea la otra parte del cuerpo de trabajadores, y mediante la influencia de su vigor muscular todo se doblega.

Por pródiga que es la Naturaleza, no brinda al hombre trabajador lo necesario para su sustento; la reglamentación es el conjunto medio de energía y de fuerza que puede gastar el trabajador, cuya reglamentación es verdad que también limita los rendimientos reales y efectivos. Pero tampoco el hombre desheredado de la fortuna ha venido al mundo para mantenerse por el exceso de trabajo; por eso depende, pues, de la flexibilidad funcional y de la integridad de los demás. Y la impresión que se tiene respecto de este culto es muy desconsoladora; los actos que se manifiestan exteriormente en la infinidad de los hombres son los accesos del orgullo y de la avaricia, que la conciencia moral reprueba.

En cuanto una sociedad carece del esfuerzo directo y eficaz de los hombres que cabalmente la integran, cuando no existe el vínculo de mantenerlos unidos y perennes en situación de trabajar la economía, y cuando por necesidad ha de carecer a la par del esfuerzo directo de los que no pueden por sí trabajarlos, no tiene el esfuerzo de conservación. Cuanto más íntima y más continua sea la intervención de la sociedad en los negocios, más fácil le será alcanzar sus apetecibles resultados. ¿Es posible que una sociedad, compuesta en su mayoría puramente de trabajadores, sobreviva si emplea su existencia, no sólo en sostener la de los

infelices que, por imposibilidad, no trabajan y tienen perfectísimo derecho a la vida, sino en sostener a los que, por vagos y orgullosos, tampoco trabajan y buscan el beneficio en el esfuerzo de los demás? Está permitido ser vago y derrochador, son derechos de los hombres; pero derechos que no se apoyan en el deber de ser alimentados y sostenidos por los que trabajan.

Difícilmente se puede llegar a resoluciones lisonjeras si la moral tiene por base el egoísmo, principio de utilidad privada; el asimiento como bien particular, y si la justicia está sometida a un organismo impotente.

Mas, ¿quién comunica los tesoros de la gracia corporal a aquellos que no es dado ignorar que están íntimamente enlazados con su mala suerte y necesitan de los medios vivos y eficaces de los demás para permanecer en el mundo? ¿Quién escucha, ampara y afronta el clamor del desnudo, del hambriento, del enfermo que padece y expira en la miseria? Antiguamente existía una aristocracia que hacía suyas las leyes impuestas por el Creador a la sociedad, figuraba como cierta e indiscutible la obligación de las clases poderosas de emplear en auxilio de los necesitados los medios de que disponían. No se hablaba como ahora de las leyes que inspiran a la Naturaleza, ni tampoco de las dictaduras de la razón, ni de los sentimientos altruistas, pero se tenía más presente a Cristo y a su religión que purifica, sanciona y eleva a un orden superior la ley del amor de Dios, la ley del

amor profesado al prójimo como a sí mismo. Esa ley sublime que el mundo, orgulloso y ciego, se desdeña ahora cumplir.

Circulan profusamente las palabras humanidad y filantropía, pero es en vano; no se extienden ni alcanzan la realidad de los límites de la vida.

Hoy existen dos aristocracias: una, que funda sus razones de superioridad, el tesoro de sus honores, sus títulos de nobleza en el oro, y cuyos blasones se consideran tanto más ilustres cuanto mayores son los capitales de que disponen; es decir, sus pergaminos son sus billetes. Otra, que se funda en su origen, y de la primitiva nobleza a muchos no les queda más, como medida de la alcurnia, que algunas insignias, sin valor hipotecario, que recuerdan los hechos y hazañas de sus ascendientes.

La nobleza que procede de la industria y del mercantilismo, nobleza eruptiva, se limita a encerrar la representación de sus pergaminos en la caja de hierro; la nobleza que le viene de herencia la hidalguía, nobleza de sangre, se limita a vivir en parte ensimismada sobre sus armas, que fueron la admiración de los arqueólogos, pero ya no merecen la atención de un chamarilero.

Estos movimientos encierran por el lado de los que poseen esperanzas de liberalidad para cuando sus sentimientos tengan la madurez cuya realidad está en el espacio; y por el otro lado, piadosa resignación, por cuanto los que fueron bondadosos, y que conservándose sin lesión en su fondo, han caído en un estado de penuria.

El culto a las necesidades y la devoción al desvalido no son de mera apariencia, sino facultades interiores agradables de cumplir.

¿Qué unión puede haber en el linaje humano si unos miembros atraviesan el lago de una vida lóbrega y llena de angustias, como errante centella, sin la consideración de la otra parte que, envilecida, mayormente se arrastra por la faz de la tierra como el último de los reptiles? Sin embargo, no se puede negar que todavía hay algunas almas que se sumergen en el piélago de luz y de amor, y levantan templos con el santo nombre de caridad adonde se ejerce con la fe de cristianos. Tampoco se agradece como se merece, porque en el mundo siempre hay ingratos que, con la mayor imprudencia, se mofan de lo más sagrado, pero la ingratitud no es ley de la humanidad.

Al lado del trono, a la misma altura de la dulce y amable diosa caridad, toma asiento con patente de necesidad otra diosa con el nombre de beneficencia. Caridad es una virtud: virtud es la disposición habitual del alma que impele a hacer el bien y huir del mal. Beneficencia es la virtud de hacer bien a otro. Luego caridad y beneficencia, según su significado, ninguna puede alabarse de que una puede adelantarse más que otra, siendo así que su mérito tiene los mismos dones ante Dios. ¿Se sabe a qué términos conduce la justicia instituída de los hombres, el reconocimiento de caridad o beneficencia? Pues a una transgresión voluntaria y vergonzosa. San Agustín dice que el pecado ha de

ser voluntario; de suerte, que si no es voluntario, ya no es pecado, y el transgresor no es culpable a los ojos de Dios ni a los ojos de la justicia en cuya voluntad no existe conocimiento.

- Pues bien; los hombres que al parecer profesan de buena fe la religión verdadera, son los que se amparan en las doctrinas de San Agustín, precisamente para ser pecadores. De donde resultan unos hipócritas que quieren hacer creer que si les constara a punto fijo que cometían una falta o contribuían al mal, pedirían a Dios les mandara un ángel, según expresión de Santo Tomás, antes que tolerar el vicio del juego; es decir, antes que ejercer la caridad y la beneficencia por medio de los goces materiales más repugnantes.

- La miseria del vicio del juego es culpa de la deformidad moral de los Gobiernos más que de la sociedad. La autoridad se constituye en depositaria de los fondos despreciables que arrojan las salas del crimen, del juego, contrario a las leyes. Se contempla con horror que hombres con entrañas constituyan Juntas y se hagan cargo de los despojos de los esclavos de una conducta disipada. ¿Qué redención cabe a la sociedad facilitando el mal? Estremece pensarlo. Un hombre que llena de angustia a la familia y la queda en la miseria y la transmite a falta de otra herencia el funesto recuerdo de una vida escandalosa; hijos enfangados en el vicio se desnaturalizan y conducen al infortunio. ¿No existen en los cooperadores remordimientos roedores intensificando el vicio? ¿Es posi-

ble que los excesos que provienen de unos compensen los padecimientos de otros? Si la nobleza morase en el sentimiento; si el corazón se apoyase en la moral y mirase al cielo; si fuese posible no negarse a la conciencia siquiera por no faltar a la institución del Divino amparador de la humanidad, a la compatibilidad con el orden, no prosperarían esas distracciones que son acontecimientos que determinan trastornos muy graves. ¿No se observa que se comete el absurdo de buscar el remedio a unos males de la sociedad cometiendo otros mayores por procedimientos desarreglados y humillantes? ¿No significa esto atacarla en su fundamento y hacerla imposible? ¿No son estos sueños de redención de una canallesca habilidad? ¿Se cree que el necesitado honrado no recibe la pensión de la beneficencia con pena y con tedio porque a más de la procedencia unos cuantos vividores, más que por misericordia por su provecho personal, intervienen no importándoles de los estragos que originan? ¿Se cree que el pobre al pensar en la calidad del socorro que se le facilita en la enfermedad y en el asilo no nota la falta de sacrificio, no ve que se le falta al respeto, que se le injuria, que se le tributa un obsequio que no tiene otra finalidad que una disculpa para practicar el vicio más repugnante? ¿Se cree que el pobre no se fija en el preciado derecho y no se siente lastimado en lo más íntimo cuando se le pisa en la pendiente rápida y peligrosa del vicio? ¿Se cree que no constituye un insulto a la miseria la disipación brutal?

¿Acaso se desconoce que la miseria de la viuda, del huérfano, de la niñez, del trabajador enfermo, de la ineptitud natural es sagrada? ¿Acaso se ignora que esta miseria es de la que dice la Escritura que sus clamores llegan al cielo en derechura, y que sus lágrimas inflamadas son carbones ardientes lanzados sobre las cabezas de los avaros, de los usureros y de los hombres sin corazón, sin entrañas y sin caridad, que es la miseria con la cual la caridad privada debe compartir el pan y debe cubrir la sociedad con su manto de Lázaro? ¿Cabe pensar honradamente que se tome el vicio como pretexto para cumplir la rigurosa obligación de aquellos deberes humanitarios que impone un amor semejante? Si la pasión del vicio se ha entronizado; si el vicio está tan arraigado que es imposible extirparle, que su triunfo resplandezca en el lábaro de los Códigos que laboran los dueños del mundo y se cobre el subsidio dándole una forma menos corrompida. Esto es: que el Estado dé al asunto forma de carácter permanente, ordene y regule sus medios de tributo, aunque siempre será una perturbación para la economía social; pero de ningún modo se acallen con el vicio unas lágrimas con otras que conducen al mismo fin, porque no es moral, ni cristiano, ni justo.

Se deberá tener presente que Dios ha creado el humano linaje y extendido los bienes y bondades, no para que un reducido número se aproveche y regale de sus ventajas sin pensar honradamente en atender a los infortunados a quienes la suerte

adversa coloca en posición diferente. De otro modo, a nadie puede extrañar el enojo del desheredado. La rivalidad entre el cuerpo de trabajadores y el de ociosos no es un hecho peculiar de esta época, es de todos los tiempos y países; pero la discordia está más acentuada y más generalizada en la actualidad. La causa principal está en no ejercer ascendiente sobre los espíritus porque impera la inmoralidad, ni ejercer el convencimiento cultivando en el corazón el trato de igualdad, ni reconocer los derechos ni dispensarlos, y en cambio, se enjuicia y se opera con las armas de la más odiosa tiranía.

Para conseguir los efectos indispensables de sensatez de la sociedad son precisos medios vivos que ejerzan influencia sobre su verdadero interés. Cuanto abraza la mentida sombra o circula por las vanas regiones de la duda, y por fin conduce a la arbitrariedad, son escollos peligrosos que huyen de la luz que salva las confusiones.

La marcha progresiva de los pueblos no es posible si se contrarían las clases sociales que las integran. El intentar siquiera dividir las clases sociales equivale a tributar un homenaje al desorden; y el cumplimiento de todo deber social es no escatimar procedimiento que se distinga con los atributos de la justicia.

Ninguna sociedad puede ufanarse de presentar la estructura propia del tipo de trabajo en tanto que las instituciones que la regulan no adquieran una estimación definitiva y se olviden privilegios

pasados, nunca bien definidos, y se libre del delito de dependencia y vasallaje a lo venidero.

La riqueza, cuando no está basada en la equidad del trabajo, necesariamente se resiente, y el agotamiento de los recursos incluso alcanza al Estado. El empobrecimiento, juntamente con el desprecio a las cosas, es en tales casos la consecuencia del incumplimiento de la justicia.

En los Gobiernos de España se viene observando una estructura falta de orden, de desenvolvimiento y de energía, y así resultan Gobiernos incompletos o imperfectamente constituidos; y como consecuencia, en el juicio que hay en esta vida y al cual todo se somete, las extremidades opuestas se rozan en las entrañas, precisamente por la escasez de método de que adolecen, dando lugar a la discordia. ¿Y cuál estridencia es la que se produce? Un ruido sordo, no bien definido, pero siempre irregular, como las calamidades; es la preparación para romper en algo trágico; todo el mundo se percata de ello, menos los Gobiernos, que, faltos del tributo al conocimiento, no aprecian el criterio del principio de contradicción de la conciencia.

El método de justicia es el alimento que más vigoriza la salud de los pueblos; es el método que mejor sostiene la paz de su organismo; sin esta sujeción no se entrará en la idea de que la cosa así sea.

Sin la consideración al cuerpo de trabajadores, en la debida proporción, se olvidan los principios

de justicia y se yerran los hechos, y sobreviene el choque con el orden público, y el desgaste de la autoridad pierde su temple normal. Las excitaciones siempre son perniciosas y más cuando los elementos combatientes se aglomeran porque uno de ellos sufre la asfixia en las estrechas cárceles de la opresión. Los acontecimientos se anuncian y se verifican cuando el corazón de los pueblos, hartado de sufrir, busca la violencia que abre los poros de un volcán y encuentra una satisfacción en su dignidad venciendo el vituperio.

Los hombres, por su sentimiento natural, tienen por más deshonroso recibir una injusticia que cometerla, por razón de que a sus ojos sólo es respetable lo justo. Además, una clase social, al verse tratada como inferior y humillada delante de la que es más fuerte que ella, la supone una prueba de que está dominada, y nadie, por muy flojo que sea, se somete a la obediencia de buen grado. Mas este reconocimiento a la fuerza, una obligada flexibilidad, ¿se ha de extender sin limitaciones en obsequio de los que sin duda les es grato abusar de su poder, que no puede inspirar sino animadversión contra ellos? La conquista de toda mejora ha costado siempre perturbaciones. ¿Qué viene a significar ahora esa serie de adelantos sociales que no permiten prescindir de los malos para disfrutarlos? Cuanto más penetrantes sean los sentidos y más vivos los sentimientos, mayor preferencia tiene la supremacía del ser moral y más duramente se condena el exceso de pesadez de esos misterios de

la vida que transforman la faz del globo en una neblina.

Toda interrupción es causa de detener la marcha de una idea, de una institución, de un elemento social, acaso imprudente; toda enmienda es causa de una rectificación de un conjunto de errores que vienen sucediendo en el largo de los tiempos, pero que llega un día de ventura que parecen al chocar con el aparato que encierra las ideas de justicia. Esto fuera mucho más loable si simultáneamente pereciera todo motivo y por ende todo derecho de quejarse. Pero como quiera que no sucede así, el imperio del derecho colectivo continúa sujeto, con pretexto de preferencia, al organismo de la fuerza, que es tanto como sujetar al organismo animal el alma espiritual.

El hombre nunca es más grande que cuando en sí se entabla una lucha a impulso de sus pasiones y las vence en cumplimiento de su deber.

Al distinguir el exclusivismo, le distingue contra sí mismo una prevención en virtud de que únicamente atiende a las funciones que pueden apreciarse aisladamente, y los objetos necesitan, no sólo de una preparación de las partes, sino del conjunto, igualmente respetuoso de todos.

Al significar la desigualdad de trabajo de la especie humana, se han imaginado innumerables sistemas, se han formado ideas platónicas, se han hecho infinidad de definiciones, habiendo quedado reducidas, por fin y postre, a fatigar el entendimiento; pues las averiguaciones únicamente han

servido para poner más al descubierto y hacer menos sufribles los verdaderos males que cercan al estado social. El carácter esencial y distintivo de la igualdad ha de ser evidentemente una propiedad que convenga a todos, que cause una sensación determinada para que no pueda resultar de impresión desemejante, y no se ha tratado de la esencia de esta conveniencia, sino que reconociendo que envuelve a más de conveniencia una necesidad, queda el cambio, y su implantación allá para cuando halle expresión bajo la variedad del tiempo. Y es que, para su remedio, necesariamente se impone la anuencia de las clases acomodadas, práctica imposible porque no se tiene en aprecio corresponder a las energías del cuerpo de trabajadores, que es el que realiza las mayores empresas sociales. ¿Es esto desear de buena fe una reacción hacia el centro en donde gravita la razón? Cuando los hechos demuestran todo lo contrario, acontece que nunca se llega al instrumento de armonía, y las relaciones entre los cuerpos no se corresponden y no puede realizarse la felicidad por igual.

Las clases superiores han perdido el aplomo del deber y desde las alturas caen sobre las clases inferiores a la manera de un halcón astuto sobre el pobre pajarillo, con la diferencia que el halcón instintivamente se deja caer de repente, con ímpetu, sobre su víctima, haciendo más cortos los sufrimientos, y los hombres de las clases superiores, conscientes, por el contrario, no pierden a los hombres de las clases inferiores de vista y no les

hacen instantáneamente su víctima porque les conviene alargar la vida para explotarla y extraer el jugo del que depende la suya.

La misma labor se opera en el animal de trabajo: no recibe otro estímulo que el encaminado a la producción.

CAPÍTULO III

Mediante la violencia quieren dominarse unos miembros a otros, y lo que conseguirán será que el cuerpo político social llegará a extenuarse por lo que habrá de sufrir.

Las dos sociedades, la que trabaja y la que consume, se valen de condiciones desiguales para la lucha de la vida. La primera está sometida a la segunda y disfruta evidentemente de un derecho de servicio, reteniendo para sí el producto necesario a su subsistencia. Ese derecho es un respiradero legítimo, que en el lenguaje de los hechos se desvanece sin aparecer otra dicha que el aspecto con que se presenta. La sociedad de consumo está, sin disputa, mejor mantenida que la que trabaja, sin embargo de que esta clase provee a aquélla. Estos hechos puede decirse que en los resultados permanecen fijos como estatuas al través de la corriente de los siglos. Ni en la época que más caracterizada está la transición aparecen los hechos más helados en su carrera, y con todo, no se puede ocultar que la clase trabajadora ha pasado de un estado a otro de mejora muy diferente, aunque también la clase consumidora.

La legislación social ha tenido en todo su organismo una sacudida ascendente, pero no ha pasado de ser substancia en general, pues para que una disposición sea factible es preciso que su descomposición dé comienzo en algún punto, y se ve que las costumbres no han llegado, ni por un momento, a percatarse y menos a participar del verdadero estado fundamental en que están colocadas, y de su conocimiento superficial y ligero no resultan nunca elementos abundantes que enjuicien la mudanza de las cuestiones.

La ciencia hoy día se esfuerza por suplir este desconocimiento empírico, y con mayor motivo, porque a parte de ser muy difícil acertar en la verdad de las cosas subjetivas, por razón de que las cuestiones políticosociales se las enuncia muchas veces con el fin de relacionarlas con cosas que resultan inconducentes y faltas de propiedad.

Puede afirmarse que las leyes populares están muy distantes de hallarse en completa inmovilidad, y sobre la escasez de su conocimiento está la simple reflexión y la naturaleza de las cosas, es verdad; pero nunca es elemento bastante para inducir a conjeturas por unos cambios y unas modificaciones que son en mayor número que lo que vulgarmente se cree y de mayor importancia y transcendencia de la que se calcula. Con todo el cambio y las modificaciones que incesantemente se han experimentado no constituyen una mudanza de la sociedad, y el estado de transición que se ha operado afecta tanto a la clase trabajadora

como a la consumidora; van como confundidas, si bien en la realidad se distancian. Cuanto se ha dispuesto en favor de la clase trabajadora ha sido a base de una condición indispensable para el orden de la sociedad; pero acto seguido se ha llevado al mismo estado de derecho a la clase consumidora. Obrando de otro modo no se cumplirá con el deber, pues el hombre que goza de una cosa debe dejar el mismo goce a su semejante, y si fuese posible, donde establece el derecho establecer el hecho. ¿Será posible que las sociedades modernas puedan subsistir si las falta una base de reciprocidad correlativa? No podrán subsistir porque esta subsistencia no sería regular. Nada importa que una nación esté muy apegada a lo antiguo; su resistencia será siempre en tales casos vencida por la temeridad de las invasiones sociales a que diere lugar. Si al cuerpo social se le amputa un nervio permanece insensible, y aunque se busque que se roce con otros nervios será de un resultado inútil, porque no hay transmisión de ningún movimiento; de donde se colige que para que unos miembros sean útiles a los otros es necesario que estén en contacto. Desde el momento que se corta la red que cruza por todo el cuerpo social, cesa de proyectarse la vibración. Este es un hecho inconcuso imposible de enmienda en una nación con hombres encastillados en la fortaleza del poder sin dejación de su loca influencia; proponerles hallar un nivel que permita confundirse en las razones que median en el mundo con los humildes, es tanto como re-

ferirles un cuento de hadas. Pero si las cosas, a fuerza de adolecer de vicio, de veras se las pone alguna vez coto y se levanta contra el inhumano esplendor un aire revuelto que al fin se trueque en la necesaria metamorfosis social, en este caso, ante las señales que ya bien claras se divisan, llegará un momento que querrán cambiar por una realidad las ilusiones de su fantasía. ¿Se ignora que en la lucha por la existencia entre las dos sociedades, la trabajadora odia casi siempre a la consumidora? ¡Ah! La clase consumidora no odia a la trabajadora; opina que la pasión de odio no puede ser causa de ningún provecho, y, en cambio, puede ser causa de tristeza y de inquietud consigo mismo. La clase consumidora es muy metodista; sin conocer a Wesley, dice, como éste, que cada uno cumpla con su obligación: el trabajador que trabaje y descanse de sus fatigas para ponerse en condiciones de volver a trabajar con nuevo vigor, y, en tanto, el consumidor que se ocupe de los ejercicios de su propio estado. Con lo que se destaca más el brillo del privilegio del monte de la Palestina del brillo del derecho del monte Aventino.

La falta de concepciones humanas, que forman el verdadero alimento de los espíritus y de los cuerpos, da ocasión a que circule el veneno social bajo diferentes formas, sin que de ningún modo las obras puedan sustraerse a la inspiración relativa que los guía. En esto consiste que el cuerpo de trabajadores no respeta en los superiores ni títulos de nacimiento, ni prerrogativas originadas por pri-

vilegios, ni ningún fundamento de vida que ofrezca la idea de un apartamiento premeditado que impida, por esa circunstancia, la mezcla de lo noble con lo plebeyo. Después de todo, ¿qué son ciertos méritos? Cualidades personales. ¿A quién pertenecen? A la historia. ¿Cómo no a los sucesores? Únicamente si en la imitación de sus actos rayan a una altura propia de prosapia. El que ostenta un honor que no está en relación con sus condiciones personales es un atacado de humores de vanidad. Y todo lo que es insubstancial y carece de realidad positiva es un absurdo llamado a desaparecer por inútil. Cuando no se puede partir de hechos individuales para demostrar una superioridad, falta apoyo y falta base, y no se puede edificar en firme. No tiene nada de extraño que el pobre que discurre con fundamento no descubra entre él y el potentado otra diferencia que la del dinero.

De la contingencia de un golpe de próspera fortuna, proporcionando en abundancia el dinero, depende que el individuo pase de repente de la clase inferior a la más encumbrada. Nunca la ostentación y la imprudencia en aquellos que las respectivas ganancias hacen ricos, son más provocadores que el impudor inculcado a los ricos por herencia. Por lo general, el pobre que llega a rico llega fatigado por el peso de la carga que ha soportado luchando con los riesgos en el mar de la vida, con la negrura de sus sombras, con las miserias de los que le han ofrecido apoyo con risa felina y le han abandonado cuando temían el éxito.

Cuando llega a la cumbre llega rendido, habiendo encontrado que comer y habiendo perdido el estómago; llega bien aleccionado por las amarguras de infinitos desengaños. La misma magnitud de la carga que ha soportado sobre sí le sirve de aliento en los consuelos a los necesitados. Es muy natural; sabe por experiencia en qué consiste la satisfacción de su prójimo y está más disciplinada para esparcir la gracia porque sabe que es de justicia, y es, además, un bien de caridad. Al contrario que el rico cuya riqueza estaba en sus antecesores y le ha permitido tener siempre un guía para privarle de las vigiliass que cuesta el descubrir en la vida el camino de las verdades, para que no pierda su dominio, para que en cumplimiento de su ley especial no pierda la cobardía de la vida.

La nobleza, considerada como un objeto externo, es repugnante e irresistible porque no ofrece más que figuras inflamadas de monomanías; lo cual engendra por necesidad, en el ánimo de las clases inferiores, un deseo ardiente de mejorar de fortuna, estímulo que algunos aprecian obedece a envidias hacia las clases más acomodadas; pero no; es porque las desprecian por impotentes y las detestan por fantásticas, y quieren destruirlas colocándose sobre ellas, dominándolas como a enemigos. A esto no hay derecho, el mundo no sólo es un principio de causalidad en las impresiones, es también como un objeto al que hay que someterse por la necesidad de sus relaciones para la vida orgánica.

En realidad, faltan los motivos de amor y abnegación que en mejores tiempos inspiraban respeto y veneración. Y cuando no se dirige el sentimiento con afecto y fraternal benevolencia, se origina como consecuencia el desprecio, el rencor y el odio. Se pasa como por una calentura pútrida, que aun cuando se cure, siempre quedan reliquias y se habrá perdido las fuerzas y el vigor.

Los trabajadores intelectuales y manuales buscan generalmente en la lucha elevada y noble todas aquellas conquistas a que se consideran con derecho, sin mermar ni destruir, esto es, respetando el derecho de los demás. Los elementos ajenos al trabajo protestan pasivamente de todo movimiento social que los empuja y los saca de la sombra; protestan porque, a su modo de ver, y constantes en su propósito de seguir dominando, su deber de ciudadanía consiste en procurar saciar tranquilamente sus concupiscencias. No se hace cargo que la sociedad es un ser colectivo que cree, obra y trabaja; así que la oposición de las organizaciones del trabajo a toda ambición y a toda tiranía resulta simpática porque defiende la causa de la justicia y de la libertad, basada en su eterna preponderancia.

En la corteza sólida del globo hay desigualdades de superficie, como la falda, la ladera y la cima de la montaña; con los elementos destructores e incesantes de la atmósfera sufren constantemente modificaciones; las rocas se desagregan y se reducen a materiales térreos; por virtud de ciertos

fenómenos se originan fragmentos de poderosas masas; de manera, que si se observa que en el globo se expresan esas modificaciones y combinaciones como cosa natural y merecen respeto, ¿cómo el hombre, que del suelo ocupa lo más pobre, puede aspirar a conseguir contener el movimiento de lo que por naturaleza es movedizo y variable y atajar cualquiera invasión para estabilidad y sosiego de su ánimo? Desde el primer paso que se da en el mundo está probado que media una lucha, a cada momento se yergue la violencia, bien para detener el tiempo, o bien para lanzarle fuera de su conducta orgánica; lo cierto es, que a cada instante la luz que guía a la humanidad se halla oscurecida por las revoluciones, esas reminiscencias del caos. Toda revolución es, pues, un principio negativo que paraliza la vida; como las grandes epidemias desprecia la inteligencia y no busca en su apoyo más que la fuerza bruta. El choque y el rozamiento de los elementos físicos son continuos, y continuas son también las variaciones de las posiciones de la sociedad, según la influencia de las materias que se aplican. Si las materias que se aplican no son adecuadas al objeto de la institución de la sociedad, no se puede negar que los resortes de su movimiento y su modo de mirar y sentir las cosas causarán trastornos muy perjudiciales al orden y la justicia. La justicia, desde luego, es el acicate que conserva los resortes de la sociedad. Cuando falta la justicia, el orden, como la rueda que carece de unto, primero cruje y des-

pués se enciende. De forma, que si a la sociedad se la es deudora de espíritu de tolerancia a la par que de justicia, antes que consumirse lentamente por la fuerza misma de las cosas se aprestará oportunamente a recoger el fruto de sus derechos, si no mediante la paz exhortada, mediante las convulsiones de un ejercicio coartado.

El tipo social producido por la supervivencia del más apto es aquel tipo que provee al conjunto de la parte negativa. El carácter crónico de la estructura social, salida por evolución de la parte negativa, consiste en que todos los hombres que viven del presupuesto público obran en concierto contra las demás sociedades. Los miembros productores están sometidos a una autoridad análoga a la que rige a los organismos militares, no idéntica en absoluto—dice Andrés Liesse—, puesto que la disposición de los unos y la concentración de los otros no permite una analogía rigurosa, pero sí semejante, por el principio uniforme sobre el cual descansa. El trabajo se hace bajo la inspección de una autoridad coercitiva sin cuenta de las formas subsistentes en él, y la vigilancia se extiende a todas partes sin cuenta de las partes que forman el conjunto.

En la forma de procedimiento suele haber beligerancia declarada, aun en los asuntos que por todos se está obligado a guardar consideración y respeto por su propio interés. El antagonismo de clase está tan falto de prudencia que imagina responsabilidades, y procura destruir lo que es para

todos igualmente una realidad viva, de pura necesidad.

Un Gobierno despótico que aplique diariamente una tradición desusada a las clases productoras, es tanto como suponer que tiene ideas y sentimientos endémicos completamente ajenos al medio en que se ha formado. La cultura y el progreso de que se puede orgullecer una clase, está probada que depende de que está defendida su constitución, no sólo por sus afiliados dolientes, sino también por los que apetecen el bien general. La disconformidad de criterio de las clases trabajadoras no siempre responde a las esencias sociales de sus intereses, por cuya circunstancia pesa sobre ellas la coacción, el abuso, sin razones que lo justifiquen; por eso llegan a ser víctimas de sus detractores y caen en una postura de fratricidio. La posibilidad de reintegrarse a la vida digna del trabajo está en procurarse un acuerdo de respeto que consolide con las clases hostiles.

Está mil veces probado que el hombre en sus pasiones y apetitos se asemeja a los brutos, de donde se infiere que sus movimientos no siempre son guiados por la razón y en el camino de la justicia. ¿Es, quizá, porque todo está desconcertado y todo lo que se desconcierta se descompone? Si la idea está descompuesta por la debilidad, si el sentimiento está descompuesto por el egoísmo y la conciencia por el interés, nada importa ya el encadenamiento de la serie de expiaciones, lo que importa saber es si se ha llegado al último eslabón.

Siempre el mundo ha sido mundo, y los hombres han sido hombres; siempre ha levantado con sus prodigios la gloria, y siempre ha rebajado con sus torpezas las mezquindades; pero nunca como ahora falta la voz que trata de sacar dictámenes para evitar el mal y obtener la felicidad en el fin de sus acciones; nunca como ahora flota sobre las tormentas y se aleja del ápice de la verdadera filosofía; nunca como ahora es sordo e indiferente a los ultrajes, ciego al guía de la estrella y esclavo de las elevaciones de la fortuna para no exponerse, sin duda en la inestabilidad de los cambios en el mundo, a experimentar los golpes de los abatimientos futuros.

Se piensa que todo el que no obra así no obra con cordura ni con discreto conocimiento y, se deja engañar del esplendor de la apariencia, y, efectivamente, se deja engañar por una luz que percibe en el momento, pero que advierte que no tiene la virtud de la luz de los buques de guerra, que alumbra durante la noche para no chocar o para atacar. Son imaginaciones de hombres concentrados en sí mismos, pero sin idea del tiempo, a fin de empollar en el tiempo presente el huevo del pasado, para hacer salir de él al porvenir como han hecho los grandes hombres de la Historia.

En el mundo civilizado el ascendiente y la pujanza del elemento trabajador ha ido abatiendo constantemente todas las eminencias no justificadas y echado sobre todos los rangos sociales su verdadero nivel. Tiene su explicación en que no

hay nada menos justificado que un brillo que no es fuego que calienta, que le falta el talento que chispea y la razón que es la transparencia. Los leves vestigios que se forman de la antigua aristocracia son trozos de vieja armadura que sirven de objeto de curiosidad, carcoma que se consume como todo lo que está en combustión. Ha desaparecido desgraciadamente la inmensidad de los hombres que juntaban la justicia, la honradez y la modestia y se ocupaban de examinar la verdadera situación de las cosas, reflexionaban respecto de ellas y facilitaban los medios convenientes para resolver las grandes necesidades. Era el modo de prevenir cumplidamente desavenencias desagradables, y era digno de hombres que por la sencillez de su juicio comprendían que si habían nacido con alguna ventaja en las cualidades naturales, no fué sino por gracia y favor de la suerte. Se humillaban ante las circunstancias y reconocían que el vivir era tiempo que se concedía; trabajaban porque protegían a la economía o bienes de todos y porque tenían la convicción de que al acabarse con la muerte descansaban no dejando nada por hacer; no se impedía ni se pedía con exceso el trabajo; se repartía entre todos en lo posible porque existía el convencimiento que no trabajando incurrían en una pérdida de la que no se habían de resarcir en lo futuro.

En la época que se atraviesa hay tantos imbéciles que ven el mérito no más que en la presunción; son tan ignorantes, que se engañan a sí mis-

mos no mirando las cosas cuales son en realidad; son tan indeterminados, que no tienen aplicación a ningún objeto: no han reparado, en su condición de libianos, que al placer sucede el pesar y que la cosecha más abundante en este miserable mundo es la de desastres y calamidades, cuyo presente y porvenir está, al fin, en poco espacio de tiempo, esto es, en pagar la clemencia que se ha recibido en la vida de recíprocos servicios con los semejantes.

En todas las naciones hay plaga de vagos y parásitos de todas las categorías sociales para vergüenza de las organizaciones trabajadoras y de la alta sociedad. Hay plaga de hombres sin ocupación, o mal entretenidos, que es peor; hombres todos de una vida desdichada, incluso se padecen guitones en abundancia; ¿debe deferirse el castigo para que se conviertan en trabajadores y den la fuerza que ennoblece y da vida a los miembros de su cuerpo mismo? Gran dificultad es encontrar un remedio humanitario que pueda satisfacer sus culpas a la vez que se entra en una nueva era dignificante en donde concluya la holganza y comience el trabajo con el común consentimiento, y en tal modo de comunidad, que cuadre en la ley de la naturaleza y en la potestad de la justicia que mantiene a los pueblos.

Federido el Grande dejaba vivir a todos sus súbditos a su modo, según sus ideas y su religión; sólo estaba a la mira de que no viviesen unos a expensas de otros, que se hallasen garantizados

los derechos de todos y todos cumpliesen con su deber de trabajadores. El hombre que no trabaja es un ser social negativo; si por añadidura no deja trabajar libremente o que quiera el producto de los que trabajan, es un ser social corrompido.

Nada en este mundo se ha hecho por casualidad, todo signo de vida se ha hecho vinculado a un objeto; nada se resuelve por casualidad, todo está sujeto a un movimiento ordenado como una máquina al producto de su organismo y nadie será capaz de apreciarlo en su verdadero valor sin la inteligencia y el trabajo.

En todo juicio hay un concepto aplicable a la cosa que mediante su representación se pone a la vista. ¿Puede alguien, por ventura, describir las maravillas de los agentes que impulsan a la industria y de los artefactos que la producen si no está asegurado de su veracidad? La verdad, ni en la materia se revela, huyendo el cuerpo a la dificultad; se necesita saber, respecto de las cuestiones, cuanto requiera la idea para que no quede sin acomodar a su facultad. Todas las sociedades en su camino de progreso tienen medios que las proporcionan el enlace con los adelantos; a todas se las presentan con diferentes aspectos; el acierto, pues, depende de la perspicacia para coger los puntos cuyo contraste pueda interesarlas.

Las sociedades, por tanto, no están compuestas de los mismos grados o signos; se diferencian por la fase de civilización a que han llegado, según que su organismo esté más o menos adelantado.

Evidentemente, los caracteres distintivos del tipo del ciudadano, que pueden observarse en una gran sociedad, no son los mismos que los del tipo de una sociedad de signo inferior. El signo vincula muchas ideas, la cuestión está en su enlace con las cosas. ¿Qué conocimiento puede dar el signo de dos sociedades que tienen relación? El mismo de la cosa significada y cada cosa afirmará consecuentemente la posibilidad de lo que es. Las sociedades podrán, desde luego, coincidir de una manera especial, porque, al fin, están vinculadas en la misma naturaleza; pero la nación en que tienen sanción las llevan a hacer diferentes sus contenidos. Sugieren diferentes consideraciones sobre las cosas que cubren el universo; se manifiestan de diferente manera sobre las cosas propias y las cosas ajenas, y, según la perfección con que se significan, se elevan a la comprensión del entendimiento. Cuanto más crece y se aumenta la inteligencia, tanto más el alma se siente dilatarse y el hombre material prospera, se rejuvenece y se explana. Las sociedades que recíprocamente se manifiestan, se comunican y se afectan entre sí, fácilmente se dan cuenta de sus diferencias, es más, las palpan en la acción recíproca de los hechos. Consiguientemente las sociedades de menos grados conocen o deben conocer toda la extensión y la fuerza de las de mayor grado, y las de mayor grado también deberán percatarse de las dificultades que aquéllas quieren salvar en sus anhelos de vivir, del mérito del esfuerzo extraordinario que se

proponen salvar; y si bien la verdad es fuerte y la mentira es débil, la necesidad de la una y el uso de la otra no se aprecian tan fácilmente y quedan a merced de la industria de ambas por estar comprendidas en el arte de saber gobernar. La disposición en todos los órdenes no siempre es deudora de la bondad, se suele ceñir a un modo interesado de mirar las cosas. Por lo cual, en el fondo que tiene cada sociedad de vida, de fuerza y de energía no debe faltar el punto donde se reunan y armonicen sus elementos de gobierno al objeto de dirigirlos y explotarlos con acierto, o sea como conviene para levantarse con el esfuerzo a un alto grado. Sin perder de vista, que en este mundo se es tan frágil o poco seguro de opinión, que a la virtud de Dios la puede salir al encuentro la envidia de Heráclito y disputarla la gloria.

Las dolencias son dables de remediar en las sociedades cuando dependen de la semejanza y la intimidad del decoro y la dignidad del mismo sentir de los interesados. Las mismas resoluciones de existencia y solidaridad que se adoptan entre unas sociedades con otras deben adaptarse entre unos ciudadanos con otros. El principio es lento y penoso, pero si las sociedades y los individuos tienen divisa similar, van siempre en aumento. Pero cuando se ventilan cuestiones de índole puramente de intereses no es tan fácil absorberlas de manera que sólo se conciba como parte el interés de la sociedad. Es poco menos que imposible reducir a una esfera de acción simultánea el sentir del indi-

viduo y de la sociedad. El movimiento del individuo y el de la sociedad tienen su órbita de intereses de tal manera arregladas que se embargan y se embarazan en el rigor de su trato; no puede negarse el prurito de realizar con egoísmo la prevención de mantenimientos.

En toda sociedad existen dos grupos: uno negativo y otro positivo, entre los cuales deberá haber una combinación que permita concertar las fuerzas de sus unidades; es condición *sine qua non* que esté coordinada la parte de la sociedad que consume con la otra parte que la sirve y la sostiene. Si están separadas ambas partes de manera que puedan obrar con inmoderada independencia, las necesidades de la parte consumidora no serán suficientemente satisfechas y el esfuerzo de la parte productora tampoco será en modo alguno compensada. Los miembros de la sociedad están en continuo combate y es muy peligroso separarse de una base temporal y más todavía de una base permanente del cuerpo de operaciones. Es preciso que ambas clases, productora y consumidora, estén unidas y luchen contra los medios que están patentes a los ojos y los dé subrepción para alcanzar lo que sin lucha se considera inasequible, de manera que sus servicios den el mayor rendimiento posible. Mas está probado que el desarrollo del tipo consumidor no guarda siempre estrecha unión en la sociedad, por razón de que es partidario de las leyes de su particular conveniencia y su desproporción parece como tocada por los rayos del

sol para facilitar su preponderancia y rápida marcha en los pueblos.

Cuando las partes de una sociedad están débilmente unidas no pueden competir en ningún sentido con aquella otra sociedad que tenga sus falanges ligadas por fuertes vínculos. No cabe locura más insoportable que el orgullo del espíritu humano cuando se hace incompatible con la existencia de la justicia de la sociedad.

El hombre se hace más imbécil cuanto con menos voluntad trabaja por la sociedad, y tanto menos vale su trabajo cuanto más estúpido se revela.

Sin el acuerdo entre la justicia, el orden, la práctica de la razón, de la virtud y del derecho no les es posible arraigar; la civilización tampoco puede triunfar, y jamás se podrá eclipsar a los bárbaros que esclavizan el mundo. Los medios vivos que no se limitan a producir una ciencia hipotética son los que pueden penetrar eficazmente en el interior de las cosas y son los únicos que con los hechos que suministra la experiencia abaten la sombra de la mentira.

Dentro del orden social la contrariedad y la oposición entre los hombres depende también de que la diversidad de leyes los haga o no forzosamente opuestos; pues no es posible formarse un cuerpo de varios miembros que están animados de espíritus distintos. La coexistencia y la trabazón son indispensables para conseguir los objetos que forzosamente han de plegarse para vivir y

llegar hasta los límites desconocidos. Y en estos tiempos que se llega a admitir todo lo que no se justifica, porque la prueba material resulta insuficiente a todo evento, ¿quién no atropella la potestad de obrar conforme a la ley moral y rompe la cadena que sujeta los ímpetus del corazón y sus deseos? ¿Quién no hace violencia a la razón y confunde la luz, emanación del entendimiento? ¿Quién no se complace en el interés y todo lo sacrifica a la lisonja propia de los obsequios de oro? ¿Cuándo en el mundo se han dejado ver horrores bajo el nombre de honor? ¿Quién en sus alabanzas no envuelve un amaño, procurando adormecer la víctima que intenta sacrificar? Imposible parece desterrar el egoísmo para asentar la fraternidad; el interés propio es el ídolo que quebranta todos los lazos que sostienen a los hombres. Siempre en el mundo habrá Alejandro que, violando el sagrado y común derecho de las gentes, arrasará los pueblos, desolarán a sus semejantes sin más delito de parte de los invasores ni más delito de parte de los invadidos que la ambición, el interés y la sed de riquezas. Será una burla a la civilidad, y manifieste lo que quiera en punto a inefables armonías el Cantor de los Mártires, en los siglos pasados y mucho más en el que corre, el hemisferio está infectado de sujetos crueles, despiados y ladrones. En no pereciendo la dependencia de la riqueza, la integridad y la honradez están aseguradas en el concepto social porque son el resultado de hábitos adquiridos en los extravíos de la mente, en los

sueños de delirio que nutren, avivan y arrastran a las mayores extravagancias.

De toda sociedad que se complace en servirse de un anteojo que aumenta los objetos del mal y disminuye los objetos del bien, hay siempre motivos fundados para dudar de su remedio. O se vuelve al tiempo de la inocencia de delito o viene la muerte como castigo de la culpa; de lo contrario, se estará eternamente pendiente de la calidad de la siembra cuyo fruto se ha de coger.

Kant parece que niega que la razón pueda llegar al mundo físico y al orden moral, y si esta negativa es cierta y la razón no llega a discurrir sobre el motivo o causa de los fenómenos ofrecidos por tantos objetos indeterminados, y que es indispensable que estén representados sin rodeos en las cosas, ¿cómo será posible que la intuición y la experiencia las condenen a una regla práctica y de calidad? Sucede a cada paso que hacen su presentación doctrinas y sistemas que están en abierta oposición con el pensamiento y el deseo de la inmensa generalidad y con la realidad y el homenaje a los fecundos manantiales de la austeridad; y, en fin de cuentas, no prueban ninguna dependencia ni el resultado de ningún caso sobre el cual pueda recaer el propósito. Las impresiones del momento siempre parece que ofrecen más ventajas: acaso halagan por la proximidad de su relación; pero las impresiones para lo futuro también pueden estar exornadas de los mismos estímulos. Toda plantación tiene sus riesgos, tiene sus incon-

venientes y, por consiguiente, requiere su tiempo hasta que, por fin, la razón muestra las causas que se ocultaban a la vista.

El guerrero no vence sin batalla; al filósofo no se le reconoce todo su aparato doctrinal si no triunfa con la idea sobre sus enemigos; todo el que es héroe lo es porque ha triunfado sobre el procedimiento de la acción del frenesí, que alaban unos y otros condenan; conforme va penetrándose de las luces de la verdad, las tinieblas van desapareciendo y reduciéndose a un fallo. Juegan tantos hechos, que es difícil investigar de momento cuáles son los asegurados sobre bases fundamentales. Los Hipocrene vendicen al sol desde que sale del horizonte hasta que deja de derramar sus luces beneficiosas sobre la superficie de la tierra; los partidarios de la obscuración le condenan, y prefieren la noche con su tenebroso manto. Será extravagante, pero existen esas adoraciones ante esos movimientos de consecuencia ciega y necesaria del orden del Universo.

En sentimiento también tienen sus raros y extravagantes matices, pero no puede prescindir por sistema de regirse por los dictámenes de la naturaleza; por esto, si la verdad y la bondad nacen del fondo del ser del hombre, particularmente y colectivamente, indudablemente es la veleidad la manera que el hombre observa en sus actos voluntarios. Al hombre se le puede considerar fatal para la felicidad propia y ajena cuando no se estima a sí mismo, porque esto prueba que tiene rotos

los lazos que le unen a los demás hombres. Nadie puede estar asistido por el imperio del afecto a la humanidad si carece del amor genuino. No puede estarlo porque es de propensión adversa a su semejante. Se impone la estimación ordenada porque es el medio de mantener la cohesión y pureza con los demás hombres, la sugestión para llevar a efecto un singular espíritu humanitario. ¿Quién duda que laborando por la fusión entre las inteligencias se consigue ostensiblemente el proceso de unificación hasta llegar a constituir una idéntica unidad? Las vicisitudes, que tanto se prodigan en la vida, cuando el hombre se conduce con sincero amor quedan hondamente grabadas en el corazón; cuando la razón deja de ilustrar y de servir de guía a los más nobles fines, entonces las acciones libres de los hombres se colocan en su punto de suyo provocativo. Todo lo que es una quimera es monstruoso; por eso el odio crece más cuanto más se sujeta; por eso el odio de Esaú contra Jacob se conservó irreconciliable por todo el tiempo en sus descendientes.

El odio pasivo recibe la acción del agente, pues no coopera por sí solo; el odio activo, por el contrario, obra por sí y mediante un móvil de acceso de rabia que le secunda. La convulsión de este odio es la conmoción de los pueblos. Cuando las luchas sociales pierden las regiones de la serenidad, bien claro está probado que se refugian en el rebajamiento de terror. El mejor muro de contención para tan inhumanas acometidas es llevar a la

vida de la realidad avances generosos. A la colaboración honrada corresponden indefectiblemente los sentimientos de humanidad y solidaridad. Mas no se puede blasonar de honradez donde no se identifica la causa del hombre con la causa de los hombres en ningún servicio. La honradez tiene hijos sanos y enfermizos, está asegurada en unos y caída en otros, es preciso reconocerlo; pero parece que en todos, sin excepción, se está previendo su resistencia.

Al obrar el tirano despotismo, ¿no se afirma el encarnizamiento con que se aborrece? Cuando una contrariedad oprime al déspota, cuando en sus movimientos se le hiere, ¿no se siente ofendido, no se ofusca y enfurece y su furia le hace caer sobre los más bajos, que son precisamente los que le sostienen? La víbora trata de morder inmediatamente al que la pisa, si no lo consigue huye; el déspota, en cambio, busca venganza hasta el último término.

El principal origen del mal está en la ambición y la avaricia de los hombres; todo lo apetecen para sí, exclusivamente para sí, y el ansia con que desean todo lo que no necesitan les hace infelices y será su perdición. Si se contentasen con satisfacer sus verdaderas necesidades, se vería por todas partes la paz y la unión. Pero son tan idiotas que no saben que a la creación del capital y a la seguridad de la propiedad se las ha impuesto, en cambio, una condición: la fraternal caridad.

El hombre no es tan docto ni tiene la suficiente

sabiduría para conducirse, ni los Poderes públicos tienen el acierto de conducir felizmente sus designios al fin que tiene por objeto las más admirables perfecciones.

Las divergencias de Cataluña, que todo el mundo lamenta, no pueden extrañar a nadie que conozca el aspirar de aires de Barcelona y la servidumbre vergonzosa del resto de España y los empequeñecidos ideales de los Gobiernos. No se les puede atribuir una significación de neta rebeldía, porque no revelan ningún grado de indisciplina política social; todo lo que allí se produce en lo fundamental es efecto de la gravísima crisis política que se padece en toda la nación y que se hace sentir en Cataluña como en ninguna parte, porque se piensa y se obra, y el progreso de ese pueblo no cabe en el molde arcaico de los Gobiernos.

La relajación del Poder público es evidente en toda España; pero en ninguna parte, como no sea en Cataluña, se atreve nadie a dirigirse francamente en son de protesta y de un modo inmediato contra los representantes de los Gobiernos, que no hay quien les apee de creer lo que Jehová respondió a Moisés: «Yo siempre seré lo que soy». La austeridad del Poder público la desea imperiosamente toda España, pero sólo Cataluña no se resigna a perecer sin hacer uso de sus derechos; por eso protesta en la medida que la obligan las circunstancias. Luego sus protestas hay que confesar que, salvo algunos casos aislados, no son propias de una desentrañada hampa revolucionaria,

son el clamor de ciudadanía. Los Gobiernos actúan como queriendo que la patria en general muera y Cataluña se resiste a morir. Se ha entablado una lucha bastante violenta, queriéndose dominar unos miembros a otros, y lo que se conseguirá será que con el tiempo llegarán a extenuarse. Esta lucha consiste en que en Cataluña hay poblaciones de un adelanto verdaderamente fuera de plano, y ante la política que se hace se siente descentrada, de modo que las disposiciones de Gobierno no pueden acertar ni encajar. Además, Cataluña no tiene en cuenta los beneficios de que ha sido objeto, y, en cambio, tiene en cuenta que los Gobiernos no los han concedido para dejarla satisfecha.

El estado feliz por que los hombres suspiran, ¿de quién depende, de los hombres sólo, de los demás hombres entre quienes se vive, de Dios?... Ardua es la contestación sin una gracia especial.

Uno de los principales resortes que hace mover al hombre cuando obra en el orden intelectual, es la pasión; la pasión comprendida en un sentimiento exaltado, acomodada a impulsos espontáneos, instintivos. La dependencia del alma entonces suele faltar porque falta profundidad a las convicciones. De forma, que el hombre obedece a la pasión y en sus actos ejerce su influencia; y ¿qué extraño es que prevalezca la exaltación de ánimo, puesto que está en armonía con los propósitos de despreciar la institución de la fe de Caleb y de Josué? Las ideas se adquieren, los abusos se arrojan, la flaqueza naufraga, siguen las consecuencias que

está destinado a producir. Las grandes soluciones para los problemas más amplios se buscan en los cimientos de la tierra y de paso no cesan de asentarse golpes a la piedra sobre la que está edificada la Iglesia, y la Iglesia precisamente responde mejor cuanto mayor es la humildad y el reconocimiento. La persecución ha de tenerse en cuenta que no es una propaganda, y la Iglesia por este hecho no puede sentir el placer de ofrecerse sin la esperanza de ser considerada como «vigilante atalaya de los más sagrados intereses».

El hombre está tan engreído de sí mismo, que cree que todo depende de los demás hombres; cree que bastan para semejante prodigio las causas naturales, los esfuerzos únicos de la humanidad; ama naturalmente la atracción de sus semejantes, pero en la práctica destruye la sublimidad que comprende su pensamiento. Ateniéndose a lo que se palpa, se entiende que está falto de sensibilidad en el corazón, falto de un alma que se siente dilatarse, porque no hay hombre capaz de sacrificarse por el patrimonio común de la humanidad. La aureola de una vida generosa la rechazan los déspotas, que abusan de la persecución por hacerse con la cosa perseguida. Si el hombre no obra bien entre sí, ni obra bien para sus semejantes y no hace la felicidad de modo alguno, ni sólo porque es felicidad, sin mirar jamás la recompensa; si los hombres de Gobierno llamados a hacer la felicidad del país no viven sino cercados por la fuerza de esbirros por miedo al castigo de sus yerros

o a la falta de reconocimiento a la bondad de sus actos, lo cual trae a la memoria la histórica exclamación de la gente de palacio: «Ya el rey Luis XVI no va, como Luis XV, rodeado de mosqueteros; va rodeado, como un criminal, de gendarmes». Si se mira el verdadero fundamento y razón de estas cosas, ¿se puede pensar, rectamente pensando, ser su dependencia de Dios? De ningún modo. Y no dependiendo de Dios y existiendo en el mundo la pasión del hombre que a toda da movimiento y todo lo gobierna con el convenio de sus leyes, ¿quién la pone cortapisa cuando no es bastante a contenerla en sus justos límites la razón? El dominio del desorden, el imperio de la justicia, el patrimonio de la fuerza salvaje hacen y deshacen, y ¿habrá de desaparecer esa afrenta con la sola idea de la sumisión del alma? El rayo luminoso que pasa por la realidad alumbrando los objetos se manifiesta en una contextura que no satisface a la esencia de las cosas porque no se ve en su espíritu la claridad necesaria; queda, pues, defraudada la aspiración que concibe la síntesis armónica de las perfecciones que se presentan en las cuestiones humanas. «Lo que Dios quiere que un hombre haga no se lo hace decir por otro hombre: se lo dice por sí mismo, se lo escribe en el fondo del corazón». ¿Por qué los hombres peligran en las tinieblas? ¿Por qué los Gobiernos desagradan a quienes gobiernan? ¿Por qué la falta de decoro de las personas? ¿Por qué haber de lamentar tanta rivalidad, tanta pesadumbre? ¿Dónde mejor em-

pleado que en una inspiración recta y justa el brillo de la razón, que es el rayo de la divinidad? ¿Dónde mejor colocado, un día y otro día, el reparto de la gran luz, que por mucho que se prodigue, iluminando conciencias y asintiendo a la felicidad y al deber, no sufre merma? La verdad no tiene imperio; la justicia, trono, y el orden, dominio. La razón no descansa porque los brazos de los hombres están levantados, como las mazas del batán, en amenaza; ni los hombres descansan porque creen una sombra negra en la sombra de la razón. Está en el hombre tan tupida la nube del cuerpo que no se manifiesta el encanto de los ojos del alma. Tortuoso en su conducta, tiránico en su gobierno, milagrosa es, en verdad, la misericordia que a la simple vista otorga su perdón.

Al formar al hombre, parece se deduce que en tal obra unos participaron de juicio y conocimiento, y otros, por el contrario, del colmo de imperfecciones y yerros.

En sociedad, a quienes se les ve en constante conformidad con la voluntad del destino, se les califica de juiciosos y concienzudos; a quienes se les ve incapaces de dejarse gobernar con arreglo a los límites de concesión, se les califica de imperfectos y equivocados. ¿A cuál de estos dos tipos se le puede reputar como sólido y firme? A los dos: el uno es heroico dentro del deseo de resignación; el otro es heroico dentro del deseo de alcanzar su fin. Surge, además, un tercer tipo íntimamente enlazado con la suerte de todos, puesto

que de él dependen. ¿Quién es, de dónde viene, adónde va? No es ningún sabio, no es ningún justo, no viene apoyado con los argumentos de los grandes hombres, no va a convertir a nadie; levantado el velo se ve que es el tipo del poder déspota, que encubre el dolor que a todos causa con su fuerza. A todos explota, a todos sigue como el león seguía a su presa por sus huellas en el polvo de Samaria; es el Goliath que no abandonará su pasión brutal en tanto que ella no le abandone a él. Cuando creó Dios al hombre, ¿no le hizo de una misma masa, no le hizo semejante para que formalmente se esforzase en la ayuda mutua, para que se uniera en un abrazo invencible, para que un alma animara a otra alma y todas en un mismo espíritu fuesen superior a todo? Así ha sido, y ante este reconocimiento, se viene de nuevo a parar en que para conseguir esos efectos son indispensables motivos superiores a los que se encuentran en la esfera de las combinaciones de interés privado. Son verdades que no necesitan demostración, como no la necesitan la luz y el sonido, porque son evidentes en cuanto a su existencia.

En consecuencia, si la razón, sin embargo de estar acorde en el sacrificio de las pasiones incompatibles para ejercitar el bien de todos, no ve esos medios, ¿adónde hay que dirigirse? ¿Habría que levantarse hasta las regiones infinitas donde mora el Creador? Nunca mayor gloria que cuando las sociedades están deshechas salvarlas triunfantes.

Las almas andan sueltas de boca en boca, pero no entorpecen la rápida marcha del desorden social; la moral no parece cosa de país conocido, la justicia o está cubierta con algún velo o ha desaparecido, el derecho no produce ningún fruto, la pureza es imposible porque los negocios siguen un curso diferente; así que ello no será principio y causa de todo mal, pero a fe de crédulos hay que admitir lo que por la prueba de los hechos se está convicto y confeso.

Las clases trabajadoras, las clases consumidoras, ¿se someten a las leyes que se dictan en beneficio de una justa correspondencia? La esencia de esa sumisión, ¿no se disipa como el humo? ¿Basta vociferar porque se cumplan las disposiciones legales cuando amparan privilegios? Los Gobiernos tienen el deber de defender a la clase que produce, porque vive de su trabajo, y da vida a la clase que consume; está obligado a hacer cumplir a las dos clases con su deber, porque de ellas depende la riqueza y sosiego de la sociedad. Sobre la base de justicia para todos se asienta el poder social. El hacer oposición a los intereses de una sociedad por los mismos que la integran es un absurdo, porque todos en todas partes tienen intereses.

El desarrollo de la riqueza supone independencia, poderío; el débil lleva la parte peor y el poderoso se aprovecha de la pobreza; si el trabajador es previsor se podrá aprovechar también del holgazán e imprevisor; si es activo se aprovechará

de la negligencia. Parte muy interesante es, que lejos de postrar al trabajador y envolverle en la red que se le tiene tendida por unos, lejos de echarse a él con la palabra fascinadora y se le traiga a la boca inflamada como cándida avecilla por otros, se le respete y se le brinde con una íntima y afectuosa amistad. Los hombres que dirigen los negocios del país están en el deber de inclinarse a su favor y no herir su susceptibilidad, y con esto, no será un rival ni se provocará el odio. Lejos de empujarle al caos, procúrese atraerle con el buen ejemplo, que es causa de convencimiento, y se conseguirá infaliblemente que el cuerpo político social se restablezca y no llegue a la muerte por la gran flaqueza que de otro modo habrá de sufrir, como está sucediendo en otros países. La prudencia también aconseja la línea de conducta que debe observarse, cifrada en la justicia y el derecho. El empleo de la justicia y el derecho sería el milagro que diera término a las revoluciones del mundo y ordenaría las pasiones que mueven a los hombres, y en su virtud, la fusión del interés que se mostrase de manera palpable en los favores a cruzarse, ¿dejarían de ser gotas de agua que al fin vendrían a caer en beneficio de todos? Y la estimación de sí mismo y la estimación entre los demás estribaría en prever de lejos las necesidades y encontrar una fiel correspondencia en el eterno mecanismo del mundo.

de la organización. Por último, interesa en que
los directores de las oficinas y departamentos
sepan en todo momento los resultados de sus
gestiones y el estado de los trabajos que se
realizan en sus respectivas oficinas. Para esto
se necesita un sistema de control que permita
conocer el estado de los trabajos en todo
momento y en todo lugar. Este sistema debe
ser sencillo y fácil de manejar, y debe
proporcionar una información clara y precisa
de los resultados de los trabajos. Para esto
se necesita un sistema de control que permita
conocer el estado de los trabajos en todo
momento y en todo lugar. Este sistema debe
ser sencillo y fácil de manejar, y debe
proporcionar una información clara y precisa
de los resultados de los trabajos.

CAPÍTULO IV

Todos los miembros del cuerpo político social se conducen como si hubiesen hecho conjuración unos contra otros: quieren que cada uno viva de su trabajo y no unos del trabajo de otros.

La historia viene demostrando que, tanto como se aumentan los recursos de un pueblo, crece el número de sus necesidades. Roma da ejemplo de que en tanto fué pobre en los principios de la República, fueron escasas también sus necesidades, y al paso que la victoria acrecentó sus riquezas, sus gastos se aumentaron progresivamente y llegaron a las grandes sumas que se consumían por los magnates del Imperio.

En los tiempos modernos se ha invertido el orden: según crecen las necesidades del pueblo aumentan los tributos y suben las recaudaciones, y al paso que los desastres acrecientan la pobreza del pueblo, los gastos aumentan. El equilibrio existe, pues, regularizado sobre las necesidades nacionales y no sobre el consentimiento de la riqueza.

En todas las causas que hay balanza y platos, es preciso un fiel moderador para saber qué parte

es la que prepondera; prescindir de esa ley trinitaria que en este caso caracteriza el volumen de riqueza, lo que paga y lo que es capaz de pagar por su actividad, equivale a exigir a una naturaleza determinada lo que muy bien no puede ser producido por ella, y cuyo pago no ha de salir más que de ella, y en consecuencia vendrá a ser una determinación injusta.

Divagar en asuntos de economía, sin guía, sin norte, por el inmenso espacio de una nación, lejos de encontrarse con un principio ordenador que se ocupe con cuidado de la prosperidad de los seres, no acertará a descubrir más que el caos.

La libertad de ahora no tiene nada de positivo a causa de la misma generalidad a que se han remontado las conductas en los negocios públicos. Entraña mucha variedad de sentidos, difícil de deslindar y clasificar cuando se trata de hacer de ella aplicaciones particulares. La libre comunicación de ideas y sentimientos, esas vivas simpatías que a la sazón enlazan a todos los pueblos, encierran una necesidad tan poderosa que han conseguido que incluso las ciudades dejen de estar cercadas por las murallas y dominadas por los fuertes y pasen a ser ciudades abiertas en consonancia con los descubrimientos del grandor de las ideas y la magnitud de las obras modernas. Atendidas las costumbres sociales al conocimiento e influencia de los principios en que estriban y del objeto a que se dirigen, y el carácter de las guerras, no hay miedo a sufrir por esta causa grandes daños,

porque si no están en desuso las vejaciones y atropellos, que tan comunes eran en otros tiempos, el muro de contención a flor de tierra no es hoy ningún respeto que participe de la inmovilidad del principio de la verdadera independencia. Los Poderes públicos también han dejado de estar cercados de muros para impedir que las leyes económicas en su aplicación pasaran más allá de lo que tuvieran escrupulosamente consignado.

En España se dan casos de insertar en la *Gaceta*, publicación oficial, denuncias que concretan faltas de cumplimiento de las leyes por los mismos Ministerios. El Tribunal de Cuentas del Reino se lastima de que se prescindan de los trámites legales y obligatorios de rendir cuentas, de que se otorguen gracias y favores contra las leyes, de que se hagan compatibles preceptos terminantemente opuestos y se cometan tantas anomalías que causan tanta estupefacción, que desmontan a los más caballeros en vez de ceñirles más a las armas y los tira de espaldas, por venerable que sea la Orden, en vez de echarles para adelante. Los únicos que purgan sus culpas hasta arruinarse son los Ayuntamientos de los pueblos, ¡los pobres! Pero cuando llega el momento de hacer efectivas sus culpas, no siempre les es posible, porque generalmente los caciques de la capital, con su intervención en el expedienteo, les han entretenido dándoles la razón y quitándoles las pesetas, y en el momento de acabárseles éstas, si multáneamente les anuncian el fallo y el haber perdido aquélla.

Todo lo que sucede se ignora si tiene aspecto de crimen, pero se sabe que es una verdad.

Esto ocurre, como tantas otras cosas, en un país que le ha dado la manía de hablar de responsabilidades, como a las hechiceras de Macbeth les dió la manía de transformarse en comadres para jugar a las bochas con los ciudadanos más infelices. ¿Quién va a exigir las responsabilidades? ¿La fuerza pública bien empleada? No puede ser. El enervamiento de su cuerpo, con el enflaquecimiento de su ánimo, no la permiten ningún movimiento violento. Se deberá esperar a ver si al país le da una contramanía; es decir, la manía de no cometer responsabilidades. Y si esto resulta inverosímil, ¿qué remedio queda? La resignación, pues hay muy poca semilla de vergüenza para tanto terreno de siembra falto de ella.

Los pueblos, desde su principio, siempre persiguen en la persona de algunos hombres un ideal de salvación, mas a medida que transcurre el tiempo sufre el desengaño de que aquella esperanza era una luz de noche que se ve de lejos, pero que a medida que ha ido aproximándose el crepúsculo se amortigua a pesar de ser la misma.

Merced a las costumbres y al carácter manso de las clases productoras o trabajadoras, no cabe temer un asalto que garantice los derechos sagrados de la gran familia social. Trabajan sin cesar y acumulan toda la economía que pueden para proporcionar que comer, no sólo a los impotentes y a los desvalidos, lo cual es de justicia, y es lo

menos, sino a los grandes consumidores, que antes que trabajar honradamente se pudren vivos, y antes que producir, devoran a la sociedad.

Los hombres políticos, ya sean amigos o enemigos entre sí, con sus numerosas huestes, tienen fijo en el Poder sus miradas: para conquistarle, si no le poseen, y para defenderle, si le poseen. Las consecuencias lógicas y necesarias no son otras que las clases trabajadoras son víctimas de esos excesos a que se lanza el frenesí de esa clase consumidora o cancerosa: la paraliza en sus movimientos y desfallece entre sus ruinas; pues el trabajo se esconde y la miseria hace su aparición. ¿Quién sufre, al fin, los mayores perjuicios en la sociedad? El productor lucha con la dificultad de resignarse, la clase media se está consumiendo su modestia, y el pobre padece las privaciones más crueles. Siempre ocurre que los primeros obligados a someterse a las exigencias de las desdichas son los que ocupan las posiciones más desventajosas.

Cuando es imposible señalar el término de los despilfarros, las necesidades de una nación crecen indefinidamente; cuando la prudencia no puede impedir los locos extravíos de una ley, no ejerce influencia sobre la libre voluntad; cuando se abri- gan torcidos designios, la vida real padece las consecuencias de una calamidad.

Se atraviesa una etapa de descomposición: cuando se satisface una necesidad se presenta otra, el círculo de las necesidades no logra nunca

estrecharse, es un círculo que las ve ir y venir bulliciosas y desconcertadas. Si las necesidades humanas son continuas y se ignora el término de la progresión, porque no tiene conciencia de la terminación de la sensibilidad, la progresión que se emplea para oírontarlas tampoco vacila para extenderse y amenaza perderse en los mayores peligros.

El insensato orgullo y la perfecta humildad van juntos, sujetos a la rigurosa ley de la naturaleza; pero sobre esa unión no se puede proclamar duración ni armonía, porque el orgullo es un insulto o falta de conocimiento y la humildad es la corrección o la aurora que disipa las sombras. Como el orgullo y la humildad van juntos, y sujetos los hombres a la rigurosa ley de la naturaleza, naturalmente borran los límites de la igualdad en cuanto se trata de participar de un derecho, aun invocando el derecho de humanidad. La participación de goces positivos es desconocida para unos, y para otros es el fruto de una felicidad que abarca la satisfacción de todas las necesidades. Las necesidades resultan desiguales por su intensidad y por su objeto; la necesidad de satisfacerlas mide la diferencia que hay entre la espléndida morada del magnate y la asquerosa mansión del infeliz.

Esa diferente manera de sentir las necesidades es objeto de odio, y, sin embargo, lejos de ser un motivo de desunión entre los hombres, los hace buscarse con más anhelo, insistencia y perseveran-

cia, y constituye una variedad de deseos, que, concentrados entre sí, forman la admirable armonía del Universo. Los hombres se necesitan mutuamente y, aguijoneados por la necesidad, se buscan. El consumidor busca al trabajador para alimentarse de su sudor, y el trabajador, consiguientemente, busca al consumidor porque en el refugio en que vive no puede satisfacer sus necesidades y trabaja contra un salario.

A pesar de los motivos de odio y de perturbación que separan a los hombres trabajadores de los hombres consumidores, las necesidades los unen, y cuya unión no se corta, pero se afloja y dura breves momentos; pues a poco de encontrar lo que pide la necesidad para poder existir en el mundo, se separan y esconden como en una obscura noche.

Desgraciadamente, las necesidades satisfechas en esa tirantez no sirven para conservar y mejorar las condiciones de la existencia. Falta el amor vivo, y, consecuentemente, falta la bondad en los resultados. ¿Es que la perversión fatal de la naturaleza humana siente la necesidad del horror de lo grosero y hediondo? ¿No del bien moral sino de lo que corrompe el corazón y el espíritu? ¿No de lo que excita y alienta el amor, sino de lo que promueve la superstición? ¿No de lo que mantiene y fomenta las relaciones, sino de lo que produce perturbación? Si se ha sabido hacer alguna buena ley no se ha conocido, pues nadie ha sabido representar los intereses legítimos, si siquiera ha aspirado

a ser justo, sincero y desinteresado con la sociedad. En ningún orden se procura conservar la salud y aumentar la fuerza para bien de la humanidad, sino, por el contrario, se quiere lo que debilita y destruye. Hay, por consiguiente, necesidades irracionales, inmorales y contrarias a la justicia. La insensata disposición a la oposición es irrestible, y aun cuando la necesidad une a los hombres, sin el impulso del sentimiento nada fertiliza. Las necesidades morales del hombre son frívolas, son débiles cuando no tienen la vehemencia; las falta el alma, sin embargo de ser el fin de las aspiraciones de la voluntad libre. Cuando no hay dominio para cumplir los deberes de amor, respeto y culto, la luz del cielo se eclipsa y no hay derecho a esperar nada del cumplimiento de las necesidades sociales, de los fines de la vida humana, de la cooperación entre humanos. La materia por sí sola es un reflejo de la tierra, que centellea, pero que no inspira la más remota seguridad.

De todos modos, de las naturalezas creadas es sabido que la más compleja, delicada y mejorable, es la del hombre, pequeño mundo que tiene todas las necesidades del ser inorgánico, de las plantas y de los animales y las que le son propias como rey de la creación. El hombre, que no es insensible como el mineral y la planta, ni irracional como los brutos, siente las necesidades y tiene conciencia de las sinuosidades que le acompañan. Hay, no obstante, algunas que no siente y de que no tiene conciencia; pero no son propiamente de

orden humano, sino comunes a todos los seres corpóreos, a los vivos o a los sensibles.

En la cultura y progreso humano hay una escala gradual, del mismo modo que en todos los seres de la creación, y así como en la de éstos las necesidades crecen en razón de la altura que el ser alcanza en ella, así también en la escala humana se viene a parar que el número de las necesidades se aumenta en razón directa de la civilización y el bienestar de los pueblos.

Existen infinidad de ejemplos. A los salvajes que viven en el interior de Africa y en las islas de Oceanía, les bastan sus pobres recursos para satisfacer sus escasas necesidades y arrastrar su miserable y brutal existencia, por razón de que la ciencia no ilumina su espíritu, lo bello no excita su sensibilidad y los principios de la moral y el derecho no ejercen influjo en sus acciones.

Si por la excentricidad de los entendimientos carecen de idea fija que les sirva de polo, si el espíritu de libertad se desarrolla en todos los sentidos, si el sentimiento de la fantasía ha tomado tales vuelos que se complace en salirse del mundo real y divagar por regiones imaginarias, ¿qué excentricidad no requiere el profundo malestar material, la inquietud febril de trabajo para vivir? ¿Cómo dilucidar problemas tan complejos y difíciles como son los que provienen de las alteraciones de la población y de las influencias económicas cuando no se presentan ni accionan bajo una forma equilibrada con el verdadero estado positivo?

Los individuos en sus profesiones obedecen a razones o causas económicas, y cuando a las causas económicas la acción reguladora las contraría, es porque los obstáculos de la concurrencia vienen a influir o a ejercer presión entre los trabajadores del mismo oficio, llevándolos de una manera inmediata a una crisis imposible de soportar. Ello es prueba evidente de que la población excede al nivel de las subsistencias.

Malthus dice respecto de estos casos, que el desarrollo de la población es inferior al de la producción, y atribuye la causa del exceso de producción sobre la población al poder de los obstáculos preventivos y reflexivos.

Las leyes fisiológicas y económicas, por el contrario, enseñan que la fuerza procreadora de los hombres es superior a la productora. Además, es también cuestión de época y de lugar.

En la mayor parte de los pueblos modernos, la población ha crecido menos que la producción. En Europa y América la riqueza se ha aumentado considerablemente; mucho más que el número de habitantes. La industria agrícola, minera, fabril y mercantil han duplicado sus productos. En Francia la población ha aumentado muy lentamente, y en cambio ha subido rápidamente su riqueza. Pero si la producción se ha más que duplicado, las necesidades de la población han seguido la misma escala.

El progreso de la ciencia, las invenciones modernas, la extensión de los cambios, la propaga-

ción del crédito, la libertad relativa del trabajo, el respeto hasta cierto punto al derecho, el conocimiento exacto y general de las substancias, el cumplimiento de las leyes económicas, son las causas que desde luego han obligado a las fuerzas de la Naturaleza y han aumentado la producción y la riqueza. Pero en realidad, ¿basta el reconocimiento del progreso industrial o general para creer que satisface las necesidades de todos y cada uno? La superioridad de la producción sobre la de la población, ¿responde, en resumen, a las condiciones del medio para conseguir el ideal legítimo de ventura para todos? He aquí la incógnita.

El sentimiento del pudor y la continencia para que no haya en el mundo más hombres que los que puedan vivir con los recursos necesarios, no existe ni puede existir en cosas que son hijas de las circunstancias. La procreación está probado hasta la evidencia que decrece en razón de la fortuna y molicie de los pueblos, y se multiplican los nacimientos en las sociedades que son fuente de miseria. Doubleday dice que hasta en esto le caracteriza al pobre la falta de medios necesarios para vivir.

Al examinar el asunto fisiológicamente procede preguntar: ¿Cuándo la Naturaleza acrecienta la fuerza prolixa de las razas? Cuando las especies están amenazadas de muerte por la insuficiencia de los principios nutritivos. Entonces, la debilidad física consiguiente, ¿de quién es culpa que no se restablezca hasta guardar equilibrio con los ali-

mentos? De la sociedad, movida a trastornar el mundo que recibe una nutrición exuberante y excesiva y pasa al estado pletórico y estéril incapaz, y la reproducción se detiene y disminuye. Es decir, que si la alimentación de los individuos no diese lugar a la repleción en unos y a la hipotenia en otros, y se compensasen moderadamente, el principio regulador obraría sabiamente, el equilibrio se establecería y la especie humana sería muy superior en su calidad. Pero a falta de recursos de la procedencia de un debido miramiento, a falta de la debida protección, se condena al pobre y se persigue a la miseria, ¿para acabar con ella? No. Para desterrarla, y que de la manera más dolorosa abandone el santuario donde dió los primeros suspiros de esta ingrata vida. Ha habido en el mundo utopías que han aspirado a realizarse de un modo terrible, pestes que han hecho numerosas víctimas, huelgas que han dejado sin pan a muchas familias y las ha producido muertes prematuras, guerras sangrientas que han hecho desaparecer una gran parte de la juventud, miseria que ha minado lentamente el organismo de muchas infelices criaturas que han perecido extenuadas de hambre por la falta de la largueza que la remedie de un Spurio Melio, y sin embargo de tantas calamidades, que espantaran a los Fidenatos, y no obstante los Eneas modernos, el mundo crece en las clases humildes, y por el hecho de esa invasión con todas las necesidades anejas a la vida, se empeña entre esas grandes masas el más

profundo combate, procurando entre sí, con el ingenio y la habilidad, con los miembros, con el brío y la fuerza, y asimismo con la razón, causas todas que son inherentes a la constitución del hombre, ganar la batalla; la batalla, que consiste en la justicia para mantener con su trabajo al pueblo, que por los deplorables abusos de unos está falto de lo que da la tierra para su reparto entre todos.

Dios ha creado expresamente dos terceras partes de los hombres destinados a trabajar para vivir; pero el hombre, por lo general, es demasiado cobarde para cumplir con su deber y demasiado ambicioso para reconocer los derechos de otro, lo cual le hace inferior al bruto, porque no tiene el instinto que impide destrozar a su semejante y hace imposible prospere la nobleza que se adquiere por medio del trabajo y de la virtud.

La civilización moderna, cuanto mayor es su incremento, más marcada es su tendencia al acúmulo en las grandes poblaciones. Incluso los moradores de los castillos feudales descienden a establecerse en las ciudades, o mejor en la corte. En la corte, especialmente, hay cuanto puede desearse para los placeres de la vida y la conveniencia de la más repugnante especulación sobre las demás poblaciones. En la corte, además, no es necesario ocultar el vicio, la prodredumbre, porque se vive en ese sentido en la obscuridad, dejando que las cosas sigan su curso y llegando las maquinaciones de la tiranía, que hace tímido al humilla-

do labriego que sin descanso sondea la tierra para inquirir la substancia que el amo ha de consumir en una noche de vaporosa orgía. Todo lo absorben las grandes ciudades: población, dinero, molicie, alcahuetería, todo se reúne en ellas. Resulta con esto que se enervan las fuerzas de la nación, no pudiendo medrar las demás poblaciones, porque falta la debida proporción entre la cabeza y los miembros. ¡Qué importa! Lo esencial es que los hombres se hinchen de vanidad, se ensoberbezcan hasta dar lástima verlos, sin saber que siendo más pequeños, pero más puros, cristalizan como el diamante, que gana en brillo lo que pierde en volumen.

Las familias más poderosas se amontonan en la corte, donde la administración pública está concentrada, donde la política amolla los gatuperios, donde la influencia toma dirección. Las sociedades opulentas y desmoralizadas, ¿pueden vivir más que en estos centros? No; los atropellos, las pasiones, las injusticias, la anarquía, los robos frecuentes, las continuas inmoralidades, los espasmos del placer no pueden cumplirse más que en los lugares que las tempestades con sus ruidos los protege. Puede asegurarse que no se cita un vicio de los bárbaros que no se haya superado con otro vicio de la sociedad que se llama civilizada.

A la clase rica la sigue sus pasos la clase popular, pero por un fin de necesidad: para servirla. Esto mismo sucede en todos los ramos. Al artesano, al comerciante, al productor la realidad de los hechos le da a conocer que donde hay capita-

les hay vida, y el movimiento industrial y mercantil puede extenderse cual en círculos concéntricos alrededor de la gran ciudad, hasta extinguirse en la extremidad del radio. De aquí infiere la ley económica que si las grandes poblaciones absorben, también comunican; se confirma que la asociación es manantial continuo de necesidades de todas clases, y en las grandes poblaciones esta asociación se verifica en una escala mucho más amplia que en las ciudades pequeñas; pero, al fin, ¿no es evidente que hay en ellas una sola fuerza que absorbe lo que otra produce?

El productor tiene grandes necesidades que satisfacer, tanto por lo tocante a las materias primas que le sirven de base, como por lo relativo a sus procedimientos y a la expedición de sus productos. ¿Puede encontrar salida para sus productos más remuneradora en otra parte distinta que la ciudad? No es de creer; aunque para el ciudadano es ardua tarea la de hacerle entender el estado de las cosas y el significado de las cuestiones, porque hay que confesar que el aspecto bajo que considera los negocios está destituido de razón y de fundamento, pero no pasa por la igualdad de pagar en la misma proporción que cobra sin valerse de ningún linaje de freno. Los brazos que ocupa el productor, ¿pueden permanecer inactivos? Es un caso tan apretado que afecta su actividad a la salvación de la vida. He aquí el trabajo esclavo de la baratura para el consumidor, que por norma reflexiva desprecia lo justo y mira su provecho.

Todos los pueblos convergen en las grandes ciudades con el resultado de su trabajo; así puede tener efecto la belleza de sus paseos, de sus comodidades, de su lujo, todo se las entrega como a un monstruo devorador. ¿Es que el trabajador no tiene otro recurso que optar? No conoce el pobre hombre otro suceso que el servir o la muerte. Se acuesta entre el mayor silencio y ahogado por los pesares del cansancio del día, para levantarse sin más porvenir de esperanza que trabajar para apagar la sed de goces que se asienta en la bulliciosa ciudad.

Los poseedores de riquezas, sin excepción, siguen el mismo curso: vivir en la ciudad; pues en los pueblos los pobres tienen la costumbre de pedir todos los días a las puertas de las casas de los ricos, por amor de Dios, y esas molestias no las hay en las grandes poblaciones. La misma naturaleza ha creado esos grandes centros, que cuanto más se engrandecen más menguan las calidades de las personas que esquivan mirar cara a cara a los desafortunados, que con sus privaciones son origen de sus excesos. Acaso fuese conveniente dispersar y desparramar por todas partes los poderosos elementos que se hallan agolpados en las grandes ciudades, aunque no deja de ser muy comprometido precisar el concepto que hay aplicable en este juicio. Además, la dispersión no puede comprender a los que viven de sus salarios, porque en este caso habrían de sutrir las crisis económicas que se refieren a un ejercicio determi-

nado con todas sus terribles consecuencias. Lo único cierto es que en todas partes se demuestra la necesidad de proveer, cuya necesidad es imposible atender equitativamente en un plan de justicia sin que a los afortunados se les comueva el espíritu defendido y protegido por privilegios odiosos.

Hay pueblos, los que más bullen por sus sentimientos nobles y por sus corazones heroicos en la historia, como Segovia, cuyo grandor está en los recuerdos y cuya magnificencia vive en sus monumentos; su expresión de fuerza y su autoridad viviente forman noble armonía con lo más sublime de la naturaleza; su fondo de majestad está aliado con su espíritu tan respetuoso, que no parece obra del esfuerzo sincero del pensamiento humano, sino tributo de una grandeza autorizada por la potencia de Dios.

Pocos pueblos, después de todo, han decaído; antes de un ensanche ha seguido otro ensanche; a unos edificios se han añadido otros edificios, hasta luchar con las murallas y demás fortificaciones y rebasarlas para que no les constriñan y ahoguen. Lo extraordinario es que los que abandonan los pueblos, ni por su espíritu ni por su cuerpo son capaces de ocuparse de nada que les honre; los abandonan para gozar de la ociosidad bajo la apariencia de un mentido trabajo. Son seres incapaces de cursar nada en favor de su prójimo ni en consideración a vivir de las sangrías que le hacen padecer.

El desarrollo prolífico, la plétora de gente que nada puede contener, dimana de que el número de habitantes, con el transcurso de los años, va aumentando. Y cuando las riquezas no son proporcionadas a los habitantes de un pueblo, necesariamente tiene que competir contra otro pueblo, que constituye en rival para conservarse. Si en virtud de la lucha los pueblos declarados rivales redoblan su actividad, resultará, como consecuencia, que las ventajas que ofrezcan en los mercados por la emulación de la competencia beneficiará a la clase consumidora, y acabará por no dejar margen para poder vivir la clase trabajadora. Por último, el trabajador más débil se percatará de lo vano de sus esfuerzos y perderá toda la esperanza que le alentaba para la lucha. Le será doloroso el reconocimiento, pero le será forzoso doblegarse a él.

Así como los ricos emplean adonde les place, en uso de su derecho, los frutos y los réditos de los esclavos del trabajo, éstos se arrastran adonde pueden, en uso de su obligación de asegurar el tributo que les está ordenado para la sociedad y el que les pertenece para su sustento. Por esto, cuando advierten que donde residen no pueden remontarse a cubrir sus necesidades, retroceden y echan una ojeada en todas direcciones para abandonar un campo antes de caer sobre otro adonde existan menos enemigos a quienes competir. Amanece un nuevo día, y la esperanza, que siempre propone cosas halagüeñas y probables, les hace ob-

servar hierven los elementos de calor y vida, seguro anuncio de poder vivir en su pueblo natal, guía de sus primeros pasos; los hace confiar en la derrama de sus beneficios, y entonces renace el anhelo de trabajar; pero el sol no se levanta claro y despejado, y las sombras abaten los espíritus y reducen las esferas, y son una especie de regulador en el andar y vuelven a sentir la presencia de la lucha que les empuja hasta lanzarles a una extrema necesidad, a la emigración; a una emigración que es el deseo de trabajar útilmente.

El abandono del país natal sirve en algunas circunstancias para descongestionar a la madre patria de una población excesiva que no puede alimentar. Otras veces la emigración tiene su origen en la falta de inversión o mala inversión de las riquezas existentes. No se explota la tierra ni se explota la industria todo lo que son susceptible, porque no responde la plenitud del capital a la intensidad de cómo se conserva el trabajo.

Para algunos países, la emigración puede llenar un hondo vacío si en ellos puede fecundar fructíferos campos incultos; si puede dar a conocer productos desconocidos para enriquecer la industria fabril; si bien puede iniciar muchas y excelentes primeras materias y si puede extender el comercio de un modo prodigioso. Por esto, en las relaciones exteriores la balanza social se compone de dos platillos, los cuales se llaman del mismo modo: sustrayendo, por los elementos que se lleva y por los que no deja.

Una emigración siempre es muy dura; a los fieles de su país natal les aflige y atormenta la separación como si se les cerrase la esperanza a todo remedio a sus males. «En todas partes se puede amar a Dios y lo mismo se puede amar a la madre patria», es verdad; mas particularmente, los hijos de un alma que alaba y bendice a su madre no deben estar privados de la grandeza de la libertad de poderlo hacer suspirando en el destierro. Jamás una madre ha ofrecido más hijos al mundo que los que ha podido asistir si ellos han querido honrarla viviendo unos para otros.

El hombre destinado en esta vida al trabajo y condenado a la emigración, le es muy conveniente que, en dondequiera que esté, se conduzca con el agrado que mejor se aviene con la dignidad.

Si no a todos cabe la suerte de poder vivir y gozar libres en su país y les es indispensable resignarse a sufrir sus adversidades en un lugar exótico, no es arriesgado creer que es porque la condición humana ha engendrado, a la par que la pesada gravitación de las necesidades, la manera de atenderlas tomando un camino cuya seguridad depende de la difícil protección de la justicia.

Ricardo supone que divididas las tierras en tres clases, de primera, segunda y tercera calidad, el cultivo empezó por las de primera en atención a ser las más productivas, y cuando ya fueron cultivadas todas se procedió a cultivar las de segunda, y después de estarlo éstas a las de tercera. Es decir, que a medida que ha crecido la población el

consumo se ha extendido y ha habido necesidad de aumentar los productos cultivando las tierras en general. Después, los progresos agrícolas que se han sucedido han producido los de las industrias extractiva y fabril. Además, produce la lana, el lino, el algodón, la seda, los principales alimentos y las substancias para hacerlos más sabrosos.

A la agricultura, cuando se la considera como una serie de operaciones productivas, se la llama industria; como ocupación habitual de los hombres, constituye un oficio; como colección de reglas, es un arte; como conjunto armónico de los principios en que se funda, figura entre las ciencias. Es tan compleja, que abarca industria, oficios, arte y ciencia. Tiene, pues, la agricultura un fondo de infinitas ventajas sabiendo aprovechar los medios que suministra. Los hombres de gobierno que se padecen, ¿se han hecho verdadero cargo de ello? No se le han hecho porque están penetrados de que la altura de su destino es incommensurable, y es bastante dificultad para no corresponder dignamente al objeto de su misión; el consumidor tampoco se hace cargo del trabajo de maquinismo muscular y colectivo que representa, porque no obedece su voluntad a ninguna razón de delicadeza. Los Gobiernos se entronizan, los consumidores se estrechan para condenar como a su mayor enemigo al productor; ni siquiera se tiene arrojo para aliarse francamente con el título de reconocimiento respecto de la clase trabajadora del campo, que encierra tan inmenso conjunto

de sacrificios encaminados a la conservación de la sociedad.

Al hombre recrea el árbol, a cuya sombra benéfica vive, y con cuyos sabrosos frutos se regala; pero no sabe acordarse de quién hirió la tierra para recibir en sus entrañas la semilla, quién veló por sus brotes y quién cuidó que se abrieran sus primeros tallos. Es el campesino olvidado, para quien ha desaparecido todo reconocimiento a cuanto ejecuta.

Si los Gobiernos reniegan del cumplimiento de la ley con los trabajadores del campo, consecuentemente éstos degenerarán en revolucionarios. Dan su cuerpo y su sangre para conservar la integridad y la vitalidad de la Patria, como hizo Jesús para transformar al mundo y salvar a la humanidad, y si la conducta de los Poderes no es fruto del principio de justicia, será tanto como edificar en la garganta de un abismo.

La explotación de la tierra está falta de hombres y de capitales, consiente una indeterminación en sus productos, y, por tanto, una susceptibilidad de aplicaciones diferentes que parece carecen de límite, como los valores lineales o la línea recta, prolongándose hasta lo infinito. Donde existen estos caracteres de vida tan señalados, no se puede justificar honradamente la emigración. Es indispensable el fomento y el desarrollo, a propósito de la ciencia y las artes, para que ejerzan su influencia de un modo práctico y eficaz.

También los prados han adquirido cada día mayor interés por la necesidad imperiosa de multi-

plicar y mejorar la ganadería para servicio de la agricultura y alimento del hombre. Antiguamente, el cultivo de los prados era natural, hoy también es artificial, y tanto como apremia la necesidad de forzar la producción, de tanto es susceptible.

La caza ha tenido en los tiempos feudales una gran importancia, que ha ido disminuyendo progresivamente en los tiempos modernos, estrechada por la necesidad de la agricultura. Si es verdad que la ocupación de la caza ha sido ocupación por igual de todos los hombres, en la actualidad lo es para recreo de los privilegiados. A los sabrosos animalitos del campo les distingue un derecho y un respeto: el derecho de que les apiole un opulento magnate y el respeto por ser propiedad determinada. En cambio, la caza de los animalitos dañinos es libre; la muerte de estos bichos es peligrosa en algunas ocasiones, y es muy útil. Peligrosa para quien les hace frente, y útil para la propiedad. Por eso que envuelve peligro, es abierta al vulgo como muro minado por el tiempo.

La extensión de los terrenos en que se ejerce el placer de la caza ha disminuído, pero con que quede un solo palmo destinado a este objeto sin cultivar, se puede decir que no ha habido verdadero progreso ni verdadera justicia en la vida de la humanidad.

La pesca, como industria extractiva, o sea la aprehensión de los pescados, que se ejecuta extra-yéndolos de las aguas marítimas y fluviales, si no ha perdido en grande importancia, tampoco ha

ganado todo lo que se la estima como precioso alimento y necesario a la industria y al comercio.

La piscicultura en la reproducción y multiplicación resulta en número inferior a las necesidades del hombre.

La arboricultura, tan estimable por sus frutos, por sus cortezas, por sus resinas, por sus leñas y carbones, y principalmente por sus maderas, está tan acotado, relativamente, que no produce lo bastante para las construcciones y las industrias.

Sin la cosecha natural de la minería no habría extracción de primeras materias para muchas industrias fabriles, ni serían posibles los instrumentos y las máquinas que se emplean en la producción general. El esfuerzo del género humano, sin la minería, sería insuficiente para reparar las dificultades que impiden la cooperación de la naturaleza de sus trabajos. La minería da el hierro, auxiliar poderoso del hombre; la minería da el carbón de piedra, por medio del cual hay ocasión de convertir en realidad los más atrevidos pensamientos del hombre. El oro y la plata, que a más del esplendor de su hermosura, por su estimación mundial, ponen en conmoción a los hombres de las regiones más distintas. Trátase de intereses positivos que llenan el vacío de las necesidades del hombre y que pueden hacerse tan intensivas cuanto más acabada sea su perfección, ya atravesando la inmensidad de los mares, o ya cruzando las llanuras y penetrando en el corazón de las montañas.

Cuando se trata de defender la vida, es necesario pelear allá, en el lugar donde la necesidad coloca el remedio, si no se quiere perecer como oscuros e idiotas. Con la explotación por el cultivo, además de aumentarse la riqueza social, se aumenta el número de los ocupados y los medios de vida.

Cuando la superficie de la tierra y la inmensidad de las aguas no garantizan un sustento suficiente al hombre, el buscarle en las entrañas de la tierra es empresa que se impone a su sér, superior ante la fuerza de las cosas. ¿Y qué no son susceptibles de dar las entrañas, por cuanto las distingue el significado de intimidad y afecto?

Lo mismo que se han extendido los hombres, se han extendido los productos, progresivamente de unos pueblos a otros. También se ha dividido el trabajo, ya entre los individuos, ya entre las naciones, dando lugar a que cada cual pueda producir conforme a sus fuerzas y aptitudes especiales. Se han aumentado los cambios, se han estrechado y extendido las relaciones y han contribuído a los adelantamientos científicos y al engrandecimiento de los Estados. En tiempo de guerra también son elementos de una gran base de fuerza, y en tiempo de paz son un motivo de sosiego público. Esto no hubiese sido posible de obtener fácilmente sin vencer los obstáculos que la distancia opone al comercio de los hombres que habitan en países diferentes.

Las vías naturales, y más la construcción de las artificiales, han contribuído a facilitar y sumar la

división del trabajo entre los individuos, los pueblos y las naciones.

Las vías terrestres fueron al principio senda para el tránsito de un hombre, se ensancharon después para carruajes, y, por último, se hicieron los caminos de hierro.

La vida efímera de vastas regiones ha variado merced al transporte rápido de sus productos, por razón de consumirse ahora en los puntos más lejanos. Los viajes, antes insoportables, largos y peligrosos, son hoy cómodos, breves y, relativamente, seguros. Los ciudadanos más distantes están en continua comunicación y, en parte, se han estrechado las relaciones de todos los hombres, se han asimilado sus costumbres y sus leyes y sus condiciones naturales.

La condición del viajero en virtud de tan importantes transformaciones, ¿es menos desigual? La desigualdad existe y existirá, nada puede contra la fuerza de las cosas. Todos los nuevos adelantos han modificado los anteriores; los caminos de hierro se han casi condenado para las personas ricas, y están reconocidos como una necesidad para las personas pobres y las mercancías. En cambio, las carreteras se han casi condenado para los pobres, que circulaban agarrados a las cargas de las bestias para que aquéllas no perdiesen el equilibrio, y circulan por ellas los poderosos automóviles, máquinas de la violencia del fuego, y con todas las comodidades anejas a los que convergen en el sentido más amplio de la felicidad.

Esto hace notar cómo determinados elementos sociales guardan sus instintos naturales y propenden hacia el punto a que ellos les impulsan.

Las vías de agua, el transporte marítimo, también han sido el medio eficacísimo de unir las naciones y los hombres. Del mar dicen los juriscónsultos de antaño que es de uso inocente, porque todos los hombres pueden navegar sin perjudicarse mutuamente. De los ríos, asimismo, dice Pascal que son caminos que andan y sirven de comunicación a muchas y extensas regiones. En todas partes donde brilla el sol majestuoso se siente el influjo de la inteligencia humana, y ya que esta distinción parece un don divino, en todas partes donde se siente la inteligencia debiera sentirse la expresión del orden, de la moral y de la justicia para ser dignos de una elevada misión.

Reflexionando respecto de la organización político social de España échase de ver que una causa funesta tuerce su verdadera marcha: no es el resultado de principios, es la consecuencia de procedimientos. No se ha conocido un Gobierno capaz de introducir en la sociedad una fuerza que no haya quebrantado la conveniencia de las otras; lo que prueba que no ha tenido el convencimiento ni la habilidad de conservar las exigencias del orden y la utilidad de las funciones.

En la sociedad actual existe un principal elemento que no se halla en armonía con los otros y los gobernantes, encargados de la dirección de los negocios públicos, no se toman el trabajo de

recabar esa armonía que falta. Habida cuenta que el elemento en desacuerdo son ellos mismos, esos mismos gobernantes.

Cuando existen fuerzas sociales es necesario saber qué se hace de ellas, cómo se las ha de comunicar movimiento y dirección; de lo contrario, sólo se preparan choques, agitaciones, desórdenes indefinidos, que es lo que viene sucediendo con singular asombro.

Una muchedumbre innumerable que salta a los ojos se halla en medio de la sociedad disponiendo libremente de todas sus facultades, no puede, en el estado de competencia en que se hallan los negocios en estos tiempos, que todo le es necesario al hombre para vivir, entrar en el verdadero diseño, en el plan de la verdadera lucha europea. No se sabe fijamente si el atraso emana de la falta de obediencia, debido al Poder o a la resistencia del Poder a proporcionar las debidas ventajas; lo que sí puede asegurarse es que son dignos de lástima los pueblos que, por su actuación deficiente, quebrantan todos los lazos de la sociedad y de la familia.

¿Qué deberá hacer todo pueblo alcanzado en su economía? ¿Emigrar? ¿No es preferible a toda nación digna exportar los productos extraídos y laborados por los hombres, que exportar los hombres? Para poder saber qué se debe hacer en el asunto hace falta conciencia, que la conciencia atestigüa si hay o no facultad productiva concentrada. Si hay voluntad, indudablemente hay con-

ciencia, y, por tanto, se experimenta la imagen y la idea de producción.

Se ha demostrado que la Naturaleza produce los elementos ajustados a las necesidades del hombre, y cuyos elementos existen; luego si la Naturaleza suministra los materiales en bruto, de la voluntad del hombre depende el imperio de la actividad para desbastarlos.

Desde luego se conoce el modo de la producción y se sabe que es cierto que la conciencia asegura que el secreto sigue inmediatamente en su descubrimiento a un acto de voluntad; ¿hay, pues, en consecuencia, en el hombre, el deseo de actividad para verificar el tránsito de su estado habitual al que para su uso se determina? La actividad depende de la voluntad, que reside en el trabajador; y siendo así, hay que concederle las facultades de trabajo que le ponen en condiciones de libertarle de la exportación de sí mismo, porque en su lugar hace una esclava de la materia, que obedece a ser exportada.

Con la labor de la materia se salva el hombre de la emigración, porque, mediante la multiplicación del trabajo, no se comprime por la presión de otro hombre, se abre campo que a todos permite la vida en condiciones, y además, la sociedad cuenta con no pasar por el dolor de despacharle y con el placer de percibir lo que cabalmente la corresponde como representante de todos los intereses legítimos.

Pero para exportar no basta la acción del tra-

bajador; después de facilitar éste la producción se requiere la acción de los Gobiernos, y esta es una verdad que en lugar de extenderse por el extranjero jamás ha salido de manera aceptable y honrosa de las sombras del más absurdo abandono.

Hay la obligación de dar por sentado que los conocimientos científicos en ese movimiento de expansión se han propagado; pero, ¿y el establecimiento de los lazos fraternales entre los hombres? En el fondo de los espíritus, en el entendimiento de los previsores, en el corazón de los sencillos y de los ingenuos, se abriga una conjetura y una esperanza instintiva, pero nada más.

Al hombre, e igualmente a la corporación, les distingue el espíritu de conservación y de perpetuidad, y no pueden ocultar que todo lazo de unión con su adversario puede ser una interrupción en el trabajo acumulado y un obstáculo en el trabajo por adquirir.

Al hombre especulativo e hipotético le distingue el espíritu, que le impulsa a un porvenir cimentado sobre el testimonio de los hechos. De modo, que de un lado, la fraternidad reina en el pensamiento solo, de otro lado reina en la materialidad de vivir, y en los dos lados en aquello que más le interesa.

Pero de todas suertes, en las clases humildes son más obedientes a las necesidades legítimas y obran con más calidad de sentimientos, y con lo que puede cada uno de por sí para templarlas; la indiferencia de las clases acomodadas es una

alarma, y con las chispas que despide son una amenaza muy propia para un funesto incendio.

Las clases humildes sienten una sed ardiente de mejorar en su situación económica; pero las clases acomodadas las salen al encuentro porque las comodidades y los goces creen que son de su exclusivo disfrute. Las clases humildes tienen su genuina inclinación: la de resignarse a la dureza de la suerte; tienen su consiguiente consideración: la del infortunio; tienen la esperanza de mejor porvenir: la que les hace llevaderos los males presentes. Como inspiración, tiene el respeto a la propiedad; como obediencia, tiene las leyes; como sumisión, tiene la autoridad; como temple de reconocimiento, tiene el engendro en los ánimos de la ingratitud; como temple de rencores, tiene motivos para la envidia; como sedante para la mansedumbre, tiene la exacerbación de la cólera. Todo consecuencia de que la igualdad del hombre no es sólo un nivel inferior, sino el punto culminante de la esclavitud.

Los pueblos esclavos llega un momento que chocan entre sí y se metamorfosean en pueblos libres al desprenderse de las tinieblas materiales, como la chispa del pedernal. La vida no es una caída desde la cima del monte, sino una escalera del valle de miseria hacia el monte de la felicidad. El objeto de los humildes suele ser la ley revelada, o sea el abono del alma que produce a la desgracia flores celestiales. En este mundo hay el consuelo de que no hay padecimiento que al fin no se pague con una dicha.

El movimiento de los negocios de la tierra está supeditado y sostenido en el aire sobre su eje, que impulsa generoso el sabio, que siempre que trabaja pone todos sus pensamientos y sus obras al servicio de todos. Discurre para encontrar los medios y los sistemas de producir mucho y con perfección con la mayor economía de tiempo y de capital. A veces, la pérdida de la semilla estorba su trabajo porque cae sobre el yermo y cubre la tierra y no germina. Pero esa no es su voluntad.

Es indudable que el capital, viviendo en medio de la sociedad, podrá formar asociaciones que auxilien los propósitos del sabio y que llenen cumplidamente su objeto; pero quedan siempre un sinnúmero de atenciones que no pueden cubrirse sin la cooperación también de los miembros consagrados exclusivamente a los negocios. Necesitan un núcleo que sirva de centro a todos los esfuerzos, y que ofreciendo en su propia naturaleza una garantía de conservación impida las interrupciones, los vaivenes inevitables cuando concurren agentes que no tienen entre sí un lazo bastante fuerte para preservarlos de la reparación, de la dispersión y de la ruina.

El mérito de la sabiduría se reconoce en las obras. ¿Quién si no el sabio es el espíritu de la locomoción por la presión del vapor, por la absorción o compresión del aire atmosférico, por el aprovechamiento de los planos inclinados o por los objetos que obran como contrapesos automotores? ¿Quién si no el sabio obra con opción al éxi-

to en el cuerpo del agua para conseguir el movimiento y la luz y para conseguir sus ventajas si se cristaliza por el frío o si se evapora y evapora por el calor? ¿Quién si no el sabio saca partido del aire, flúido transparente y elástico que forma la atmósfera de la tierra, y no sólo sirve para la respiración y combustión, sino que se utiliza para el viajero y mil objetos que marchan animados en rápidos movimientos? ¿Quién si no el sabio, el geómetra, el físico y el químico resolverán los problemas que afectan al sol en nuevas disposiciones de aprovechamiento que conservan el mundo con su admiración? En torno del sol giran sin descanso las grandes inteligencias para aprovechar sus beneficios y alegrar al mundo con un porvenir nuevo, ya que es imposible vivir únicamente con lo viejo. No se puede renunciar a la cosecha de progresos; es preciso que el sabio, trabajador por excelencia, invente, discurra y regularice, y que la mano de obra dé estabilidad y firmeza a los inventos. En tiempos anteriores era una necesidad pasajera, hoy es una necesidad apremiante. Si «el reino de Dios está en los hombres mismos», con el reino del mundo sucede lo mismo.

La peor de las epidemias, la que más víctimas causa, es el hambre. ¿No habrá medios de curar sus ahogos? ¿Habrá que pasar por el trance de confesar que no hay trabajo bastante en la nación? ¿Trátase de demostrar que España no es ya más que un cuerpo hueco que se sostiene sólo en la corteza, que alberga en su vacío bandos de

buhos y de cuerpos humanos, parecida a esos árboles viejos, cóncavos y muertos que sirven de abrigo a las aves de rapiña del monte? No. España tiene un fondo donde reside el corazón. ¿Cuál es taxativamente el origen de sus miserias? ¿La falta de capital? Pues cuanto más ensanche se dé al crédito fundado en el trabajo futuro, tanto más se debilitará el fundado en el trabajo en marcha. La crisis general, ¿se ignora que tiene gran fundamento en que se tiene comprometido el porvenir y es necesario para atender ese compromiso y poder vivir, no sólo duplicar las fuerzas y el trabajo, sino también las privaciones? Tratar de remediar el mal proporcionando trabajo por medio del crédito, como no reporte ventajas, ¿no es comprometer el porvenir, que equivale a cerrar un agujero para abrir en sustitución un abismo? Los que han vencido practicando semejantes procedimientos han incurrido en el error de creerse con derecho a añadir su propia cruz a la de los que caminaban detrás arrastrando la suya. Colocados en textura tan apurada, por más que se adopten disposiciones para establecer la baratura de la vida, la proporción entre el jornal y la especie siempre guardará la misma distancia. Sin lograrse la baja del precio de las subsistencias no puede lograrse la baja de los jornales. Sin la baja de los jornales no puede bajar el coste de las subsistencias.

No puede haber comunidad y comercio regular donde está empeñada la discordia. Si para la baja de la remuneración del trabajo se espera la com-

petencia que entre sí se hagan los trabajadores, es esperar la desorganización de la sociedad; porque el trabajador podrá vivir envuelto en la astesia, pero no será capaz de vivir sin comer. Si se espera la baja de los precios por parte del productor, sin la baja de coste de los elementos que le sirven, el productor, indefectiblemente, irá a la ruina. Si se espera la baja del comercio expendedor será en vano, porque no puede vender más barato que compra o no podrá vivir. El intermediario, que la sociedad detesta por inútil, algunas veces está justificado porque retiene en su poder un género que el productor se ve obligado a vender y el comercio no se le puede comprar. Y en ese caso, para todo lo inútil en el mundo la mejor solución es echar mano a la pistola por aquello que decía Goethe: «una vida inútil es muerte prematura». ¿De dónde deberá partir entonces la iniciativa de la baja del valor de las cosas? De todo a la par. El Tesoro público será el único que no podrá bajar más; ya descansa en el suelo sobre el contribuyente hecho polvo.

Si el hombre necesita estar verdaderamente gobernado para actuar de un modo admirable en su propia salvación y en la de su semejante, he ahí una ocasión propicia para resolver el problema planteado con todas las amarguras de la vida. Ese es el camino, y no limitarse a perder el tiempo tratando de hacer entender al trabajador que su interés está en respetar la propiedad del rico, cuando el trabajador sabe que sus facultades y su

trabajo son sus únicas propiedades y para las que no existe otra verdad que la encadenada al rudo trabajo, ni tiene otro interés de verdad ese argumento más que ser una solemne impostura; pues es falso que su interés esté identificado con el rico, siempre que el rico se rebele contra el trabajador y no pida ni anhele más que ser servido. ¿Qué le importa al pobre una revolución que trastorne el orden establecido, que el Poder sucumba, las instituciones se hundan y las leyes desaparezcan? Para él todo esto no existe sino en teoría, en la práctica está cansado de ver que algunos miembros de la sociedad ordenadamente se reparten todo como rico botín, lo que a la gran comunidad no le deja salir de pobre. ¿Qué le puede faltar, el trabajo? Es lo único, porque el hambre y la miseria las tienen para no codiciarlas. En una revolución a río revuelto, ¿les faltaría modelos que imitar que no dejaran de ser azotes anárquicos? Uno de los males más graves que se padecen son los ejemplos que se les dan en número considerable. Para poner freno en tales desvaríos a las turbas se cuenta con el interés privado, la fuerza pública y, triste es decirlo, el enervamiento de los cuerpos con el enflaquecimiento del ánimo, que apartan a la plebe de los medios violentos.

Si el mundo no se trastorna efectivamente de arriba abajo es porque le sostiene una fuerza pública imponente, siempre en disposición de acudir al punto de peligro y de ahogar en su nacimiento las tentativas de desorden. Se ha llegado a una situa-

ción en que los habitantes contribuyentes paguen a tantos como son la mitad más uno, con el objeto de que vigilen a la otra mitad menos uno; de ahí también la causa de los presupuestos monstruosos, que son augurio de bancarrota pública y de la más brutal barbarie.

Y esto viene a justificar la razón de que unos miembros del cuerpo político social quieran que cada uno viva de su trabajo y no unos del trabajo de otros.

Desde el momento que un poder actúa sobre el declive de una acción violenta, no le sirve para contenerse formular sistemas desproporcionados; la razón por la que se cree en la impotencia de la plebe, ya por la escasez de número, ya por la falta de preparación o por la cobardía en su pecho, es esperanza en cualquier momento de rodar y dar caída sobre caída, rechazo sobre rechazo hasta ir a parar a lo más profundo de la sima. Y hay equivocaciones de tal calibre que no se rescatan sino por medio de la expiación más cruel.

Una de las causas de los males es que no existen hombres de verdaderas condiciones de gobierno. Por eso, si han desfilado tantos Ministros de treinta años a la fecha, derribados con un soplo, es porque no habían echado raíces y eran como arbustos con cuerpo y corteza, pero sin alma y sin fruto. A lo más, hay algunos hombres que se adornan con alguna fama; pero si se les mira de cerca, quedan tan reducidos, que se pierden de vista; si se toca su obra, se ve que no han hecho más que,

como el topo, mover la tierra para impedir que brote la simiente. Cuando brillan, brillan a la manera que los metales; pero, fuera del brillo que atrae las miradas, no tienen valor ninguno: todo es falso. Algunos se aproximan a la listeza, a la experiencia y la habilidad; pero en cuanto las tocan se estremecen y se encogen porque no son de la médula del genio y del carácter. Además, su cabeza es demasiado deforme o de chorlito, su cultura falsa e inmoral, su carácter es tan débil que les hace esclavos del pebetero como damiselas. Ocupan, sí, las alturas del poder, pero no representan ni la sabiduría de Salomón, ni la virtud de Isaías. No han pagado los favores recibidos y venden la gratitud que deben. Se separan de los que les han elevado al poder después de haberse apoyado sobre sus espaldas, de que se han servido a guisa de escalera, y a medida que se han acomodado en los destinos del país, se sirven de los destinos del país para cotizar su influencia en los negocios de la grandes Empresas. Viven entre los excesos del lujo y, sin embargo, hacen violentas fortunas.

Después de pasar revista a semejantes sistemas de vida, se saca en consecuencia que, sin el inconveniente de la honradez, cualquier trabajador podría hacer las mismas proezas con sólo dar un puntapié a la garita que cobija la virtud.

El país lo sabe todo porque lo ve y lo padece, y es tan medroso, que, como dice Salomón en el Eclesiastés, los teme y observa sus leyes.

Cuando se llega a un estado de profanación tan escandalosa, ¿puede el sentimiento rehusar, sacrificar hasta la vida por salvar la consideración de un derecho, la suerte de la humanidad en la justicia? ¿Acaso se cree que desconoce el hombre que su misión y el objeto final de todo se subordina a la virtud y a la obligación de observar sus leyes? No lo desconoce; lo que sucede es que no se le pregunta lo que hace y lo que tiene; y lo que hace, sea lo que quiera, y lo que tiene, proceda de donde y como quiera, a eso no se toca. La cuestión está en que la fortuna le sonría. Esta es la filosofía moderna.

¿Se puede nadie extrañar que, como las nubes tempestuosas recorren las fases de la evolución y cruzan el horizonte dejando huellas muy sensibles de su paso; como en la corteza terrestre aparecen movimientos vibrantes, instantáneos e impetuosos; como de las aguas del mar se destacan golpes violentos y atarden y confunden; como todas esas manifestaciones extremadas asoman, no pueden asomar algún día, no lejano, los miembros del cuerpo social, tan abatidos y expoliados, y se conjuren los unos con los otros, puesto que las leyes no gobiernan por igual y la razón ha dejado de ser un solo espíritu, y furiosos como el viento rompan las cadenas de crueldad que las aprisionan y corran sin freno y sin poder nadie impedirselo a hacer ejemplar el castigo merecido y a vengar la causa de sus miserias?

En la tempestad, las nubes, puestas en uno y

otro lado, se combaten con furia desesperada, y todo es fuego y sonidos; ¿no se pueden verificar estos horrores entre los hombres? Cuando parece que el eco de la tormenta se aleja más allá del horizonte y que va a concluir, ¿no suele suceder que no es así, sino que han ido las nubes a dar aviso en el otro hemisferio de lo que pasa? Esas furias celestes, ¿no pueden ser igualmente una realidad en las cosas de la tierra, y cuando parece que la fuerza, en pie de pelea, está de parte del Poder, esté de parte de no dominar lo que tiene cumplida disculpa? Y, entablada la lucha, reforzar los bandos, ¿no es encender más una pelea cuya paz está basada en cumplir lealmente, honradamente las obligaciones y hacer justicia a la dignidad humana y a sus deberes naturales? Lo cierto es que la sociedad no puede vivir sin los medios de vida de que la privan los astutos y ambiciosos.

Las lanzas de fuego que se cruzan por los aires, las saetas perdidas que bajan a la tierra, la mosquetería de piedra que todo lo hiere, la peste que a nadie consulta su aparición, la locura que se hace dueña de la razón y tantas otras perturbaciones no son del dominio que alcanza al hombre, las recibe, como su existencia, de Dios; mas ¿no responde el hombre a una ley que le es común y tiene su piedra de toque en ser útil a su prójimo como a sí mismo? ¿Qué medios podrán emplearse para llevar a cabo su cumplimiento? El recurso poderoso de consagrarse a la tarea de la redención de los sacrificados.

CAPÍTULO V

Los miembros del cuerpo político social con todos sus razonamientos son los únicos que, dando un principio diferente a las cosas, establecen conjeturas inverosímiles.

Pocos desconocen que la razón en el hombre es voz de la Naturaleza; mas cuando habla el órgano de la razón, ¿la Naturaleza le oye, le atiende y se remite con la legitimidad de criterio que corresponde a la igualdad de la Naturaleza? Arduo, en efecto, es el dilema, y para responder sin temor a cometer una gran falta, es más segura la verdad que se aprende de los demás que la verdad que se encuentra por sí misma en el terreno escabroso de la vida. Ahora, que el remedio es igual que reservarse nuevas pruebas y no aportar nada a los éxitos obtenidos por otros originales. Y no puede darse facultad más inexplicable que la de no ponerse en relación con los objetos que producen nuevas sensaciones u ocasionales.

El criterio enlaza y fortalece los objetos, pero para que el enlace lleve un sello indeleble es preciso que esté cerciorado de su legitimidad; si no consigue cerciorarse, la razón no puede recono-

cerle como legítimo, porque equivaldría a negarse a sí propia. Y ciertamente el criterio, en su verdadero celo, no oculta la legitimidad; y la acción, la cual obedece al ser humano, no se expone, ni se encuentra la igualdad de trato de la naturaleza ni la verdad de las leyes racionales, porque nada se aplica con la fidelidad de espíritu que corresponde. Es deber del hombre tratar por sí mismo de conocer las verdades formadas en la razón, y una vez conocidas, practicarlas según su conocimiento y su conciencia le aconsejen; pero no siempre lo noble y bueno es lo más hacadero, y en el decaimiento que tiene por su semejanza con el bruto no piensa más que en gozar. Todas las cualidades materiales del hombre se encuentran en el bruto, con frecuencia en un grado superior.

Las leyes impuestas a la humanidad por su condición de superioridad, tales como el buen sentido, la resignación, el amor, la moral, que la Naturaleza ha puesto en el corazón, son vanas palabras; no se cree más que en los deleites del vientre y en los placeres más reprobables. Así se explica que los hombres entregados al materialismo se esterilicen para la vida social, a tal extremo que no vivan si no preservados por la policía, que es su vacuna.

Donde no existe una lealtad absoluta en el pensar y en la conciencia, y una rectitud inquebrantable que no se doblegue a las consideraciones propias, no puede haber virtud sólida ni confianza en la Justicia. ¿No consiste la cultura en saber sepa-

rar la persona de la cosa? ¿Cómo, entonces, a los cultos el afán de lucro los ciega y no los deja perder ninguna ocasión ni aun estando en juego el honor de su culpa? Desacreditar al hombre honrado y los más nobles intereses ante el mundo entero, no cabe duda que es una infamia, pero que tiene disculpa cuando las cosas no se ven hechas con decencia y con orden, porque corren a alejarse de la luz que ilumina el cumplimiento de la ley, del deber y de la justicia. Los reverberos cesan de prestar su luz horizontal cuando el sol aparece en toda su plenitud.

Sin la condieión de no poder permanecer por la falta de pureza expuesto a la vista del público, es haber logrado el crédito máximo de la inmoralidad para no poder aspirar a vivir tranquilo con su propia conciencia; porque nadie vive bien en sí cuando por un impulso instantáneo no se desvanece satisfactoriamente el concepto que merece a los demás.

Al hablar de la causa pública también el hombre se torna malhumorado, criticón y escéptico. Consiste en que cuando el poder tiene la usurpación por la base, es decir, la expoliación, ya nada hay sagrado en la sociedad.

Es que todos sus miembros, si miran arriba, no encuentran ni una sola aspiración elevada; y si miran abajo, tropiezan con un cúmulo de miserias. Es que juegan la farsa y la burla, y a la sombra de la influencia se mueve el honor del hombre, que merece calificarse cual propio estólito jumento. Es

que hostigada por un lado la intriga, explotada por el otro por la corrupción, se halla la sociedad condenada a una negación perpetua. Pasa todo el tiempo en intrigas, subterfugios y embustes.

La política para todo sirve; ahora, que su fruto no llega a ser útil ni suavizar las disonancias extrañas a la armonía de la sociedad. La pasión del hombre, en mejores y viejos tiempos, satisfacía a la influencia en cuanto estaba dentro de la amistad; ahora se estima muy dura la disciplina de esa regla y se satisface en cuanto está dentro del interés; y así, ni se honra al hombre ni se siguen los decretos que le son útiles. Nada se efectúa que responda a los fines de igualdad; todo es indicio en la oferta y la demanda de los mejores postores.

Hace poco tiempo publicaron los periódicos de Madrid un manifiesto de una rama de la industria, en el que se decía:

«Los elementos de la profesión quieren dignificar la industria para salvarla de las concupiscencias que hoy la abruma, rompiendo con la urdimbre de intereses creados que alrededor de ella viven, y que por ello no pueden aceptar el precio fijado por la autoridad, que les obligaría a continuar con los procedimientos tan justamente condenados por el pueblo, y de los que, cueste lo que cueste, se han propuesto huir en su vida comercial sucesiva.

En la situación en que estamos, no tenemos más que un dilema y que sometemos al plebiscito del pueblo: o el género a tal precio, fijado por la auto-

ridad, y que tendríamos que someter a base de actos ilegales, o el género a cuánto, viviendo honradamente la industria.»

Si todo lo expuesto no es la confesión categórica de un cohecho realizado, y una confusión entre la defraudación y la debilidad, se lo parece tanto como una estrella a otra estrella; ahora, que sin el resplandor celestial del cual huyen las sombras, que es donde está la mondonguería de la cuestión.

En cualquier otro tiempo, cuando a España las anomalías la contrariaban y no hacía maridaje sino con la rectitud en sus innumerables combinaciones, a la vista de tamañas enormidades hubiera estallado en indignidad y la justicia hubiera mostrado su solidez; en los tiempos actuales, tiempos de reconocimiento de derechos, se permite al hombre que se olvide del ejercicio del deber, y parece que hasta se permite la autoridad desmontarse de su altura para nivelar el terreno y colaborar en espíritu de cobardía.

Consecuencias tristes son harto claras de una educación producida por la imprudencia de disfrutar en paz de la ganancia del robo.

Cuando falta la autoridad a su misión, el Poder necesariamente tiene que complacerse en perdonar en lugar de castigar, porque prueba que prefiere abandonarse al desorden antes que entregarse al orden; cuando da por sí el ejemplo de la injusticia, y de la corrupción sacrifica el porvenir de la sociedad; cuando entra en pactos transigiendo con el

mal, a todo prefiere la tranquilidad del momento. Es muy cómodo gobernar dejando hacer a la sociedad privilegiada cuanto la viene en mientes. Y cuando los Gobiernos no educan a los individuos para la sociedad, sino para sí propios, es una prueba de una debilidad que trae consigo su origen del egoísmo; es una prueba de impotencia para oponer al mal resistencia enérgica. ¿Qué se impone hacer? Que del pueblo que sufre los agravios, que de la multitud del pueblo brote un hombre fuerte que lance a latigazos a toda la mala semilla, si no se quiere que la inmundicia se genere con espantosa rapidez. Para proteger el bien no hay más remedio que saber castigar el mal.

Pero es preciso lamentarse de la falta de ese hombre distinguido. Cada época tiene su hombre de salvación: y ese hombre no se encuentra ni en la atmósfera del Poder ni en los salones de los dichosos; habrá de salir del pueblo. La historia demuestra que las mejores causas se han perdido por estar entregadas a hombres injustos, y, por consiguiente, ineptos, porque la aptitud y la justicia van de ordinario juntas.

La primera cosa que necesita el hombre para su felicidad y contribuir a la de la sociedad, es la de la estimación de sí mismo. La prueba de que está corrompido lo significa que predomina en él la libertad de la voluntad, y, en cambio, predomina en la sociedad la esclavitud de la impotencia.

Cuando falta un temor superior en todos los hombres, no se refrenan los sentidos ni se recogen

a lo interior mirando por su conservación. Dijo un tiempo Isaías: «Quien quiera que no escuche la voz prepotente de Dios, sentirá su mano.»

Si el espíritu de salvación de la sociedad ha llevado con resignación las razones de los sufrimientos, ¿por qué en las cosas, cuyos rendimientos le son propias, por qué ya que las ha descubierto no se sirve de la ciencia de la virtud de saber ordenar y evitar horrores humanos? ¿Cómo en el hombre, en los casos más transcendentales de la vida, se extingue enteramente el uso de la razón y las ideas puras de su grandeza y se reviste de un natural impulso, lleno de suciedad, y se lanza a operar y vivir en los campos, en los que se confunde y se mezclan la tierra y el cieno? ¿Por qué se declara la guerra contra el bien de la vida humana, cuyo bien está situado donde se distingue el reconocimiento del amor y la afección, sensación perfecta que experimenta el alma y que se reproduce en el cuerpo? La experiencia demuestra que, sin que la vida se acabe, los órganos no pueden cesar de obrar, y es sumamente difícil determinar, puestos en funciones, el grado en que las lesiones deben producirse. No se puede negar que la guerra repugna a unos, y hay forzosamente que afirmar, porque se sabe la cosa con entera certidumbre, que halaga a otros. ¿A quiénes halaga? ¿Acaso a los militares? Al militar no le puede halagar, porque pone en peligro su honor y su vida. En este caso, ¿la rehuye? Tampoco, porque la independencia de la justicia deberá residir en su interior, y la

disciplina del deber es desde luego la glorificación de sí mismo.

El militar se entiende considera como su natural enemigo lo mismo al hermano de armas, que no respeta, y se somete a los entusiasmos de la carrera y a la exhortación de ser fiel a los mandamientos de conciencia, que al mal huésped o al mismo que causa daños y perjuicios en el terreno espiritual y material de la Patria. Debe ser amante de la ley y del buen hábito. Cuando el hermano de armas no se hace valer con la firmeza con que se regulariza su vida, la colectividad, infaliblemente, le hace saber que carece de fundamento en el Cuerpo, porque la falta de virtudes sólidas le impiden toda cohesión. Se requiere un respeto y una obediencia absolutas, a tal extremo que a veces basta una mirada, un gesto, una palabra cuyo significado está ya convenido para que se tome en consideración, pues la obligación contraída con el juramento no cesa en lo más mínimo sino con la separación.

¿Qué colectividad puede ostentar esa purificación, esa abnegación, mortificación o humillación de sí mismo, puesto que se impone voluntariamente la amputación de un miembro de su cuerpo? Algunos dirán que es un exceso de rigor, y los más acertados dirán que es un principio consagrado exclusivamente a la justicia, a la moral y al bien público. Hay que convenir que el militar también se deja arrollar a veces en la severidad del juicio por un sistema que nace de una terquedad excesiva.

San Agustín afirmaba: «Donde hay orden hay algo bueno; donde hay moralidad hay dignidad.»

Los organismos militares, dicho sea en su honor, no participan de medios que tratan de colrear, no cubren los males para ocultar los choques, no transigen con corrosiones que llevan un velo para que no dañen a la vista; la usurpación escomoteada, los hechos consumados cubiertos con un barniz de superchería, eso adjetiva con la política, y nada más que con la política; la milicia, para los hechos delictivos, usa los medios de sanción que requieren, y que, lejos de alucinarla el empleo de esos medios atrevidos sobre la gravedad de las cosas, se obstina en ellos para poder proceder al instante a hacer efectivas las responsabilidades como curación radical, aunque la curación la conduzca a duros padecimientos y a los agudos dolores del mal. Es evidente que cuando en el Cuerpo militar un miembro padece lesión, el mismo Cuerpo, por virtud de un misterio de pureza, verifica la extirpación radicalmente. No se ve otro ejemplo. ¿De quién son, pues, los empeños bélicos? ¿Del sino de tanto trabajar sin fruto? No; de la falta de orden público. ¿Por qué tanto alardear de celo y de ningún progreso? Por la ceguedad de la avaricia. ¿Por qué tantos esfuerzos sin hallar el fin? Porque no hay fe. ¿Por qué tanta voluntad y tan mal resultado? Porque la voluntad no se da a los demás y se tiene por sí mismo. ¿Por qué tan hermosas disposiciones y tan crueles desengaños? Porque el mejor saber no conduce al mejor obrar.

¿Cuál es la causa de tantos fracasos en la vida? La consecuencia natural de tantos fracasos o del mal estado de cosas es la justicia, que navega sumida en éxtasis por aquella ruta diabólica mirando y gozando de sus pasiones, para escándalo del mundo y deshonra de la sociedad; hasta que ésta, cansada y aburrida, eche todo a rodar.

¡Qué contraste si se recuerdan los extensos territorios que tomó España en los reinados de los Reyes Católicos, Carlos I y V de Alemania y Felipe III! El alma se excita y el corazón se enoja. ¿Contra quién? Contra la desaparición de las virtudes de gobierno que rebajan a esta desventurada nación en el estado del mundo. ¿Llegará un día dichoso en que España se rehabilite y conquiste en el concierto europeo la consideración y la grandeza, que merced a la unión y sus tradicionales virtudes cívicas y de predominio podría aún conquistar? ¿Llegará ese día que la nación, vencida por tantas desdichas, vuelva a ser enteramente libre para trabajar y gozar como vencedora? Triste cosa es no poder citar, con referencia a los tiempos modernos, otras glorias sino las que se alcanzaron en la guerra de la Independencia.

Muchos errores y monstruosos extravíos han señalado la marcha descendente. Pero en esta progresión de errores, en que los nuevos eclipsan a los antiguos, fácilmente pueden estar aquellos tegumentos que la Naturaleza dió al germen naciente de las plantas, que salen primero de la tierra, se marchitan después al nacimiento de nuevos tegu-

mentos, hasta que al fin la sazón se presenta y se sazona de flores y frutos, imagen tardía de la verdad.

Volviendo a tratar del militar español, es obligado consignar que no es olvidadizo que no recuerde las glorias pasadas, ni es ningún agorero que huye de recordarlas, pensando en las desgracias accidentales. ¿No es valiente si le falta arrojo para echarse sobre la boca de un cañón? Esto sería una temeridad que no aumenta el valor propio del verdadero militar, ni revela la existencia de una calidad. El militar español no es indeciso, ni tímido, y, además, es de capacidad superior a toda suposición. El soldado tampoco es irresoluto, es intrépido y marcha sin alterarse a una muerte más que posible. Unas veces es afortunado, otras experimenta dolorosos reveses: la fortuna es ciega, y el hado, impío.

Los desastres que se lamentan de Marruecos, unos los enjuician a base de las páginas de la historia, que enseña que toda guerra que no se hace en legítima defensa se vuelve al fin contra el que la ha suscitado. Otros, más profundos pensadores, vinculan los razonamientos en la filosofía y deducen que cuando una fuerza no puede representarse bajo el estricto nombre de la justicia, se parece al estado de plenitud de sangre cuando ésta no puede circular por las venas. El cuerpo, afectado por aquella fuerza tan inesperada como violenta, viene, bien a sufrir una hemorragia exterior o a morir de un derrame interior de la misma sangre.

La consecuencia siempre comprueba el origen y la naturaleza de la esencia de las cosas con sus resultados.

Toda guerra es un castigo; hay ocasiones en las que medra el malo y padece el justo. La luz militar no siempre recibe la luz de los hechos y los honores cívicos suelen estar turbados. Nadie es tan feliz que tenga la certidumbre en el pasado y en el presente. Tampoco puede negarse que en las operaciones de las batallas no se encuentra siempre la gloria en el grado de justicia que corresponde al mérito. Unos combatientes se echan al río en pos de la dignidad y otros esperan el tiempo calculado para el restablecimiento del puente, y al correr, calificado el elogio o la censura, corre con evidente injusticia. La cuestión depende de que se torna el pensamiento de los Gobiernos por recurso de intriga. Los premios forman parejas con la influencia de las recomendaciones. En esta situación, en los negocios públicos no se busca más que la desigualdad en la preponderancia.

Cuando se afana en crear reputaciones falsas, indemnizándolas injustamente, se afana en el desdén y en la ingratitud de los verdaderos héroes y en los sufrimientos del infortunio.

Un Gobierno que coloca caprichosamente a los hombres en vez de colocarlos meritoriamente unos detrás de otros, sucederá, por reducido que sea el número, que los primeros llegarán, pero los segundos no harán más que avanzar. Y la preteri-

ción destruye esperanzas, niega el valor real del hombre; no es en este caso una corrupción nacional, pero lo es del Poder, y causa los males de la indiferencia y del miedo.

Del miedo, que es el recelo de lo que puede suceder, y puede suceder que si antes no se conocía el miedo, después de los desengaños, que no son nunca de necesidad y son en extremo notados, le sienta el jefe y le sienta el subordinado. Sentada la desigualdad, se sienta la inmoralidad. ¿Medra materialmente el militar en el torbellino del combate y en el estrépito de la guerra? Si fuera posible que medrase, no se distinguiría por una conducta muy ajustada. ¿Hay vicios en la milicia que producen calamidades públicas? Si existen esos vicios, tienen su origen en las indulgencias parciales y en las faltas de los Gobiernos. Por las deficiencias del Poder civil las empresas grandes han resultado desastrosas. Hágase justicia al Ejército en su jurisdicción y la nación podrá decir lo que Alejandro: «He dormido profundamente porque velaba Antípotro.»

En el Ejército hay disciplina, domina el valor heroico y la dignidad y se opone al escándalo de las desenfrenadas ambiciones que hollan todos los derechos; la justicia y la honradez tienen ganada la primera victoria. De lo contrario, todo seguirá entregado a la imprudencia que divide y destruye las naciones, y de sus ruinas dispersas no habrá que esperar que renazcan y se renueven con el fénix de la fábula.

Se atraviesa una etapa que no permite saber si se está en un sueño o en vértigo epiléptico; es lo cierto que la conciencia ha desaparecido casi por completo. Sin embargo, no se cesa de hablar de conciencia, y acaso por eso mismo que se pronuncia con tanta insistencia no se refleja en los actos, lo cual hace pensar si se ha convertido en substancia que se consume encerrada como un objeto corpóreo.

Mas el caso de supresión de la personalidad, de la interrupción de la conciencia, ¿es alguna dificultad invencible? No se puede pasar a creer, porque al mismo sujeto le es accesible cambiar radicalmente de personalidad, por una simple alteración del organismo, las más de las veces. Entonces, si la razón, obrando mal, tiene razón, o es lo que debe ser porque ella no puede sentir de otra manera, puesto que su conciencia es la traducción de su estado orgánico, ¿qué se sigue de aquí? Los objetos exteriores, el cuerpo mismo impresiona de diferente manera los sentidos: esta impresión pone el alma en contacto con los objetos y produce lo cogitativo de dicho objeto. Estas imágenes, que quedan de algún modo selladas en el supuesto humano, aun después que el objeto exterior ha cesado de ejercer su influencia sobre los sentidos, son el material bueno o malo con que el alma levanta todo el edificio intelectual.

El conocimiento que tiene el alma de sí misma como por reflexión sobre su acto, repetido varias veces al repetirse los actos o estados de concien-

cia, da lugar, mediante la memoria, a la formación de la idea de la personalidad. Lo que da también ocasión a pensar si el conocimiento o la memoria que se tiene de los sucesos, hasta por la misma amarga experiencia de las equivocaciones, no podría hacer reflexionar sobre ellas, y enmendado el fondo y la substancia y la forma de todo lo que se ha fraguado, la conciencia, circunscribiéndose a determinadas derivaciones, podría moverse a base de un modelo distinto formado con las representaciones exactas, de un modo maravilloso, en una nueva personalidad que condujese al verdadero destino. Para las buenas causas fuera de necesidad el convencimiento en este sentido, dejando que se persuada la cosa por los consejos de la más prudente sabiduría. Extremando los asuntos hasta se toca la confusión de lo inteligible con lo sensible, del alma con el cuerpo, de la representación imaginaria con la realidad, de la inutilidad con la conveniencia; en fin, del caos con el orden. ¿Cómo es posible, rectamente pensando, confundir el verdor, la lozanía y el fruto con la sequía, la devastación y la improducción? ¡Ah! No es fácil confundir los colores, por ejemplo, después de formados; la dificultad está en la fórmula para la amalgama; cualquiera equivocación de calidad o cantidad los desnaturaliza.

La razón, en ocasiones, en las funciones más delicadas de la vida, no ve la monstruosa confusión de cosas y transige con las exigencias de los deseos y apetitos de los hombres, que se confun-

den hasta el punto de pretender convertir su confusión en una relación perfecta. ¿Es, quizá, que el corazón no transmite las órdenes y las impresiones de la razón, que el pulmón no dulcifica ni refresca las palpitations del corazón? ¿Hay quien no tenga motivos para dudar de lo que consta que es objeto de evolución a medida que las cosas toman sus formas, ya particulares, ya aparentes? Hay la obligación de dudar, por lo menos, desde el momento que se da asenso a una cosa, en vista de cómo se obra, que todo está a servicio de la parte que desea comer, beber y gozar de los placeres; desde el momento que hay la persuasión de que el pensamiento, la inteligencia y el sentimiento no se reflejan sino en el ombligo y el bajo vientre, depósito de podredumbre, ¿será posible que el principio inmortal del alma haya cedido su gobierno en absoluto a la parte moral que, como dice Platón, desea los alimentos y las bebidas como una necesidad de la naturaleza del cuerpo? Para ello tenía incluso que haber variado de modo de obrar la parte del alma mortal, porque—añade el mismo autor—fué colocada en la región que se extiende desde el diafragma al ombligo, espacio construido como una despensa, donde el cuerpo, como bestia feroz, pudiera encontrar un alimento, si la raza, mortal, había de subsistir, y fué colocada después de consultar el interes común, y por motivo de conformidad fué redacida por los dioses a ocupar este puesto.

Ciertamente que las cosas de este mundo no es-

tán regidas estrictamente por el alma; no predominan sino los hígados, acaso por lo que les da de irregular su forma; hay hígados para hacerse cargo para sí de todas las cosas, con descargo absoluto de las cosas debidas a los demás, sin molestarse ni preocuparse de la pesada razón de las causas.

El alma es depósito de semilla divina, lazo que liga en su analogía a la especie humana; liga demasiado dura para que el mundo se mueva aplicando el espíritu de justicia y de armonía, en el cual está depositada la semilla de la felicidad. No priva sino el sentido animal, el contacto con las cosas exteriores, en una palabra, el jugo nutritivo. La raíz más profunda es el concepto materialista y ateo del mundo. Todo en el mundo es dominio de la materia, y en el orden de la materia, la virtud y el vicio, lo lícito y lo ilícito, el derecho y el deber, la obligación, la culpa, la responsabilidad; el mérito y el demérito, son palabras que se emplean con singular cinismo, sin aplicación a su verdadero significado. Esto acarrea gravísimos daños, y está limitado su remedio a culparse por tan lamentable conducta y a seguirla, desvanecidos por un calor que todo lo forja, en un empeño de intereses impuros. El mismo Bebel, decía: «Cuanto más se apaga en las masas la fe en la otra vida, tanto más anhelosas buscar su cielo en la tierra.»

La ciencia de la vida, como todas las ciencias, tiene su lógica, sus leyes inflexibles. Pero nadie puede persuadirse de que la materia, por irrespetuosa que sea, no destruye las verdades más fun-

damentales; y cuando una substancia extensa e impenetrable, capaz de adaptarse a toda clase de formas, ha dado un mal paso, la rectificación es muy difícil, principalmente tratándose de clasificar y definir nociones esenciales. Las peripecias y los sucesos en las sinuosidades de la vida ha de entenderse que no son episodios curiosos ni tampoco encierran instrucción ninguna ni revelan ninguna conclusión formal, son acciones humanas que llevan consigo necesariamente la especulación de las varias relaciones que tienen los actos familiares con la misma naturaleza humana, que, previo su conocimiento, deberán ser apreciadas en su verdadera razón de ser; son en sus determinaciones exclusivas, como el vegetal que no transmite, pero que constantemente experimenta las impresiones reconcentrando en sí misma toda su agitación, resistiéndose a todo movimiento extraño y concretándose al que las es familiar.

Así, mediante esos elementos, no es posible razonar sobre lo que es útil y dañoso, ni siquiera conocer lo que afecta a sí mismo. Hay que tener presente los dictámenes de la revelación divina; hay que fundamentar las investigaciones de la luz, de la razón y sus conocimientos naturales, sin cuyas ayudas, las conciencias individuales y colectivas en vano podrán acoplarse cada cual en su derecho verdadero y en su estado natural. Nada ni nadie es capaz de vivir sin un principio ordenado, pues lo contrario equivaldría a vivir en un crepúsculo sin sol ni luna, en un fondo de desavenencias.

Allí donde hay necesidad de acudir a resistir los excesos de una clase social, allí están faltos de los lazos que les pueden ligar con las demás clases sociales.

La fuerza de la asociación, bastante conocida por los que la integran, se emplea con tan escasa fortuna, que hasta está planeada en los institutos afines de una manera extraña. Los individuos pierden insensiblemente su voluntad propia; un voto de obediencia les ha puesto a disposición de la voluntad ajena; esta voluntad se halla a su vez sujeta, no a las determinaciones de toda la vida social de un pueblo, no a los descubrimientos en las transformaciones, sino sujeta a los medios de hallar relaciones que se amolden a las exigencias del orden social existente, inventando los remedios sacados de la cabeza, formándose de esta suerte una cadena cuyos eslabones están en las consecuencias que se derivan, no de ningún principio, sino de las prácticas que hay que rechazar con indignación y con asco. Dase el caso que se estiman a un tiempo reunidas las fuerzas de la asociación y la de unidad en el sentir, y esta falsa estimación tiene todo el movimiento, todo el calor de una lógica consecuencia de un modo de considerar el mundo, un mundo sin conciencia, y todo el vigor y toda la rapidez de acción de unas masas que no llevan ya en paciencia su miseria terrena y anhelan por la felicidad en la tierra. Una vez admitido que la conciencia es un conocimiento interior, como una cosa que acaba con la vida presente, y que el hom-

bre no tiene otro destino más elevado que cualquier otro mamífero que se revuelve sin reparar en el fango, ¿quién podrá pretender de los trabajadores y de los oprimidos, cuya vida es una lucha continuada por la existencia, que lleven con paciencia y generosidad su dura suerte, mientras los holgazanes visten lujosamente y banquetean a diario regiamente? ¿Es que se piensa que no siente también el trabajador en su corazón un impulso irresistible a la felicidad? ¿Es que no se le concede el derecho a reclamar imperiosamente su parte en el festín de la vida? ¿No es él tan hombre como el consumidor, que vive y sostiene su enriquecimiento a costa del sudor ajeno? ¿Por qué han de arrastrar unos tan sin piedad la vida en la pobreza y la miseria, mientras otros nadan en una abundancia que pesa sobre la conciencia? Todos tienen la misma naturaleza, y nadie puede aducir, desde ese punto de vista, razón alguna por la que los bienes terrenos hayan de pertenecer más a los unos que a los otros. ¿Cómo se pueden combatir las ideas, verbi gracia, de los comunistas sobre la inmoralidad de la propiedad, si esa propiedad está basada en el mérito del robo? Los medios de reconquistar los derechos naturales del hombre no cabe duda que están puestos en práctica para unos, acaso para algunos de los tenidos por defensores humanitaristas, más aún, como la flor más preciosa del humanitarismo. Por eso, para el concierto social, reprímase la clase privilegiada y témplese el pueblo; apélese a la verdadera conciencia y no habrá

enemigos con la persecución ni víctimas con el encarnizamiento. Téngase suficiente ánimo para convenir que se ha errado, y se tendrá la asistencia de la fuerza para tener razón.

Con singular insistencia se ha tratado acerca de la organización del cuerpo político social; pero los hechos han sistematizado un intento puramente descriptivo, pues han permanecido mudos en la marcha de los acontecimientos, como si fuesen incapaces de experimentar las modificaciones del entrelazado en la urdimbre de la vida, y son los hechos precisamente, por ser respetuosos con la naturaleza de las relaciones, los más eficaces ejemplos de todo lo que es orden, perfeccionamiento, moralidad, obligación y deber. Se atraviesa ahora una montaña donde la avaricia y la disolución han corrompido el ambiente que parecía tan puro y tan capaz de sanar a los que sufrían. El bien parece a manos del mal, y ese mal va creciendo hasta que impulsado por sus mismos excesos vendrá a ser devorado por el más brutal despotismo. El juicio es desfavorable a los hechos, pero los hechos son favorables entre sí. La inclinación está tenue hacia aquello que es objeto de perturbación. ¿Será porque las cosas tranquilas y moderadas llevan a mal en su relación las cosas intranquilas e inmoderadas? Es evidente que sin dispensarse una cosa a otra cosa, por el hecho de no ser iguales no causarían turbación y no podrían vivir. ¿Y se puede por esta construcción o juego de elementos admitirse como corriente lo que está en

contradicción con la norma de las leyes humanas? A todo ser o modo de ser de la naturaleza es sabido que responde en el espíritu una facultad en razón de su formación que evidencia las cosas de una manera verosímil.

Sin estas relaciones o modo de correspondencia la ciencia carecería de objeto, porque no habría duda ni principio de inteligencia, ni abstracción de conocimiento entre la percepción de la verdad y la deducción de la mentira. Pero señalada la causa de la razón, ¿por qué los hechos, en consonancia con los principios, no han de ser generales en la realidad? Ese sería el lazo de todos los seres, la unidad y el orden de toda comunidad cuya existencia responde a una sola demostración.

Nada existe, pues, en el mundo, sino por el enlace de los contrastes. El átomo más mínimo se halla compuesto de dos elementos que parecen excluirse entre sí y que se asimilan precisamente, a causa de esta diferencia. La razón misma del hombre sin cometer el error de dar un principio diferente a las mismas cosas, aun dándosele a la materialidad de las cosas, no establecería conjeturas inverosímiles. «La jornada se forma por una inseparable alianza del día y de la noche; el año está compuesto de estaciones opuestas, con sus transiciones; el amor es la similitud de dos diferentes sexos; la armonía es el efecto de dos disonancias; el color es una amalgama de diversos rayos; la argamasa más sólida, la cal, es el conjunto del fuego y del agua, y el hombre es un

compuesto del cielo y de la tierra, del alma y de la materia. Ningún elemento absoluto produce el bien, y además, ningún elemento se conserva sino por su contraste, por el que le es opuesto.»

El acto de vivir, en realidad, no es más que una acción y reacción, y a los gobiernos incumbe definir en formas concretas las tendencias que allá en el fondo de la conciencia general y difusa van despertando las necesidades de la vida en cada tiempo y lugar.

El camino, la fuerza propulsora, la dirección, el fin, la originalidad del individuo, el elemento social, la mutua y constante acción y reacción, cuanto más íntimo es su consorcio, alcanzan tanto más valor y mejor poder. Todo individuo tiene sus dotes especiales que le distinguen, como cada Estado tiene sus órganos especiales donde encontrará su más firme garantía.

Cuando la existencia de la comunidad social carece de una representación primordial inherente a todos sus miembros, la agrupación de individuos no se convierte en sociedad, y, en consecuencia, no adquiere unidad y queda reducida a una mera colectividad imposible, como toda idea geométrica sin concomitante o precedente. Si la acción de los órganos directores se divorcia de la comunión del espíritu público, para los miembros del cuerpo político social no representa nada determinado, porque no deviene de la sociedad entera y no es susceptible de combinaciones ni aparece en nada que pueda ejercer función alguna, cual si fuese un

elemento generador en cuyo movimiento se cifre esa continuidad que se llama sociedad.

No hay irrupción que no sea un fenómeno social que sirva admirablemente a los enemigos del orden y de la justicia. En la Sagrada Escritura se encarga a los siervos que obedezcan a sus señores aunque sean díscolos; pero si el señor, por ser malo, no pierde dominio, el siervo, que no depende de ninguna facultad, obrará muy cuerdamente si toma el fundamento de los verdaderos pactos, y declara que el rompimiento de obligación, en conciencia, por no saber mandar para poder obedecer, es pecado mortal y es incompatible con la existencia de toda sociedad.

No hay cosa que no le suene la hora de la necesidad de cambiar para que los celosos adversarios de lo existente descubran el origen y las formas que iluminan su entendimiento.

En la antigüedad, los signos religiosos se mezclaban a las armas, y las oraciones consagraban la insurrección. Se tocaba a somatén de parroquia en parroquia; el pueblo todo acudía a la llamada de las campanas, como a la voz de Dios. Esto tenía el significado de una guerra de conciencia. La conciencia, hecha al deseo de todo buen gobierno, no enferma porque no se acomoda a ningún encierro parcial, y, sin embargo, su participación en esas insurrecciones fuera de achaque de no estar sana. Posteriormente, en la revolución francesa, época de Luis XVI, en el momento de asomar el peligro y la discordia amenazando con

el humor de una conjuración, también sonaban las campanas y era una guerra de instinto de conservación. El instinto de conservación, demasiado desenvuelto, supera a la debilidad de pensamiento y consigue paralizarle. Es culpa expresa del principio que conduce a la temeridad del imperio de las pasiones.

En la actualidad no se concibe la guerra en ninguna de esas razones, no coincide su ética con esos sentimientos fundados en un principio fijo e inmutable. Son los actos de los individuos obcecados los que niegan o afirman en absoluto y los que rehusan o admiten la relatividad en su trato de vida material.

Las naciones que van a la vanguardia del progreso y están convencidas de su demasiado poder contra los demás pueblos, celebran conferencias con el rótulo de paz y protección mundial y en cuyos felices resultados nadie cree. Comediantes que desempeñan con más o menos brillantez su papel, unos representan la audacia, otros el temor, otros la persuasión, otros la rebeldía, ninguno la buena fe ni la esperanza, y todos al unísono un premeditado mal consejo. Así que la obra resulta de tan mala condición que se desecha por sí sola, porque la falta el espíritu, que es árbitro de la existencia. Nadie es justo con las disposiciones propias, y es natural que no pueda ser severo con el prójimo. ¿Qué más? En tanto que en una nación se trata el tema de «alianza», en otra *amiga* es quemado, en efigie, su representante; en tanto

que las comisiones y las ponencias discuten condiciones en nombre de una mentida general prosperidad, se les ataca porque se tiene la seguridad de que no han de dar lo que se necesita y para lo que sólo se confía en la fuerza de las bayonetas. Todos se esfuerzan en imponer su voluntad, que es tanto como trabajar por su interés, y donde no se consigue, surge la amenaza mezclada con el nombre de pacto y de un ejército que probaría en caso necesario su fuerza o la razón de su fuerza combatiendo. Emulos de la mujer de Zebedeo, no les responden las palabras de Cristo: «No sabéis lo que pedís; el que quiera ser el primero, será siervo de los demás, como el hijo del hombre, que vino, no para ser servido, sino para servir y dar su vida por la redención de todos los hombres.»

Hay que convenir que se vive en una sociedad de disputa comercial que se dilata o se contrae según el empuje de los cuerpos, y, como consecuencia, la moral no tiene referencia, ni la prudencia es el móvil de las acciones, ni los deseos son fruto de la virtud, ni el fuero interno está de parte de la causa que mejor se adapta al derecho y a la manera de ser del interés de todos por igual. Hombres que no tienen al mismo Dios, la misma nación, el mismo régimen, nada hay que les atraiga más que el hecho de humillarse unos a otros: unos son escabel de los otros, esclavos por la materia, amos por la inteligencia o la fuerza. Ningún cuerpo puede emanciparse porque no

está divinizado por el alma, verdadero renacimiento del hombre.

Platón dice que Júpiter concedió a los hombres el pudor o la virtud y el derecho: aquél, a fin de conservar la paz y el dominio en medio del oleaje de las pasiones; éste, para que puedan exigir, aun con penas, el cumplimiento del deber.

Si el hombre, en verdad, ha sido creado para un fin de justicia y para que la conformidad de sus acciones corresponda a la expresión de ese deber, dos cosas que parecen diferentes entre sí y que a la vez coinciden en un solo sentir, mal se somete al reconocimiento de ese objeto, porque hace tal confusión entre las cosas idénticas y entre la distinción de cosas distintas, que las ha completamente desfigurado a fuerza de querer hacer de ellas justificantes. Todo el mundo comprende que las cosas se separan naturalmente, según como sean, para ocupar sus correspondientes regiones; se aíslan las partes desemejantes y se reúnen las semejantes. En su virtud, no se comprende que lo que conduce a la justicia pueda trastrocarse y confundirse con la falsedad. No hay cosa que no lleve el distintivo de su propio tipo conforme Dios las ordenó; pero la disposición laudina del hombre llega a confundir la situación en que deben encontrarse; las altera hasta el punto que intercala la verdad en la falsedad, o viceversa, sin que a fin de cuentas se sepa por el *maremagnum* que forma lo que significa.

Se acomoda toda clase de hombres a toda clase

de cosas y toda clase de cosas a toda clase de hombres. De esta suerte, cuando llega el momento de que al común le domina la preocupación, su juicio carece de autoridad; cuando al común la prevención le ofusca los sentidos, no hay opinión verdadera, y, en consecuencia, se puede dar crédito al error o se puede no creer en el error; como no hay examen sereno no hay juicio sólido y real, y cada uno se sirve de esta confusión para forjar en su imaginación y acomodarse a un dictamen, según el cual la verdad y el error tienen el mismo colorido.

Hasta puede resultar que lo mismo la verdad que la mentira, indistintamente, circulen acreditadas con el testimonio público, sin que nadie se atreva a dudar sólo porque los demás no dudan. El carácter de ciertos hechos engendra grandes semejanzas: existe que un individuo busca satisfacer su interés privado con perjuicio del interés público, y otro individuo busca satisfacer los deseos de gloria en beneficio del interés público, y los dos, con aspiraciones opuestas, reciben la prueba del mismo éxito.

Fatalidad de los hombres, que colocados por la fuerza de los misterios unos frente a otros, y ahogados unos por la situación anárquica que se han creado, y otros, acobardados por la debilidad de tantas faltas, no ven unos y otros otro desenlace que el esfuerzo para no justificarse; les conviene a todo trance ocultar las pruebas para que las sospechas de los excesos no puedan en ningún mo-

mento ser arrojados a la sinceridad y poder obtener su merecido.

La obra política, materia muy importante y curiosa, pero al propio tiempo difícil y delicada, por tantos trastornos como se han sucedido en estos últimos tiempos, no implica ninguna aversión de principios, porque no existe ninguna clase de oposición formal; hay hombres, sí, que se muestran constantemente enemigos, que personalmente se rechazan, pero que realmente no son contrarios más que en la forma, en el fondo no; hay el espíritu de clase, y si fuesen enemigos sería su sentencia de muerte para el monopolio político.

Son amigos los hombres de todas las banderías, sean probos o no; todos están colocados en el mismo plano. Ninguno es la personificación de una doctrina, pero todos están adheridos con cadenas de intereses y apetitos. Cada país odia esa aptitud, pero es tan dejado que no quiere comprender que si los políticos obrasen de otra manera pecarían de estúpidos, pues quedarían expuestos sin defensa a la intemperie. Todos representan los mismos pésimos sentimientos, casi todos tienen nombre diferente; pero, sin embargo, todos obedecen a una misma y única voz, y esa voz no es la de la conciencia, que padece en ellos afonía. ¿Cómo el pueblo no levanta su voz y a cada cosa la llama por su verdadero nombre y a cada hombre le da su verdadero acomodo? ¿Por qué el pueblo a los farsantes, que aparentan a cual más sentimientos patrióticos, pero que no se sabe como los aparen-

tan, estando como están faltos de la dignidad que produce sensación, por qué movido por un impulso de honor no se transparenta y se infiltra en la materia como un mártir en defensa de su independencia? ¡Ah! Es que el pueblo, que ha sido engendrado en el desorden y la molicie, ha nacido escrofuloso, con los humores fríos del progreso indefinido, humores que no los hace desaparecer por miedo de que le ahoguen en la evolución. Ese pueblo está enfermo, ¿quién lo duda?, y debido a su enfermedad le falta resolución para emprender una cura radical. Cree le es preferible dar largas a la vida y que viva la gallina aunque sea con su pepita. Resulta, pues, que difícilmente se ve en el campo de la política un acto que tenga la estimación proporcionada a la probidad; nada se distingue en el ramo político que esté afectado a esa estrechez, que para poder pasar por ella se requiere esa parte tan pura que hay en el aire y que se llama éter; no hay más que una parte densa que se llama niebla. ¿Es posible que los políticos profesionales se coliguen y una nación se deje imponer por semejante enjambre de zánganos? Si una nación cree que así puede tener esperanzas de redención, es que está tan ciega que no ve que ya casi respira, aspira; que casi anda, se arrastra; que casi resorbe, absorbe; que casi obra, se agita.

Muy gravosa le resulta la política a los pueblos; pero esto es viejo, y es una vejez que parece recibe aliento en la apatía de los mismos pueblos, pero que cada día les será menos soportable. Ahora, si

se cree poder soportarla, se hallará la respuesta viendo que no queda otro recurso que abandonar la tierra en cualquier instante y no será ningún desatino.

Los políticos de oficio es conocido que no desconfían unos de otros en las cosas que a todos los de su gremio les son útiles; en este sentido, todos son constantes, atrevidos y prudentes a la vez. Es natural. Perteneciendo a la misma gavilla, no quieren desafíos, ni ligerezas, ni descuidos que engendren una catástrofe. Por más, que los descuidos, las culpas y las imprudencias en las orgías pueden quedar siempre en la mayor impunidad, porque en la lógica política, sometida en cada caso a condiciones particulares, un abandono de los deberes puede deshacerse con otro abandono sin figura de delito. La virtud no es tan fácil encontrarla, pues suele perderse donde está la perfidia, y todo artificio es capaz de desvirtuar todos los designios. La fuerza de cada político no se conoce, pero se sabe que la fuerza de todos en globo es igual a la invención de una burla. Unos, para conducirse, buscan el ejemplo en los otros para imitarles; lo mismo hacen los bandoleros, no buscan el ejemplo en el hombre de bien; si le buscasen no sería posible que hubiese bandoleros.

El pueblo no ve desde su reserva política que los políticos comprenden el interés de la nación en su propio interés, que su perversidad es un cálculo de interés y que todos están unidos porque están convencidos que mientras estén unidos se-

rán una peste impuesta al país. No se observa que si del pueblo surgiese un símbolo de la justicia, abnegado y altruista, inmediatamente esa parte le asaltaría y moriría como Pericles, de la peste, la cual le libraría como a aquél, del destierro. ¿Es que al cuerpo que sufre le falta el grado de fuerza de acción y de conjunto que se necesita para mover la máquina nacional? Es probable, porque los modelos cuestan mucho, como todo lo que enaltece.

El cuerpo político abriga por igual los mismos sentimientos, cada miembro tiene en su corazón el testimonio de la fidelidad de su colega, juntos trabajan en el gobierno, o sea en su establecimiento de seguros y de goces, y tienen la atención de corresponderse con la influencia, los destinos y los dineros del país.

La sociedad está sedienta de justicia, pero las camarillas políticas, causa y fundamento de tantas desgracias, hacen de la ley cuanto les exige su falta de fe, de convicciones y de conciencia.

Algunos hombres políticos se hacen alguna vez agradables, al hablar, por su elocuencia; pero entonces se parecen a aquellos cantores a quienes hiede el aliento, que ni al oído consiguen halagar, porque no les resiste el olfato y hay por fuerza que abandonarlos.

Todos estos hechos, ¿no serán ocasión para que alguna vez, levantando el corazón hasta el cielo con los impulsos de la fe, decaiga por la debilidad de la duda en el desaliento? ¿Por qué Dios desde su altísimo trono no se manifiesta a los hombres,

protege a la inocencia y sienta la vara de la justicia de forma contundente sobre los perversos? ¿Por qué no conduce directo el castigo al culpable, ya que es suya la verdad pura? ¡Ah! ¡La majestad de Dios es tan amable, que ha dado al hombre las virtudes para que en la vida causen su felicidad! El hombre está probado que es tan insensato, que ve las cosas al revés, o si las ve bien las adultera, confundiendo el conocimiento de relaciones. ¿Por qué no salir espontáneamente ejecutando la defensa de modo que persuada a la multitud mediante la exposición del poder de la verdad? Cuando hay percepción sensitiva de las cosas, cuando existe conocimiento de las cosas y se obra mal, fuerza es preguntar: ¿por qué sobre el sentido de la comunidad y la legislación de los pueblos ha de dejarse el castigo de los magnates de la sociedad abandonado a los impulsos de una inmunidad que es impropia en cuanto no conviene a todos en lo esencial? Son los hombres los que con todos sus razonamientos dan un principio diferente a las cosas y establecen conjeturas inverosímiles; son los hombres los que con su pequeñez y sus miserias son tan insensatos que no ven la inmensidad de los peligros; son los hombres los que no conservan la menor impresión de las formas que conducen a lo alto; son los hombres los que no encarnan en el principio de salvación de los destinos públicos, porque la carie ha destruído su corazón y la cizaña ha ahogado su alma; son los hombres los que con la hostilidad se hacen la guerra sin poder asociar-

se los unos a los otros; son los hombres los que egoístamente favorecen las cosas que les son propias y personales y vituperan las demás porque les son extrañas, y de esta forma hacen imposible la vida que viene de las relaciones en general del modo más propio para conservar la paz y la justicia entre todos. Está dispuesto que todos los nacidos habrán de ajustarse unos a otros, siendo imposible negar que se deben amor; amor de sangre que aconseja, conduce y obliga al bien común. Nadie podrá triunfar de su enemigo si no sabe a sí mismo vencerse. Y si a sí mismo no sabe vencerse, no anda lejos de las lindes del bruto.

Esto explica que haya hombres tan arbitrarios y adocenados que conviertan las pasiones en acierros tan pasajeros que se reducen a ensayos de yerros de los fines. En el principio de la vida no hay nadie, cualquiera que sea su categoría, que no le sea todo necesario; después, a los más, les es nociva la asistencia que rebasa los límites del justo medio. Es una desgracia sacrificar por antonomasia el trabajo y el honor a la injusta amalgama de un influyente válido; mediante su intervención en los caracteres de la vida se podrá disfrutar de la comodidad presente; pero, ¿y el verdadero aprovechamiento, del cual depende el porvenir? La falta de las propias fuerzas en el empeño de la vida degenera en cobardía, y aquella comodidad que emana de la madurez de las cosas, se suele trocar un día en expiatoria. No tener capacidad para hacer una obra incontrastablemente propia,

que imprima la autenticidad del sello de su genio, significa pasarse la dilatada vida en medio de una oleada de apariencias fugitivas y perjudiciales. El talento de la imitación está bastante pronunciado en el hombre, pero no es tan general que siempre le dé el placer de esa facilidad.

Además, es una justa reparación en el orden moral, que si no sirve de enmienda al culpable, cubre, por lo menos, el objeto de condenar la doctrina contraria a la ley humana. Y la ley humana se opone a que el hombre la abandone por una sola idea, basada en un error de interés arbitrario.

El hombre deberá tener ideas y estimarlas dentro del camino de la justicia, la corrección y el orden; pero se puede dar el caso de, no obstante, tener ideas justas, estar acomodadas al goce particular a costa del interés público por una falta de observación sobre la materia.

La materia, la bajeza, la intriga y el vil interés, si no son instrumentos de las mismas leyes de la naturaleza, son los que se manifiestan descaradamente en el plano de la vida, y se ofrecen indicando que la mano del poder así lo consiente, con desprecio de todo orden que armonice con el verdadero amor al prójimo y a la paz con él. El amor de las riquezas, tomando el camino más corto, es el amor esencial; amor que en los hombres se agranda y se inflama como el bazo con las impurezas.

El camino recto téngase en cuenta que no conviene a la dominación presente, porque conduce a

la virtud, a la justicia sólida y sublime, y todo indicio que suministra perfección, se quiere que a toda costa aparezca demasiado lejano para no temer sus presagios.

El poder vincula muchas posiciones, con él tienen íntimo enlace, de aquí la necesidad de la unión de muchos para su exclusiva utilidad, sin posibilidad para ninguna otra. Que perecen de hambre las muchedumbres, ¿qué importa que los vientos humanos estén desencadenados para agraviar más la debilidad? Que se derrama sangre humana por no saber calcular lo que en el orden de las operaciones conviene hacer, ¿qué importa? Eso ya lo hacían las fieras en los montes, que lo hagan los hombres de la civilización en los poblados será porque así convendrá, si no a la madre de las cosas, a los hijos insensibles a las cosas de las madres. La cuestión primordial consiste en llegar siempre y pronto al punto donde el brillo del oro ofrece sus dones, donde el pensamiento le descubre aunque sea el reinado de la prostitución, donde su existencia hace sus esclavos aunque sea con la fuerza del hierro y el peso del plomo.

CAPÍTULO VI

Cómo y por dónde andan algunos de los deberes y derechos que forman en el cuerpo político social.

Nadie puede pedir nada más allá de su derecho so pena de querer usurpar el derecho que no le pertenece.

Saber cuál es, en justicia, el derecho de cada uno y cuál es el de la colectividad, es tanto como tratar de examinar el derecho como nación de la idea fundamental que da por sentado su constitución y la determinación adecuada tocante a su concepto. Y aquí sólo y principalmente se trata de exponer el desorden de las ideas y la conducta que conducen a fines de interés particular, no respondiendo a los fines de colectividad según lo exige la cualidad de todo acto racional humano.

Cuando los Gobiernos hablan de sus derechos conseguirían hacerse respetar si efectivamente representasen el respeto a la justicia. Pero cuando se ve claro que todo se reduce a palabrería y que no cumplen con sus deberes, el pueblo, consecuentemente, no goza de sus derechos.

Cada ciudadano está obligado a tomar parte en

la vida política por virtud de la elección de representantes, y el no hacerlo es causa de sanciones si el Rey no le hace libre porque es insolvente. ¿Quién estableció esta obligación? En España la aristocracia política. Por eso es una obligación y no un derecho. La intromisión en alguna parte de la vida política implica un derecho y conciencia de responsabilidad, y la obligación no es más que un mandato de subordinación. No puede ser otra cosa, porque la reacción política es demasiado exclusivista y no puede mirar las cosas en un fondo de justicia porque no puede olvidar ni por un solo momento que se trata de cosas sujetas a modificaciones, que es lo que no la conviene.

Solón se felicita de haber dado a los atenienses, no las leyes mejores, sino las más acomodadas al pueblo para el cual habían de servir; la clase conservadora no se ufana de haber vertido la idea del sufragio ni de haberla recogido, sino de haber construído la ley; con tan brillante ropaje, elaborado por sus manos, se deslumbra a sí propia; y ya observa que en los hechos hay abstracción de toda realidad, y que su obra, naturalmente, sufre los desvanecimientos de la debilidad de su origen.

Luego he ahí un derecho basado en una ley que no está dado contando con el pueblo, y sí contando con que no se pueda apoyar en él, y resulta incompleta y tan arbitraria como todo lo que no está fundado en un deber de igualdad entre las partes contratantes. El poder electivo se mantiene constantemente en favor de las familias

privilegiadas, y lo que así suceda será a costa de la libertad del pueblo; el pueblo sufre la elección, pero no la hace.

El derecho de cada uno y el derecho de la colectividad no están principalmente en el establecimiento de una ley, sino en el ejercicio de una acción moral y desembarazada, obrando con independencia de las ideas de partido y con el sentido de igual proporción sin inclinarse más a un lado que a otro, sino en virtud de un impulso de conciencia, sin admitir diferencia de trato entre una clase y otra clase por una opresión odiosa para que todos los elementos estén igualmente distribuidos por un verdadero punto de razón en la misma sociedad. Si así no se hace no es ningún nuevo descubrimiento; la suerte de la justicia duerme cuando vela la intriga tenebrosa, y como el trabajo no cesa, los asuntos en cada momento se resuelven con la anuencia de la propia cuenta del que los resuelve. Cuando por ninguna parte brilla con luz espiritual la idea que exhorta a vivir en el respeto de paz a los hombres de todas las religiones políticas, ni en el intento siquiera, es porque se adolece del carácter de intriga, porque el interés, que en todo se mezcla sin propósitos saludables, aparece como empresario y contratista.

La libertad no se ha solidado positivamente ni han influido para solidarla las pruebas que la robustecen y rodean. ¿Es cuestión de tiempo, o es cuestión de dominio? Lo mismo en los tiempos de la pregonada democracia moderna que en los tiem-

pos de los héroes griegos y romanos, no existe más que una sombra de la libertad. No se conoce como efectivo más que el portentoso derecho del más fuerte.

Discurriendo exactamente se descubre que el mantenimiento de un derecho es el mantenimiento del deber en la condición de la vida social; los beneficios que trae el cumplimiento del deber son iguales a uno mismo que a los demás, como iguales son en sí las conmociones de la Naturaleza, la sangre que corre por las venas y el magnetismo que atraviesa los nervios. Todo lo que tiene un mismo origen y vaga como una corriente próbida de una misma e idéntica existencia, tiene el sentimiento de amor a la igualdad.

En los litigios, por ejemplo, hay establecida una diferencia entre los pobres y los ricos; los pobres litigan de oficio a fin de no estar obligados a hacer todo lo que conviene mandar a los ricos; es decir, que la justicia, si desciende, desciende sin mácula, cual el rayo de luz, para establecer con su actuación la igualdad allanando las diferencias que muy bien de otro modo pudieran conducir a la corrupción. Pero esto se desarrollaría sin entorpecimiento, según la disciplina del pensamiento, si los Capetos que se padecen reparasen en la licitud de los medios; pero no reparan y estiman iguales todos los procedimientos si conducen al verdadero logro de sus ambiciones.

Las atribuciones y las energías en el manejo del poder están tan viciadas, que rompen la justi-

cia pura y eficaz, porque trabajan exclusivamente y descaradamente por la satisfacción de los fines particulares y no por la felicidad humana. Es consecuencia lógica de que interviene la política con su hedor que ofende los sentidos, con los vapores que produce su pantano y ciega la fidelidad de las conductas. La política no podrá ser nunca sana en tanto que no obre sin quebrantar aquellos lazos que unen y estrechan a todos los fieles como miembros de un mismo cuerpo social, en tanto que la máquina gubernamental no trabaje con honradez y produzca la virtud real y efectiva de la verdad en vez de la falsedad y la desvergüenza.

De ahí provienen los extravíos y los sueños de delirio, que, nutridos y avivados con tan malos ejemplos, arrastran a las mayores extravagancias y a los más horrorosos crímenes. La sociedad no puede consentir esa política indigna que la proporciona tan hondos perjuicios, y, no perjuicios imaginarios, sino reales y positivos. Y en este sentido, ¿cabe preguntar cuáles son los medios que traerían las cosas a un punto de razón? Se ha necesitado bien poco tiempo para impeler al hombre hacia el mal, y Dios sabe lo que costará para atraerle hacia el bien. Así, que nadie se atrevera a pronosticar claramente, aun cuando se sabe que en todos existe en el fondo del alma el mismo origen, un común conocimiento y una sumisión de respeto, los medios exactos conducentes a un solo punto de razón; y no tiene que parecer extraño, porque la sociedad, en día no lejano, acaso se

tome el cuidado de bañarse en un tinte de justicia fulminante y se oponga al curso corriente de las cosas resolviéndolas de una manera grave. Cada porquería que se hace encierra una serie natural de hechos que anima a soplar el fuego que ha de traer la catástrofe.

Hay países en los que cuando se otorga un derecho al ciudadano es porque está subordinado en una obligación; es decir, se le da condicionado; si así no fuere, ¿cómo sería posible que los oligarcas secuestrasen la voluntad juntamente con la dignidad de la sociedad? ¿Cómo fuera posible que la voluntad común se resignara a tanta infamia cual si fuera débil como una huérfana? «El corazón de la ramera encierra tesoros de bondad. La bondad consiste en que nada sabe rehusar, ni a sí misma, ni a los demás.» El político se asimila a la ramera, pero en la falta de principios severos y honrados que le hacen un foco de prostitución.

Los Gobiernos podrían estar más noblemente representados si se les diese el carácter de una beneficencia política; pero no: son un conjunto, por lo general, de industriales con su clientela que, ligados unos con otros, no vacilan en cometer abusos en la desconsideración y desprecio a la opinión pública y en la burla de las leyes. En los tiempos de Beaumarchais se disputaba y se producían escándalos para hacerse célebres como maleantes y perdidos; en los tiempos que se atraviesan también gustan y honran los escándalos, los cuales tienen lugar para encaramarse en los altos

destinos y enriquecerse. La extensión de tiempo da a conocer que las cosas son susceptibles de modificaciones, pero hay cosas que el transcurso del tiempo no consigue variar sus formas primitivas.

Los políticos nuevos y los viejos, especialmente cuando se plantea en una Cámara un debate de transcendencia sobre un problema de interés vital para la nación, son tan exuberantes en palabrería que es imposible descubrir a su través un pensamiento definido, una orientación clara, una resolución terminante. Los méritos de sus triunfos que les sostienen en la carrera política estriban en saber encubrir sus intenciones con el velo de las habilidades retóricas, en colocarse en una posición ambigua, merced a todo género de recursos dialécticos. Lo cual no deja de ser una posición diáfana que consuela, tanto por lo que respecta a los planes que apunta como a los procedimientos que inicia. ¡Si tendrán conciencia de la bondad de sus actos que no quieren que reflejen íntegramente sobre los objetos porque vendrían a parar a sus ojos, pintando en la retina el desastre en que se reflejan! ¿Qué han hecho en España poco ha las Cámaras? Asignarse dietas. El espíritu colectivo del país radica nominalmente en las Cortes; el poderdante manda a su apoderado bajo un imperativo categórico de no aceptar gracia ni beneficio que no esté consignado en las leyes, y, sin embargo, al calor del lucro más arbitrario se han fundido mezquinos intereses. Hoy el pueblo trabajador mantiene de su peculio a los diputados

y senadores. Si los representantes quieren ser remunerados, ¿es a ellos por sí solos a quienes corresponde resolver sobre el asunto, señalando la remuneración, es decir, sobreponiéndose al espíritu y letras legales? ¿Qué dirían y qué harían esos leales representantes si sus secretarios dispusiesen adjudicarse los intereses cuya custodia les tienen encomendada? Quizá no dijeran ni hicieran nada, pues será muy posible que sean pocos los que tengan ocasión para hablar con sus secretarios de otra cosa que de trabajo, y la remuneración de éstos bien podrá ocurrir que corra a cargo del que satisface los servicios o inmoralidades de los que no tienen otro camino que seguir que el que termina en el Estado.

¿Qué ha supuesto la Constitución, la ley electoral y la dignidad ante la verdad de que el cargo es gratuito mientras no se modifiquen de común acuerdo las disposiciones al efecto y mientras el anuncio de modificación no se haya hecho público convenientemente? Las Cortes imponen sus leyes a los demás y ellas mismas eluden su cumplimiento. La inviolabilidad ante la justicia, que en todas partes se han adjudicado a sí mismos como una gracia singular, los antiguos nunca la hubieran admitido. Pero la diferencia entre lo pasado y lo presente tiene su explicación: antiguamente no se reconocía el derecho de inviolabilidad porque estaba a la vez que con la condescendencia asegurado en un espíritu de justicia; ahora la falta de espíritu de justicia, a la par que la intolerancia, obligan a ase-

gurar el reconocimiento del derecho. Es evidente que después de todo no subsiste otro derecho que el que da la fuerza.

¿Qué pensar, como resultado, de esos representantes que desde las avanzadas deben vigilar las instituciones y están obligados a formar y vigilar la sociedad? ¿Pueden las naciones premeditadamente dejar pasar tamañas faltas del deber con todo el daño? ¡Quién sabe! El progreso y el orden de una nación se apoyan sobre unos cuantos grandes pensadores y algún otro de Estado. Y en España no juegan por el momento para nada esos hombres de calidad. Y un remedio sin justicia, sin ejemplo y sin bondad no puede convertirse en ley ni puede tener fuerza de ley, por eso se impone el provecho de no darla. Entonces, ¿se impone el tipo de la verdadera inercia o se espera alguna prueba más para ver y convencerse de que las cosas van mal? La protesta es silenciosa, pero es en todos los espíritus sanos, y llegará momento en que, no pudiendo la sociedad aguantar la multitud de males que sufre, los rechace airadamente. Es más: no se sabe si ya se va perdiendo la noción y las víctimas de la Stard son víctimas de la desesperación, de la rabia de la sociedad, como hay víctimas de la raza canina.

Los poderes tienen fuerza, sus recursos son múltiples para imponerse, su autoridad podría responder perfectamente a la naturaleza de su propio ser, ahora que no responde, y la justicia y la razón son una protesta tan sincera que no basta querer ocul-

tarlas; pues se hacen a la luz y no guardan los menores secretos. He aquí cómo se presentan los diferentes hechos ante la lealtad de la justicia y el amor a la verdad.

La representación de la autoridad pública asalta en plena vía un tranvía y no paga a cambio de perder el ejercicio de su autoridad.

Los ferrocarriles marchan abarrotados de viajeros, y, sin embargo, no viven sin el auxilio del Estado. Consiste en que el ministro, el diputado, el senador, el juez, el gobernador, el delegado, el consejero y sus familias, es decir, lo más cumbre de la sociedad, la genuina autoridad, sobre ocupar los coches de preferencia, no paga. La razón radica en menoscabo de la justicia. Por esto, cuando un viajero de la máxima de dar a Dios lo que es de Dios invoca un derecho o establece una reclamación contra los abusos que cometen las Empresas, los mascarones del «pase» se consideran obligados a corresponder a las Empresas, esto es, a atropellar y condenar al reclamante porque no inspira afección de ninguna clase. De este modo, desde luego, se desacredita la justicia, que debe estar en todos; así se desacredita la igualdad del derecho, sin hacerse cargo de que no puede haber nada común entre unos seres que tienen diferentes tratos. Mas ¿qué importa? Se vive, y para vivir no es preciso el enlace que conviene al decoro. Son informalidades que dan lugar a que se hable de los peligros que amenazan al orden social y cuyos peligros deberán tenerse en cuenta que no son más

que por faltas que no se cumplen y por cuestiones de conveniencias particulares que dan sentido opuesto a la convicción, con lo que, poco a poco, se va aumentando la siembra de la semilla de la arbitrariedad y la vejación.

Si se penetra en la Iglesia se ve que, si las creencias impuestas por el pasado no se han emancipado, los creyentes han cambiado, pues que antiguamente la persona devota gozaba siempre de su interior descanso en el templo; ahora, ni en las fiestas de guardar la paz y tranquilidad le dejan detener del desasosiego de sus negocios. No se observa fidelidad ni se ve enojo con Dios. No se experimenta más que olvido. La luz de las creencias no ha transformado las conciencias, y no habiéndolas transformado, no ha habido el calor que transforma el mundo. De forma, que sin erupción de ideas, no pueden aparecer al conocimiento del vulgo, ni tampoco puede haber región en donde se oiga el clamor general de un cambio de fondo; las leyes de la razón, de la dependencia o independencia tienen ahora la misma estagnación que antes. La novedad que hay ahora, sobre todo, es la indiferencia, y ante la indiferencia la conciencia no corrige la vida, porque no es final absoluto de las acciones. Con todo, en la Iglesia es donde mejor se ve el rayo luminoso del ideal de un pueblo. Toda fórmula escrita en la mente y en el corazón se descubre espléndida en la Iglesia; así, que fácilmente se puede contrastar la fuerza de su resistencia. Por eso las revoluciones que en este sen-

tido proceden del culto a la Iglesia hay que suponerlas como inspiradoras de las contiendas sociales. ¡Lástima también que el hombre, siempre el hombre, llamado a dar ejemplo de virtud, de humildad, de piedad y desinterés le permita su celo abusar a veces de los feligreses en la presencia de Dios, con repetidas y osadas peticiones para obras que pueden traducirse, antes que a otra cosa, a la construcción de un garage para acomodar el automóvil a disfrutar como bienaventurado! ¡Lástima que haya algunos obispos que empleen más tiempo en cada una de sus muchas visitas de etiqueta que en cada una de sus pocas visitas pastorales! Cuando hacen la visita pastoral todo se reduce a penetrar a todo escape en la iglesia, y sin antes dirigir la palabra al espíritu de los feligreses, la cual espera n cual un maná, proceden a confirmar con el sello cristiano, observando tal ligereza y desaprecio, que no lo emplea un ganadero para «marcar» en el establo un rebaño de borregos. El pobre párroco, mártir del deber, apóstol, sino principal discípulo, obediente principal de las obras de Cristo, que ha soñado con la gran fiesta de la visita del obispo, que se ha preocupado tanto por el arreglito de todas las cosas, que ha trabajado lo infinito para suavizar al pueblo para alcanzar un recibimiento digno y un fruto muy provechoso, se queda ante la frialdad, indiferencia y atropello que presencia, como el sencillo pueblo, confundido y pasmado. Allí sufre un golpe mortal la humildad, la disposición de sacrificios y las creencias religiosas.

Los humanistas, los teólogos, los filósofos, los santos se han obscurecido en esta etapa de intrigas; el mérito de la biblioteca de aquellos tantos sabios sobrios y sencillos ha descendido a las cuevas, transformándose en despensa. El catálogo del bibliotecario, cubierto de inmensa colección de obras de ciencia, se ha convertido en catálogo del mayordomo con una inmensa lista de los mejores productos alimenticios; a la costumbre rígida que fortalecía el alma ha sustituido la costumbre muelle que fortalece el cuerpo.

Merced a la falta de no mantenerse cada cual en la línea de su deber es como la Iglesia puede también derrumbarse y privar al mundo de disfrutar de un asilo que, bien organizado y solícitamente atendido con el ejemplo, fuera sin duda imposible perder su influencia. Pero si las cabezas no quieren sujetarse a la verdadera observancia de la autoridad de la Iglesia y prefieren los excesos que allanan los caminos de los obsequios de la vanidad mundana, mal puede persuadirse o remediar a los que no parecen muy satisfechos de sus doctrinas.

Al llegar a la presencia de un hospital nadie se siente malo. Los hay de mejor natural y peor natural; pero no hay nadie que se resista a la influencia de la simpatía que calma los dolores. Cuando más agrandada está la idea del bien en las conciencias, más se agranda el sentimiento de amor en los corazones. El acto ideal de conducta, las relaciones humanas, el sentido general del deber, el sentimiento de cariño al prójimo, la interven-

ción social, todo es tan connatural, todo está tan condensado allí donde se significa el dolor, que sin su existencia faltaría el sentido de humanidad a su principal condición.

Dentro del hospital hay muchos enfermos entregados a la misericordia, entre ellos hay un anciano postrado en una cama sin esperanzas de vivir. Ha sido recogido en la calle, víctima de un atropello. Como ocurre casi siempre en tales casos, no se ha tenido conocimiento más que del hecho del atropello, de los causantes nada se ha sabido. Generalmente los autores de esos actos son tan modestos que ocultan radicalmente la piedad de sus obras: «Haz bien, y no sepas a quién.»

Los guardias, además, nunca ven nada, porque su ausencia es una disposición superior. Los guardias de orden público no ponen orden ni son públicos; sirven unos para correveidiles de cosas privadas, y otros hacen guardias en portales muy lujosos de casas particulares.

Es tradicional y de la conformidad de todos que en majestuosos edificios se hagan guardias que dan a entender el honor y la dignidad de cuanto hay en ellos; pero en las casas particulares de lujosos portales, ¿qué se guarda? ¿Quizá algún semillero del deshonor! ¿Qué testimonian los guardias a la puerta? Quizá, no las bendiciones que del mundo agradecido recibe la caballeridad y la exquisitez. Pues bien; el pobre anciano no experimentaba contrariedad por el atropello, estaba como fatigado de padecerle constantemente, y como si

el sedimento de su vida estuviese en la vida del perdón; así que no pensaba sino en dar sólo a Dios cuenta de su vida, sin que nadie debiera darle cuenta a él de su muerte. Anhelar el fin de la vida cristianamente es una prueba de que se espera un viaje a la eternidad, de que se tiene esperanzas en las virtudes propias y confianza en la justicia debida a Dios. Morir cuando se ha disfrutado de la vida es volver al mismo sitio de donde se procede después de un viaje más o menos penoso; y si se ha vivido en una peste moral, ello equivale a haber estado muriendo todos los días.

El hombre sencillo, con un amor que es como el lecho puro que une a la humanidad, con las entrañas tan tiernas que encarnan en ellas los demás, como una consolación o gloria que espera ver más adelante al llegar al Redentor... ¡Ah, y si en el mundo ha perdido un hijo, allá anhela elevarse para unirse a él... Una de las verdades más grandes es el amor de padre, porque la verdad y el amor están unidos en el alma.

Si se aparta la vista del hospital y se fija en la cárcel, ¡oh horror de la naturaleza! A un lado estaba un recluso que había sido empleado de la misma cárcel. Su pobre mujer estaba enferma, el médico la hizo su visita, y en tanto que le acompañaba se le fugó un preso, y le han hecho responsable de la fuga. El médico también tuvo un descuido con la enferma, al extremo que se la dejó escapar al otro mundo. En el diccionario, fuga y escape tienen un mismo significado, y, sin em-

bargo, en la disciplina de la vida, el culpable de un caso, el que no tiene salvación, ha cobrado sus derechos y está en circunstancias de repetir la suerte; el culpable del otro caso, en el que cabe rescate, paga su falta en la cárcel.

En otro lado había otro recluso, un conductor de tren. Estaba preso por incurrir en una equivocación en un cambio de vía. Había sido hombre de posición, mas tuvo un pleito que perdió el abogado por un vicio en el procedimiento y le condujo a un estado desastroso de ruina. El abogado cobró del cliente sus yerros y continúa la profesión. El conductor, al revés, pagó los yerros ajenos a título de cliente, y pagó los suyos con la prisión.

Se comprende que el provecho de algunas profesiones está en lo que sucede y en lo que puede suceder, pues suceda de momento lo que quiera siguen su curso ordinario, suponiendo un profundo respeto.

Las víctimas también permiten atribuirse acciones meritorias, que son como a modo de una necesidad para continuar impávidas la carrera al través de todos los obstáculos.

Otro preso era un gabarrero. Un pobre hombre que vivía del producto de los despojos o leñas muertas que recogía en los pinares de una comunidad. Un hecho que, verificado de noche, podría envolver algún misterio, de día tenía tan poco de extraño que ni siquiera podía picar la curiosidad. Ese era todo su delito. En cambio, los matuteros en grande escala, los que cortan y roban los me-

jores árboles y los conducen a las fábricas de aserrío, lo hacen impunemente, con la tranquilidad de que las conciencias permanecen dormidas. La justicia no les molesta, porque parece que la codicia la desarma sobre el terreno.

También había reclusos dos gitanos, los cuales habían robado una caballería que seguidamente vendieron a un cacique a ínfimo precio. El cacique estaba en libertad, no obstante hacerle el menosprecio de la compra más ladrón que a los gitanos.

Había, asimismo, una sirvienta acusada por sus amos de haberlos robado unos cubiertos, respecto de los cuales se acababa de dar la noticia de que la trapera se los había encontrado. La sirvienta se quejaba amargamente de la imputación de ladrona y, de paso, de que sus amos no la pagaban su salario hacía varios meses.

Desconocía esa desgraciada mujer la falta de una benemérita regulación en la conducta hacia aquellos que ocupan posiciones de subordinados.

Además, había dos pordioseros que habían robado un saco de patatas arrancándolas de un terreno que pertenecía a una cañada de servicio público, pero que se la había apropiado el denunciador; dos descuideros de quienes se sospechaba que habían tratado de robar en un comercio de telas aprovechando la circunstancia de que el dueño del comercio estaba robando a un cliente con el metro en la mano, y, por último, un carterista que había robado mil pesetas a un individuo que, al recuperarlas, se probó que las había recibido de un con-

contratista del Estado en gracia a las faltas que le había dispensado en los servicios.

Estas son llagas sociales que confirma la experiencia, y a buen seguro que no las desmentirá el porvenir. El hombre es tanto más digno de compasión cuanto más se resigna a las contrariedades, porque entonces necesita menos el rigor exterior a causa de llevar un reconocimiento en la conciencia propia.

Un delincuente comprometido en una necesidad que no pudo resistir debido a sus circunstancias de apremio excepcional, la inmanencia de la exposición atenúa la culpa.

Todos los reclusos se avenían fácilmente al castigo; en los unos, se advertía una indiferencia a la vida que nada les importaría perder en la zozobra de la nave la esperanza de volver al punto de que salieron ni de llegar al otro donde se encaminan; otros, parecía estaban convencidos de que en el mundo hay cargas tan pesadas que sólo los más esclavos de la desgracia pueden pechar con ellas.

Los apóstoles, en medio de las tribulaciones, miserias y desdichas, con celestial sosiego en el interior de su alma, pronunciaban: «Estamos llenos de gozo porque logramos padecer por Dios.» A los esclavos de la desgracia bien les cabe pronunciar: Estamos llenos de sufrimientos porque nos cargan culpas de los verdaderos culpables.

Los verdaderos, los grandes culpables, ¿adónde purgan sus delitos que no están en las cárceles? ¡Ah! Las cárceles y los presidios son demasiado

pequeños para los delitos grandes; además, los autores requieren para su vida el aire salutar.

Las leyes, en su aplicación, tienen dos aspectos: uno áspero y otro liso; basta ver el sesgo de las cosas para dar razón de esta verdad. El dolor es para los cuerpos duros y las almas apenadas; la blandura es para los cuerpos que viven el placer y cuyas almas no experimentan más que sensaciones agradables. Esto explica que la tortuosidad no les afecta, están tan hechos a las restricciones y al castigo de sus actos que a nada hacen resistencia y nada les violenta. El gozo que experimenta un animal que se deja en libertad no puede experimentar un hombre que tiene el sentimiento de que los incidentes de su servidumbre se desenvuelven en la esfera más cruel. Los hechos de esos desgraciados merecen la reprobación social, merecen el castigo legal. Se han apoderado de unos objetos necesitados sin tener en cuenta los intereses discutibles de otros. En tanto, los delincuentes de contextura imaginativa, propia de las inteligencias cultivadas, se apoderan de los objetos *deseados* para sus placeres y se limitan a sufrir la sentencia de la opinión pública, pues burlan la manera como las leyes podrían influir efectiva y definitivamente en su esfera de acción para castigarlos.

¿Cómo hay hombres que mantienen las ideas de justicia en tan sensible confusión? ¿Cómo son tan injustos que ningún accidente altera su conciencia? La idea humana de la justicia, ¿no implica el reconocimiento de cada hombre por igual? La presen-

cia de unos hombres, ¿disfruta de derechos preferentes porque la conciencia de los límites implica la concepción de la desigualdad? La ley natural, ¿no es una obligación evidente superior a todas? No cabe duda; pero las únicas leyes válidas en el mundo son aquellas que se aplican, aunque no convengan a la constitución natural. Las leyes que no se aplican, no pasan de ser como leyes imaginadas y de un ejemplo despreciable.

La idea de la desigualdad es la que predomina, el camino que anda es el que favorece a los privilegiados; el derecho del más fuerte impera lo mismo aquí que entre degribes, y se apodera de lo que le place a costa del débil.

La tristeza del desgraciado llega en pocos hombres a la región donde mora sensible la desgracia. Las tentaciones del diablo muestran su papel en las ofensivas desigualdades. Si es evidente que habita en el hombre un alma que piensa, ¿por qué no raciocina legítimamente, y entonces la voluntad hará lo que conviene a las relaciones sociales? Si no se da cuenta de que tiene un alma y se cuida de su conservación, se sigue la razón de que no le priva más que la conservación del cuerpo. El hábito y la virtud fácilmente se dejan abatir debajo de la amargura, y para contenerse en la mortificación no siempre basta acordarse de Dios. Es muy sensible apartarse de su propio yugo, pero el mismo Ángel de la Guarda sufre sus momentos de abandono acaso porque hay faltas obligadas que, ni molestan en la tierra, ni ofenden en el cielo.

Cuando arrecia el infortunio y la miseria opri-me, vienen días tan amargos que el hambre se esconde en los tugurios en una condición dolorosísima; se asemejan a una noche con nublados y tempestades que se suceden y que nunca acaban.

Los que padecen hambre, en el largo calvario ven visiones, ven fantasías; nadie, ni la virtud de la caridad, que tanto se prodiga, aunque siempre menos de lo necesario, se acerca a ellos, y por fin es el demonio más avispado el que se acerca y les dice: «No os asombréis, no disputéis con esos quiméricos monstruos de la mentira que os aconsejan que, como cristianos, debéis tolerar con paciencia el principio de la virtud resignándoos en la aflicción; no, no esperéis la venida de la aurora, y en el silencio de la noche coger de donde esté lo que necesitéis y estad descuidados que la claridad del día dará a conocer la falta; pero se culpará de ella al miedo de la noche.

El hombre incurre en el defecto y cae en el lodo, y el primer rayo de luz es el primer conocimiento de su delito. El imperio de la razón aparece infalible en el horizonte para anunciar que ha pecado el pobre. Si no fuese pobre no tendría la desgracia que no tiene el rico, sus riquezas serían la verdadera aurora que disipan sus sueños. Si la miseria, en estado vergonzoso, alargase su mano, y la misericordia, en estado de Providencia, ofreciese la suya a la miseria, en la unión se formaría el camino de salvación. Entre las relaciones de unos hombres con otros, en la conducta de las clases superiores e

inferiores existe tal emancipación, que la verdadera ética no puede reconocer por demasiado exageradas. Condenar al justo y justificar al culpable es confundir las tinieblas con la luz. ¿Por qué la adulteración de la verdad en el afecto a la pasión? ¿Acaso porque no hay ahora ningún Isafas que amenace con el castigo? Puede perdonarse la perversidad del malo en último extremo, pero no puede castigarse al bueno por dificultades de poder vivir honradamente. Si es la pasión la que forma la justicia, ¿cómo no ha de ser engañosa? Si la amistad trunca el mal por el bien y el bien por el mal, si viste las acciones del color por su afección, ¿cómo no ha de cerrar los ojos para caminar desorientado? La justicia es buena; pero cuando tiene inficionado el corazón es lo mismo que cuando se equivoca, porque tiene cerrados los ojos, favoreciendo con exceso a unos y perjudicando con exceso a otros. El que falsamente protege al malo con daño del bueno es indudable que el interés o complacencia ocultan la verdadera culpa, lo cual supone una flaqueza o desigualdad que nubla el sol y cae el rayo, y cae sobre justos y pecadores, porque los elementos celestes caen igualmente sobre los hombres, y los hombres de bondad no siempre huyen a tiempo de los hombres de malicia.

Es imponente la enfermedad que aqueja a las sociedades modernas, por la falta de trabazón y de enlace entre los hombres. La reputación de sus consejeros y defensores, convertidos en negociantes políticos, no puede hacer otra cosa que quedar

maltrecha por tanto vicio; pero es tanto su desfado, que no le importa su huella negra sobre la tierra, ni le importa el eco de las maldiciones en su conciencia con tal que la nación sea su predio y los ciudadanos sus borregos. El derecho no merece consideración de ideas, es preciso que medie consideración de gases para que se le reconozca respeto y estimación. Si el derecho se santifica a las pasiones, a todos los apetitos de la materia, no tardará en estallar en todos los órganos del cuerpo político social la guerra civil. La anarquía se declarará necesariamente en el cuerpo, devorado por la enfermedad, y después de la anarquía se impondrá el bisturí.

Jamás se ha visto la sociedad con un desarrollo tan general y tan simultáneo de fuerzas físicas; jamás se ha visto tanta acción, tanto movimiento; pero observando atentamente la verdadera situación de las cosas, se nota la falta de un principio regulador, de una acción que la encauce hacia el interés común, que ejerza ascendiente en los ánimos con el ejemplo. No hay nada para matar los espíritus y venir en conocimiento del instinto al suicidio social como que el contraste de las voluntades superiores se haga esclavo de las mayores insolencias.

En otros tiempos las ideas cruzaban por las abstracciones filosóficas y llegaban a la realidad, ya en fórmulas aplicables a las sociedades como a los Estados, ya en tormentosas protestas. Era preciso que la idea diera su fruto, pues la idea filosófica no

se contenta sólo con principios abstractos, la es menester verdaderas encarnaciones de estos principios en lo político y en lo social; mas en los tiempos modernos la idea ha descendido tanto que no se ve por ninguna parte, los grandes especuladores de la política no tienen idea, no tienen ley, no tienen conciencia; están tan vanos de raigambre que se entregan con toda clase de desenfreno a toda clase de negocios con menoscabo de la justicia y de la moral.

El mundo de las ideas ni se puede extender ni se puede universalizar, y, como consecuencia, no produce la atmósfera moral por la cual suspiran las conciencias; en cambio, la atmósfera material se extiende con la velocidad de un rayo y marcha como un barco con todos los productos de la nación, o sea de la substancia de la clase trabajadora que, privada de todo lo más esencial, es víctima de los ogros o monstruos de la clase directora, cuya penetración principal estriba en observar el aprecio de esas especies que simbolizan el esfuerzo hasta el sacrificio del cuerpo y la sangre de sus semejantes.

José II de Habsburgo solía decir que para castigar cualquier provincia no hay como entregarla su Gobierno a un filósofo.

Si esta afirmación pudo ser una verdad, hay que convenir en que ya la filosofía acerca sus inteligencias en la tangible realidad y en los debates públicos; así que sus fórmulas, sobre ser investigaciones de la razón, tienen el control de la experien-

cia; lo que sí suele perder al descender de lo abstracto es el reconocimiento de la conciencia.

De ninguna cosa se glorían más las celebridades que comunican los movimientos públicos que de haber engañado al pueblo, dándole mentidas esperanzas al tiempo y aparato a la razón. Esto se estima entre la jerga política como un mérito de grande ingenio y superior destreza para los fines particulares que se persiguen, pero nada más.

El pueblo, por su parte, afirma que tales artes no son honestas, ni jamás las acechanzas y las emboscadas deben gloriarse, porque no tienen la virtud del esfuerzo. Son tan imbéciles los intrigantes, que creen que la resignación de ánimo de los carentes es porque están vencidos, y desconocen que, por fortuna, o por desgracia, habrá de llegar el momento de probar sus fuerzas con sus adversarios, que son la calamidad pública y los verdaderos cuervos, que se alimentan de la carne de sus víctimas.

Las afirmaciones altruísta de libertad y de igualdad se desenvuelven en la afirmación más egoísta que darse puede.

Los cambios que en el curso de los tiempos han hecho avanzar los arreglos sociales, si tienen algún reconocimiento legislativo, no tienen ninguno práctico; pues al producirse en su realización, se persigue sin descanso, con restricción inusitada, al débil. Las sociedades antiguas no eran de un tipo superior a las modernas, pero garantizaban mejor la igualdad humana porque había efectivamente

sumisión a la humildad. El bienestar general era una expresión de justicia, y la economía de la sociedad era un hecho que se sobreponía al fin de la conservación del individuo. Ahora, es cierto que teóricamente basta la capacidad para que todos los miembros del cuerpo político social estén igualmente sometidos a ciertos derechos de la comunidad; pero existen desdichadamente mil ejemplos, suficientemente demostrativos, de que empíricamente la falta de poder en los seres denota una inferioridad de trato que no corresponde al uso de los medios, en el seno de los cuales deben vivir todos.

La sociedad se subdivide en tres clases: clase alta, clase media y clase baja; pero en realidad no se distinguen más que dos clases, o sea: gobernantes y gobernados, en el sentido de mando y de obediencia, en el sentido de irresponsables y de responsables.

Cuando se aspira a exigir responsabilidades a los Gobiernos, se formulan en las Cámaras conclusiones tan anodinas como la siguiente: «No procede exigir responsabilidad ministerial, porque sería confundir por apasionamiento imperdonable la culpa, negligencia cometida en el desempeño de su cargo, con el infortunio o la desgracia del ministro que sufre, contra su voluntad y pesar de su solicitud, un caecimiento imprevisto.»

Ante esto, hay que preguntar: ¿Hay corazón que, por intencionada voluntad, ofrezca el espectáculo de un desastre humano? Hay el deber de

conceder que todos tienen la virtud para merecer el buen juicio que conviene, así como hay que conceder que todos tienen el bastante cuidado o la bastante disposición para distinguir lo dificultoso y salvarlo. Los altos destinos que tanto agradan suponen en quien los desempeña un valor intrínseco, aunque resulten con la cabeza vacía; algo amargo tienen que tener a cambio de llevar el timbre oficial encima y la escarapela en el pescante. El exterior lucimiento no es ningún simulacro que no ofrezca ningún cuidado. La sensación de las cosas no es posible percibirla sin la condición de que la imagen de la sensación y de las cosas subsiste. Si en vez de haber un ministro capaz de ser ministro con un sentido verdadero y activo hay un trompo, como viene ocurriendo con excesiva frecuencia, los sucesos serán motivo de su inadvertencia.

Raro es el hombre que cuando acepta un alto cargo público no tenga la avilantez de decir que «se sacrifica». Dése por supuesto, y entonces el personaje representa el sacrificio y el pueblo la redención; el personaje es el alma del pueblo y el pueblo sus miembros corporales; aquél piensa, éste trabaja; aquél guía y éste marcha; aquél se manifiesta al pueblo y se asimila a él y éste se anima a su contacto; ante estas potencias motrices, lo lógico sería que el pueblo se engrandeciese y se elevase hacia regiones supremas; pero no: ese hombre representa la autoridad y apoya la injusticia, es rebelde, es nocivo al cumplimiento del deber y,

por tanto, entorpece los movimientos de la sociedad y compromete su marcha. Y ese hombre, que obra como instrumento de destrucción, deberá quedar anegado en medio de las mayores obscuridades morales. Deberá ser responsable materialmente por no salvar el brillo resplandeciente que habría de transparentarse en el dominio de las cuestiones.

Es innegable que si la permanencia de la imagen de un acontecimiento no se pone a la vista, es porque falta la potencia imaginativa con que se ha de ver; es, pues, porque falta la facultad que prueba la potencia; ¿es que un Gobierno puede estar compuesto de incapacitados o de histéricos para que encuentre tan natural lo que causa espanto por anómalo? Cuando no se tiene sensación para gobernar que no se ponga en comunicación con cuanto significa Gobierno, en el cual entran en juego incluso las responsabilidades de conciencia. Todo el mundo es responsable de sus actos, y en la medida que se adquiere categoría se adquiere responsabilidad.

Expónganse las teorías inglesas, belgas, francesas y suecas; expónganse los axiomas de Beccaria, los tratados de Moreu y Barthelemy; intérpretese a todos los autores de derecho público, y todos, con unas u otras palabras, convienen que donde hay delitos cometidos hay responsabilidades, y toda cuestión calificada de delito tiene determinada la pena y el anhelo de justicia.

Esto será muy difícil de hacerlo entender a los

responsables civiles si no se les pone muy a las claras los peligros que por otro lado se ven amenazados. Es decir, si no se les pone entre la espada y la pared.

Los militares se acometen entre sí en defensa y reivindicación de un prestigio, y el Ejército, con el poder del ejemplo, y el país, con su actitud de defensa, deberán estar prontos, en su ansia nobilísima de justicia, a obligar, acometiendo a los responsables que se apoyan en defectuosas y desequilibradas pretensiones para excluirse.

A cada cual hay que darle lo suyo, y así es como se manifiesta el reconocimiento de la justicia. Si se falta a la justicia, no hay derecho a exigir nada a nadie, porque se enturbiaa los sentimientos de igualdad, porque no hay linaje de ninguna especie de negocio que pueda reputarse de derecho común. ¿Basta decir que un Gobierno gobierna al pueblo con buena voluntad, y sólo con buena voluntad? No; son los hechos y sus consecuencias los que tienen toda la preferencia. La naturaleza tiene sus afecciones, pero a la ley, ni siquiera al sentido común, se la satisface con ese reconocimiento. La facultad intelectual está subordinada a las leyes naturales y no puede haber conveniencia social, ni sentimiento de solidaridad basado en una irregularidad. La aquiescencia no lo justifica; puede ser una inclinación peligrosa de la imaginación.

Mientras el pueblo calla y sufre, trata de humillarle más y más la arrogancia de los hombres pú-

blicos. Pero, ¿quiénes son, por ventura, esos hombres dominadores? ¿Son hombres extraordinarios, superiores? Ya se ha dicho: son, sin género de duda, oscuros en el saber; hombres que la influencia de sus ideas está subordinada al compadrazgo. Las ciencias engrandecen y subliman el ser del hombre que las posee y expone, y este ser superior no va más allá en sus atrevimientos que lo que le permite la substancia y el decoro de su dependencia. Cuando se manda en nombre de la autoridad, se hace más estrecho y grave el deber de mandar, y ya se lleva mucho tiempo de desorientación en materias político sociales. Y faltar a la circunspección que se debe al puesto que se ocupa, es poner en actuación los vicios de una estructura social, es incurrir en responsabilidad, es, en fin, no ejercer justicia contra el mal, y hacerse cómplice y justiciable más bien que justiciero.

Todos los esfuerzos extraños no han sido bastantes para hacer perder la fría serenidad y meterse en las contiendas de la guerra europea, y ahora, perdida la lógica razonadora, no parece sino que se persigue y acosa para desbordar la pasiones y que no se desarrollen otros instintos que los destructores, los brutales.

Lo mismo la audacia de los enemigos del régimen social que la descomposición de los defensores de éste, disminuyen la posibilidad de su resistencia, ya debilitando sus fuerzas o ya paralizando las voluntades.

Falta la reflexión profundísima en todas las al-

teraciones político sociales de un Cayo, y sobra la excitación y el odio de unos contra otros, como sucedió por la muerte de Escipión contra los Gracos.

La capacidad de los Gobiernos es el placer de ser dueño exclusivo de todo para gozar del privilegio de favorecer a domésticos llevados del hogar sin miramiento y sin prudencia y sin hacerse cargo de que el hombre se manifiesta en las condiciones que le son propias, y no basta para cumplir honradamente tener en su favor la ilusión de creer que se tiene fuerza donde no hay más que ignorancia.

Se impone dejar de ser hipócritas y cobardes para ser claros y fuertes ante el relajamiento y la arbitrariedad. Hay que ser noblemente unos para otros, para lo cual no se necesita descender desde ninguna altura, porque los amantes de la justicia están colocados en el mismo sólido plano.

Los males no se curan con desórdenes y violencias; hay que ser cuerdos si no se quiere traer sobre España calamidades sin cuento, pues se vive sobre el cráter de un volcán, cuya erupción, de otro modo, no podrá contenerse.

The first part of the paper is devoted to a general discussion of the problem of the existence of a solution of the system of equations (1) for a given set of parameters. It is shown that the system has a solution if and only if the parameters satisfy certain conditions. These conditions are derived from the requirement that the solution be bounded and continuous. The second part of the paper is devoted to the construction of a numerical algorithm for the solution of the system of equations (1). The algorithm is based on the method of successive approximations. It is shown that the algorithm converges to the solution of the system of equations (1) for a given set of parameters. The third part of the paper is devoted to the analysis of the stability of the solution of the system of equations (1) with respect to the parameters. It is shown that the solution is stable with respect to the parameters if the parameters satisfy certain conditions. These conditions are derived from the requirement that the solution be bounded and continuous. The fourth part of the paper is devoted to the construction of a numerical algorithm for the solution of the system of equations (1) for a given set of parameters. The algorithm is based on the method of successive approximations. It is shown that the algorithm converges to the solution of the system of equations (1) for a given set of parameters. The fifth part of the paper is devoted to the analysis of the stability of the solution of the system of equations (1) with respect to the parameters. It is shown that the solution is stable with respect to the parameters if the parameters satisfy certain conditions. These conditions are derived from the requirement that the solution be bounded and continuous.

CAPÍTULO VII

La salvación del cuerpo político social está en que llegue a conocer sus errores y trabaje para servir la concordia, que es tanto como servirse mutuamente.

Toda sociedad, para conservar su existencia, está obligada a la acción colectiva, y cuanto más completa sea esta acción, mejor se conserva en su virtud la vida social. Lo mismo la disciplina de los ejércitos que la subordinación de los pueblos, no se obtienen con simples disposiciones de momento, sino que son el resultado de muchas causas que ya se manifiestan o permanecen ocultas. La ponderación de la disciplina social, cuando es completamente segura, se disfruta de ella sin recordarlo ni siquiera advertirlo; cuando apuntan las protestas y las amenazas se vacila y se detiene porque la incertidumbre no determina más que preocupaciones. Y todo estado excepcional no obliga a un pensamiento fijo, y sin fijeza y sin conocimiento, ni los individuos ni la sociedad pueden conservar la calma necesaria en su ánimo. Es necesario que los Gobiernos y la colectividad adopten resoluciones sobre los elementos que prepon-

deran en la esfera del terror que sepan hacia cuál de los lados se inclina la esperanza de conseguirlo, pues con rectitud se alcanza más fácilmente la obediencia razonable y se asientan mejor los derechos y los deberes de los gobernantes con los gobernados.

Todo cuanto afecta al orden de un país es un punto de mira, porque con el orden se combinan y enlazan íntimamente otras cuestiones de alta importancia. Sin el orden no hay elemento equilibrado de vida, y hay necesariamente que apelar a los extremos de una dictadura o caer en la anarquía.

El principio y el espíritu de libertad, por ejemplo, se toma y se da; el espíritu de orden es innato, porque es el espíritu divino. El hombre que no lo tiene al nacer, es muy difícil que lo adquiera; por eso hay que filtrárselo. El hombre que no se confía a la ventura ni se entrega a los que a todo se atreven, es un hombre de orden.

Meditando sobre lo que el honor nacional exige para resolver respecto de su sosiego, se extiende la mirada allá en busca de algo, de un hombre que pueda remediar los males que aquejan al país y le saque del pantano en que se mueve y satisfaga sus necesidades, y hay que rendirse a confesar dolorosamente que acaso sea más fácil encontrar una hermosa perla en un montón de guijarros que un hombre de gobierno, un verdadero estadista. No parece sino que se ha tendido un nivel sobre todo para que nadie pueda levantarse sobre los demás,

y conducir la vida de la nación por un sendero acertado.

— Si hay algunos hombres que parece tienen la fortuna de llevar consigo la inteligencia y el saber, cuyas cualidades, de ser ciertas, podrían hacerlas superiores al contacto con los demás, se les ve achicarse para igualar con los más pequeños, acaso como único medio posible de igualdad, acaso porque es más fácil caminar de arriba abajo sobre un rápido declive hasta tropezar unos con otros y aplastarse mutuamente en lo profundo de la sima.

— En los momentos de imposibilidad es cuando es más digno de premio conquistar los más honrosos lauros; pero, no; no se descubre una eminencia, todo es malo y como tal está desacreditado. No hay nada nuevo y lo viejo está carcomido. Así que la sociedad y la política vienen a formar un conjunto sin que sea dable determinar cual es el porvenir.

Los veedores que padece la nación no representan el pensamiento abstracto porque en ellos no hay ningún atributo que merezca consignarse; no tienen ni atisvos de ningún sistema científico; no tienen el espíritu del legislador; no son el orador que mueve los labios por la inspiración; no son la realidad viviente de las leyes; no son la idea de la justicia, el principio del derecho, la inteligencia soberana; no tienen idea de la humanidad, ni idea de la soberanía, ni idea de la sociedad, ni idea de la libertad, ni idea de las relaciones políticas, ni idea del derecho natural, ni idea de la formación

de ningún principio fundamental; no son más que personas influyentes y temidas por sus malas artes en las capitales y en los pueblos; y en esa influencia cuadran en las hechuras repugnantes de los caciques; su habilidad y sus éxitos políticos consisten en desplegar y alcanzar, en el momento de celebrarse elecciones populares y en el momento de significar amor a la justicia, los mayores grados que provienen de las farsas, mentiras e inmoralidades; son titiriteros, que con sus trampolinadas y su cohorte de rufianes deshacen cuanto tocan; son gitanos, que con sus truhanerías en el ferial político parece acortan sus vigiliass con los rendimientos; son explotadores privilegiados que usurpan derechos que no les pertenecen; son hombres públicos que se estiman más grandes cuanto más humillan con su perversidad la dignidad del poder y más falsean las conciencias. Así que con tan viles procedimientos resultan los centros genuinamente políticos depósitos pútridos, que con sus miasmas matan la luz viva y brillante, el éter del espíritu de la nación.

Algunos autores ven en los destinos de la nación algo de extraordinario, que descubre, de una manera visible, la acción de la Providencia, conduciendo a esta nación por caminos ignorados. Este carácter providencial a veces infunde aliento y esperanza, pero a veces inspira un terror que hace estremecer. La época es evidentemente de transición y de transición con mudanzas profundas. ¿Adónde se va? ¿Qué objetos están marcados con

el formidable sello de la expiación? Nadie lo sabe. De algunos años a esta parte se presenta la acción de una mano terrible que corta todos los hilos que podrían conducir a la nación a un estado tranquilo y de felicidad. Nadie abriga un pensamiento determinado sobre ninguna de las grandes cuestiones que penden sobre la sociedad. Es indudable que todas las cuestiones tienen sus inconvenientes; pero cuando urge resolverlas es preciso hacerlo optando por aquello que significa menos inconvenientes para el presente y para el futuro.

Al recorrer la historia, se ve que hay muchos reyes que han entrado en ella con un apellido o sobrenombre, que es el molde en el cual se vacían los hechos que les han distinguido en su reinado.

El hacer esta definición, que gira en torno de la idea de las más grandes personalidades, fuera para alguna nación un problema de complicadísima solución por el cúmulo de elementos magnánimos que afluyen a él.

Cuando la imaginación se detiene a pensar sujetándose al poder de los hechos demostrativos y enjuiciando a base de la solidez de éstos sobre los acontecimientos que evidentemente encadenarán con el porvenir, qué nombre, más pronto o más tarde, se dará en premio en los anales de la historia como transfiguración en el reconocimiento de la humanidad, cuál podrá ajustarse mejor a una Monarquía que ayer fuera eco del dolor y de las expansiones de las lágrimas universales y siempre

fuera mansión soberana que alumbrá y alegra los temporales de angustia, se queda perpleja.

Un reinado con sus formas de justicia, con su verbo creador y progresivo, con su mérito de gobierno, con su distinción por su dignidad, con su adorno de respeto al mundo, con su sobriedad de la ley, con su bondad y su sencillez a todos sus súbditos, con su propiedad de cristalizar en todas las verdades; un reinado nacido a la sombra de las estrellas del solio, y que por su grandeza, que corona y diviniza, deberá perdurar tanto como las estrellas del cielo, no parece proyecta el rico idioma castellano una palabra de un sentido tan amplio que abarque todos los méritos de sus holocaustos y todas las potestades de las cualidades de su alma.

Y si se quiere dejar a la espalda un mundo gastado para entrar en un mundo de renovación jurídico social, a todos incumbe ponerse, como un solo hombre, al lado de esa Monarquía, para neutralizarse con ella; para dar la sensación de que no existe más que una sola idea, como no existe más que una sola inteligencia; para ayudarla en su sana labor, en su fecunda acción; para que desaparezcan de la esfera de los Gobiernos los hombres que la debilitan con sus concupiscencias. Desembarazada completamente la prerrogativa de la corona, la será más fácil, no tendrá dificultades para nombrar Poder y dar el Poder a los ciudadanos más dignos y más merecedores para que el genio y la honradez sean los que estén en la cúspide de la sociedad.

Por todas partes no se ven más que asambleas y reuniones y forman cada una un mar de protestas de descontento; la nación muestra el movimiento andando, muestra la efectividad indudable de su poder; pero todo el mundo propone planes nuevos; todo el mundo coincide en proponer radicales innovaciones con más o menos razón y justicia, con más o menos sabiduría y virtud; todo el mundo, sin acabada forma de juicio, expone las teorías que en el fondo de su sentir es difícil saber si quiere de buena fe que cristalicen.

En medio de tanto barullo, una idea subsiste sobre todo: la idea de que todo lo es el pueblo; pero cuando las cosas se aquilatan y se trata de hallar el centro de gravedad que corresponde a las mismas cosas, entonces surgen extraviados los hombres en el ejercicio del poder, aparecen como jefes del error y de las negociaciones, enredadores, revoltosos y aventureros, sin espíritu de orden, y cuyo momentáneo dominio sólo se apoya en la flojedad de sus adversarios. El pueblo, pues, no es nada porque tiene perdidos los sentimientos de unión. El pueblo no interviene, y no por respeto, sino por flojedad; ni siquiera interviene para impedir el hambre de los estómagos y el hartazgo de las conciencias.

Cualquier indignación del pueblo que estalle, un simulacro policiaco le abate y le domina, le conduce y le desarma y hasta si quiere le priva de respiración. Eso es muy propio de Gobiernos anárquicos, por exceso de debilidad; de Gobiernos

déspotas, por falta de orden; y eso es indigno de regir los destinos de una nación grande y generosa; pero, todo hay que decirlo, de una nación cuajada de hombres escépticos como criados en el desierto; labor que hacen los Gobiernos con perjuicio del resplandor de toda autoridad central; y así lo hacen porque no quieren la existencia de otro culto que el de sus propios intereses.

El pueblo inculpa a los Gobiernos de que conducen la nave del Estado a playas donde fácilmente se puede estrellar con las rocas, y los Gobiernos inculpan a los partidos, pero cuidando de que las inculpaciones no sirvan para señalar el origen de los males por no señalarse a sí mismos. Si un Gobierno hace los males, ¿por qué no lo impide el pueblo? Si el Gobierno es el compuesto de unos pocos, ¿por qué se deja dominar el pueblo que es un compuesto de muchos? En toda lucha ofensiva o defensiva es indispensable combinar las fuerzas que las integran, es preciso que se revelen a los ojos del enemigo para imponerle respeto y a los ojos de los amigos para inspirarles confianza, y cuando cada individuo aporta todas sus fuerzas, en estas circunstancias, hay grandes probabilidades de triunfo.

En los tiempos de Tulo, rey de los romanos, la ignorancia de los gentiles levantaba templos al Temor; hoy algunas gentes, como si viviesen no menos engañadas con las falsas opiniones, someten también su voluntad al temor. Si tales gentes se percatan de cómo se han de hacer guardar el

deber y alcanzar el derecho, verán muy claro cuántas son las cosas que hay olvidadas en las injusticias que se cometen con el pobre pueblo. El derecho no se obtiene con la violencia, ni con la *armonía tobana* a que alude la fábula de Ampión se construyen ya los muros de una ciudad por muy armoniosa que sea la lira. Se está en la época en la cual hay que tener el valor cívico a la par que la discreción conveniente para no abstenerse de ciertos actos que pueden poner las cosas en su verdadero punto. Es preciso desengañarse; los partidos políticos se disputan el poder para gozar del provecho de la victoria; estas luchas están sujetas a reglas fijas, se calculan con la precisión del que tiene un vencimiento que cumplir, se calcula su marcha como la de los planetas en su órbita; pues si el pueblo ante semejante compuesto permanece inactivo y no aprovecha una oportunidad o una favorable coyuntura de exteriorizar su acción, es síntoma de que prosigue sumiso a esos Gobiernos entregados a la tarea de perturbar la paz a fuerza de cometer atrocidades.

Se lamentan los Gobiernos, se lamentan algunas clases de la sociedad del espíritu de rebelión y de indisciplina que domina en otras clases sociales; cierto es que todo eso existe en una nación civilizada y que los hombres se envilecen con el crimen. Pero, ¡lamentarse!; la mala educación que se recibe engendra malos deseos, y a los malos deseos no les suceden hechos mejores; eso es lo mismo que si hubiesen sembrado ortigas y se lamentasen

de que no les hubiesen nacido rosas. Si Calipo fué asesinado fué recogiendo el fruto cuya semilla había sembrado.

El pueblo y sólo el pueblo educado puede dar la sensación de la verdadera emoción política y social, puede herir como David en la frente a todos los Goliat de ahora; puede, en fin, llevar en su actuación el enigma del porvenir. No puede haber justicia en el mundo político social si no gozaran las ideas progresivas; no habrá derecho, no habrá libertad en tanto que todos los hombres no gocen de derechos fundamentales idénticos, en tanto que no tengan idénticas activas participaciones legales en la composición y dirección del Estado. Nada enaltece y honra a un ciudadano como el derecho de obedecer sólo a las leyes, y obedecer por el imperio de una personal voluntad, sin mezcla de imposiciones, que envilecen tanto cuanto más colocan a la sombra a los huérfanos de protección. Todo individuo desea, y en este sentido se ufana, el reconocimiento de su derecho natural y de la respectiva participación que le toca en el Gobierno de la nación y de la formación de las leyes, pues cuando se le impiden estas atribuciones es precisamente cuando hay motivo para que se abran las esclusas para dar salida a las pasiones ardientes y abominables. Pero los Gobiernos, con una arbitrariedad despótica, desarraigan la efectividad de los derechos de los legítimos poseedores con la fuerza que si fuesen vegetales. Se olvidan que todo hombre es a la vez gobernante y gobernado,

poder y súbdito, y en esa acepción van obligados a fijar la consideración de todos en las disputas sobre la suerte de toda obra social. Pero siempre sucede lo mismo; por cualquier lado que se mire se ve que no se siente nada por el lado de los Gobiernos que no se parezca a los tiburones husmeadores de su barco.

Antiguamente entre los abipones, los jefes políticos se distinguían por su pobreza. Asimismo entre los patagones había quienes habiendo nacido caciques no querían tener vasallos porque no reportaban beneficios y ocasionaban molestias y les conducían a una ruina cierta. Lo mismo los abipones que los patagones políticos si se les compara con la civilización de ahora parecen algo así como si despertaran a la vida en medio de una inercia que no responde a la razón de su verdadero destino. Los caciques que se sufren en la actualidad seguramente que con su sencillez bonachona piensan para sus honradas entretelas que aquellos desgraciados buscaban su felicidad y su comodidad en la abstención, y eso no puede ser, no se puede ser tan egoístas que se esquiven los sacrificios.

Aquéllos, por la falta de abnegación que inspiran, parecen ser idénticos a los brutos, y éstos, por las excelentes disposiciones que propalan, parecen faros que dirigen a la salvación a los hombres, pero que les hacen caer como tráfugas en un laberinto de perdición.

Los caciques patagones y los abipones no tenían la fortuna de estar amparados por la protección

de celosos jefes políticos, y sin jefes políticos hay la ventaja, por lo menos, de no disputar por espíritu de contradicción, por la vanidad de triunfar, por la codicia de poseer y por el empeño de obscurecer las cosas hasta obligar a su séquito a confesar su falta de escrupulosidad o aseo de conciencia para poder pasar por las bajezas más repugnantes. Se comprende que no todos los tiempos deben tratarse del mismo modo y que no en todos los países las mismas verdades tienen los mismos ideales, ni la luz brota igual para desvanecer equivocaciones. ¿Qué significa, en resumen, la conducta de los abipones y patagones? Menosprecio a las malas artes de vivir. Aquí eso se estima como incapacidad de razón. No pactando con el indecoro hay el inconveniente de no hacerse lugar cerca de quien habilita para todo.

Si los salvajes no tienen nada que pueda justificar el sacrificio de sus conveniencias particulares para remediar los generales de su país, acusan, sin embargo, la firmeza necesaria para distinguir el centro de gravedad donde se reúnen sus fuerzas y los elementos sociales, para respetar lo suyo y respetar lo del conjunto de los demás. El concepto que merecía el poder era sumamente distinto al que ahora merece. Todos contribuían a alimentar a los cuerpos, pero nunca hasta el extremo de atosigarse unos cuerpos, y a otros las privaciones les hiciesen desmayarse. La dignidad del mando estaba falta de realce de una solidaridad de absurdos y mentiras con el bien de la clase que obede-

ce; se carecía del saber de enderezar los entuertos con la retórica y la dialéctica, y si todo ello parece causa propia de la naturaleza humana, la noble naturaleza atestigua que cuantos menos conocimientos y recursos se tienen menos se experimenta el deseo loco de adquirir, menos viboraz se es para devorar a su propia madre, pero es por el freno de amor que la misma naturaleza da al hombre para que pueda vencerse.

Las clases inferiores, comparadas con las clases privilegiadas, implican las diferencias consiguientes de conducta; a las primeras se cree las es posible vivir tendidas sobre el césped, luego de estar rendidas por el trabajo, esperando bajo los árboles que caiga la felicidad, en tanto que a las segundas las distingue una variedad de vida y de goces muy mal adaptada. Por esta misma diferencia la sociedad ha llegado al más alto período de antagonismo.

La política social es una confusión que no atiende más que a lo que desea; el canto del sacrificio resulta una desventura; la abnegación un servicio al olvido; el amor al prójimo un envoltorio molesto que jamás interesa al santuario del corazón. Todo régimen de gobierno que no es fuente de vida y de justicia, es origen de dominio y de botín para unos, y para otros, que no le apetecen, es un cargo por que le agravan con su tácito consentimiento; ¿acaso alguna vez ha sido el culto a la Administración pública menos achacoso a malas mañanías y a usos menos contrarios a la equidad? Será

posible, pero en estos tiempos la corrupción es una invasión y el escándalo una vergüenza.

Hay etapas en las cuales en la economía pública se observa más fidelidad, más fe; ahora, por todas partes que se mira se tropieza con el ansia de la materialidad; no hay nada de humano, todo está vacío de todo sabor de justicia. Y cuando la política de altura, cuando la cúspide política no tiene nada de sacerdocio, el honor a la gloria no se vislumbra por parte alguna, y sólo queda la venalidad y la intriga que disponen despiadadamente el festín de la vida.

Hay quienes viven infatuados con sus antiguas tradiciones de señores feudales, y si se les examina por dentro, se observa con cuánta verdad desmienten las apariencias, pues no ejecutan nada que acredite ser los inductores y protectores de los carentes. Todos sus cuidados consisten en ocuparse de lo presente y de lo venidero para sí y dejando la nada para los demás. Plagiarios del afeminado duque de Anjou en la corrupción de los tiempos y en la perversidad de las gentes. Aristócratas que se les sobreponen las historias de Flavio Josefo que aparecen nadando en el fausto y en la opulencia y dan sendos banquetes a los Ministros, y en los que éstos, ya hiposos por el exceso de la comida y turbados por el exceso de la bebida, hipotecan los distritos electorales, la conciencia ciudadana. Esaú vendió su promigénitura por un plato de lentejas; vendió su derecho de sucesión; al fin, era suyo; hoy el hecho de potestad o superior-

ridad de mando es capaz de vender el derecho de la humanidad por un plato de bazofia. Y al pueblo no le toca otra misión que el conocimiento, que es la esencia de las cosas.

Si tan edificantes ejemplos dan los llamados a ser «luz de la sociedad, vigías de la moral y maestros del pueblo», ¿qué pueden pensar ante ello los que tienen la desgracia de no inspirar ningún sentimiento?

Dice Hobbes: «Dudo si el género humano pertenece a un centenar de hombres, o si este centenar de hombres pertenece al género humano.» Pues bien; existe el convencimiento de que ese centenar de déspotas reina en todas las épocas, navegando con las mismas insaciables ansias; el género humano ya sabe la injusticia de la pertenencia. ¿Qué actitud se propone? Parte, no querer hallar la salvación en el arrepentimiento, y parte, los fanáticos, a semejanza de Manrevert, en querer trocar los papeles de mando mediante la amenaza y el terror. La acción coactiva que ejercen los terroristas es cada vez más poderosa y más destructora, en tanto que todo lo demás, en punto a contención, es débil y tiende a ser más débil con el declinar del espíritu. ¿Qué tiene que suceder en donde los instrumentos de producción y distribución, en donde el pobre y el pequeño propietario pagan y sufren todo, y el influyente y el grande propietario no prestan el tributo que les corresponde y disfrutan las prestaciones de aquéllos? Que el influyente y el rico paguen al Es-

tado y no se beban el sudor de los pueblos, y se podrá formar opinión favorable. Dícese que sólo el asno se complace en caminar por las orillas de los precipicios, y aunque no resbale, arroja en ellos a los que en él se fían. Hay que convenir que no es sólo el asno; es la terquedad de algunos hombres la que también se complace en esos peligros.

La historia de nuestro lejano pasado se hunde en el olvido; la barbarie, combinada con las más exaltadas ideas, se abre un abismo en el presente con su más feroz rudeza.

El mangoneo de la sociedad es cierto que es un monopolio de un centenar de hombres, y otro centenar de hombres, utilizando un procedimiento de terror, delira con despojarle de él. ¿Dónde está el rigor de la justicia enlazada por el amor de hermanos? ¿Dónde han ido a parar aquellos fuertes y suaves lazos que arrancan del cristianismo y encaminan a la felicidad de todos los hombres? En la oscuridad de las pasiones ilegítimas, en la ignorancia de la impopularidad que ha tocado al límite más allá del cual no continúa autoridad ninguna. El pensamiento humano es vario, y, por tanto, puede ser incierto en el plan y resolución que lleva flotantes; pero cuando está dotado de fuerza moral, nunca puede temerse una crisis, porque la conciencia desvanece los peligros. Cuando no interviene la fuerza moral ni la conciencia, entonces sí, falta todo conocimiento de causa. En el instante que el hombre se desprende en algo de la ley de

Dios, cae sobre la sociedad perdiendo en el trayecto el *sustratum* que con la materia forma la naturaleza, y como consecuencia, la naturaleza, sin el freno de la verdad eterna, viene a ser un funesto desacuerdo que imposibilita la existencia pacífica. La humanidad tiene sus deberes, y al renunciar a ellos las clases superiores, han renunciado también las clases inferiores. Nadie desconoce que semejantes renunciaciones son desde luego incompatibles con la naturaleza del hombre. Mas, ¿dónde está la causa de que no obre por igual la justicia? En la naturaleza de las clases superiores y en la inmoralidad de sus acciones, que han creído que ellas son Calígulas y las clases inferiores sus esclavas. No puede admitirse que en un país libre un centenar de individuos se dividan los destinos de la nación como hicieron los hijos de Saturno con el Universo. Nadie es ya tan imbécil que entregue voluntariamente sus derechos para dejarse imponer deberes; ha pasado a la historia la convención, que consiste en estipular una autoridad déspota contra una obediencia anodina. Dejó de existir en la sociedad el estado de guerra medioeval, según el cual, era cada pudiente una especie de amo y los plebeyos una especie de mesnada a sus órdenes; pero en cambio, nunca han dejado de existir las infamias que disponen las ocasiones de que se halle incapacitado el pueblo de obtener justicia. Cuando el pueblo clama que todos los cargos sean para todos los hombres, tiene razón, porque funda su petición en la igualdad

ante la ley, y a base de esa misma igualdad clama la unión de todas las tierras en el amplio seno de la patria con un solo derecho.

Es indudable que las clases inferiores se exceden ya en sus peticiones o exigencias en todos los órdenes, pero es indudable que alguien las ha enseñado la lección; y esa enseñanza está en una negación sistemática de las clases superiores. Cuando los derechos son comunes en el trato de la vida y el uso de esos derechos no es idéntico, media una informalidad que se puede evitar fácilmente, dando a disposiciones que tienen el mismo origen el desarrollo correspondiente bajo unas mismas condiciones.

Los apremios de unas clases contra otras clases siempre despiertan enérgica reprobación, y no basta afirmar, cuando se trata de economía social, que la fuerza de obligación de un país no es igual, porque es necesario reconocer que no siempre lo legal consiste en la voluntad de la mayoría.

En los tiempos primitivos, el jefe guerrero se reservaba de la ocupación bélica la parte del león; en los tiempos presentes no hay ocupación bélica, no hay guerreros, no hay ningún distinguido en un sentido formal, pero por todas partes huelgan raposos.

La sociedad, a cada momento, pregona los diversos grados de civilización, la fase de su adelantada organización, sus progresos; a tanto llega su presunción que parece desplegarse una aurora de hermosa esperanza, y no, no es así; ante los ojos

de la realidad se observa un rumor irregular e indefinido; se desenvuelve la crueldad más brutal que amontona pobres víctimas. En pocos pasajes de la historia humana, como no sea en la del Imperio romano, existe una época tan vergonzosa para el hombre como ésta. En ella todo es vicio, crimen, cobardía, tiranía y latrocinio.

La nación tiene voceros que la honran con su elocuencia, pero su elocuencia es una disculpa a lo que sienten. Los Gobiernos alegan celo por la ley, pero con la práctica acreditan su carcoma, de donde resulta que los Parlamentos no tienen prestigio; el orden de la nación es exterior y de pacotilla, y no interior y de espíritu; las Cortes, si dan leyes, después no conviene con ellas el nombre de los hechos. ¿Qué otra cosa se puede esperar de un país en el cual ha desaparecido el respeto en absoluto? Una sociedad sin fe, sin orden y sin autoridad se halla en período de dispersión. El desorden legalizado, la usurpación sancionada, es una especie de reblandecimiento a la espina dorsal que corrompe a la larga todos los nervios, derrite la medula, impide que el país vaya derecho, y termina siempre por la consunción sin combate ni resistencia, en razón de que en ninguna parte hay ya fuerza aun para alimentar el mal.

La sociedad que no está en acción colectiva está incompleta y fuera del estado de conservación; es una especie de fuego estelar cuando llega a producir todo el impulso que en él se concreta; es efecto y causa de la ausencia del culto no ren-

dido al deber, no sólo en las prácticas y observaciones exteriores, sino penetrando en el corazón, con lo cual no influye en la norma y arreglo de la vida; resulta todo, pues, tan andrajoso y estropeado, que sucede con ello lo que con la capa del pobre, que son tantos sus rotos, que no hay remiendos posibles que la instituyan en el principio de su naturaleza.

La relación de los hombres y la relación de las cosas es la que constituye el argumento de la sociedad; sin esas relaciones de sentido real nada puede existir, ni en el estado natural ni en el estado de autoridad. La sociedad, que camina sumergida en el error, se sustrae a la condición humana y procede como isletas en completa insubordinación.

En el hombre, la conservación de la especie debe asegurarse sin ningún obstáculo; de esta forma es como prevalecen los efectos normalmente favorables; pero es difícil prever ahora la normalidad, es imposible encontrar la relación proporcional entre los esfuerzos efectuados, y es imposible, porque no se ve la evidencia de ninguna ventaja obtenida, debido a que las conductas se separan de la norma regular.

Cuando las conductas y sus consecuencias no se tienen por justas, evolucionan al unísono hacia formas inferiores y se induce a la humanidad insensiblemente a los más grandes desastres. Sobreviene un volcán social en el que no hay más que víctimas; se perece por la característica de los es-

espíritus levantiscos. Hay violencias que se parecen al trueno seco, sin relámpago y sin lluvia, que no levantan más que polvo y no fecundizan sino insectos y bichos pestilenciosos.

Los autores materiales de las violencias son escudo de inductores a los cuales guarda la perversidad de su intención.

La altiva independencia de la idea y del sentimiento constituyen una honra, pero siempre que arrastren al convencimiento de una empresa que se apoya en sanos fundamentos y en el amor a la justicia.

Cuando se vive en una sociedad en que pululan por todas partes los odios, las envidias, los vicios y los crímenes, puede decirse que se prefiere no tener tranquilidad de conciencia con tal de que el prójimo tampoco la tenga. Eso es querer sostener el absurdo a costa de sí mismo y a costa de los demás, y no se comprende ni es posible sin incurrir antes en la desesperación, sin que antes la ignorancia o la obcecación no hayan borrado la idea de los actos que conducen a la felicidad. Vengar las ofensas que se llevan dentro de sí es prescindir de la existencia del orden moral; y si en este orden no se halla la suficiente resistencia, póngase la esperanza en la formidable trompa de los profetas que truena en nombre del Omnipotente y amenaza con terrible venganza al cruel y al opresor, a fin de que conozcan sus errores y trabajen para servir la concordia humana.

Cuando la tiranía de una conducta ofende las

conciencias, puede ser causa de indignación, y si no se rectifica, procede desde luego protestar conforme a razón, mejor siempre que fingir hipocresía.

La lucha en desconcierto de unos contra otros es de fuerza ineficaz. La victoria está en la reunión y coordinación de todos como signo de vida.

La suerte de un individuo o de una clase está ligada por igual a la de otro individuo u otra clase. Pero ¿dónde está la autoridad que naturalmente merezca crédito para armonizarlas? ¿Dónde la fuerza, la nobleza y la perfección que ejerza su deber? ¿Dónde la dignidad, la ternura de sentimientos que hermanan derechos con derechos, deberes con deberes y resuenan en esa estrecha confusión los robustos acentos del arpa de David y los plañidos de la virgen de Sión? Hay hombres, sí, verdaderamente puros que celan por su honor y por el triunfo de la justicia, pero su aparición en la escena deberá ser milagrosa y todavía no se ha obrado el milagro.

Es cosa corriente censurar a los Gobiernos que Dios da para castigo del país y para, según expresión de ellos, sacrificio suyo.

El país se pregunta si el sacrificio está en su labor impura o en su desprecio a la justicia. La contestación se desconoce porque nadie es capaz de poner la cuestión en el fiel. Son tan osados los Gobiernos, que dicen que tienen a gloria el ser víctimas de su deber, y lo que tienen es amor al destino y ninguna consideración al deber. El pue-

blo, que se percata de todo, lejos de agradecer un trabajo y una inmolación fingidos, lejos de creer en el descubrimiento de un amor al país, se muestra tan aferrado a la filosofía de Pirrón, que mueve la cabeza y no cree que ningún gobernante está con él, lo que no tiene nada de particular porque no ve por parte alguna el beneficio que resulta de sus actos y sacrificios. Por eso mismo, ante un suceso o una desgracia a un hombre público no hay el consuelo colectivo, el sentimiento que generalmente corresponde; el país a todos los hombres públicos los ve a la manera de la luz en el espejo: en la victoria, ve los caracteres indelebles en una especulación; el mérito tampoco está en la voluntad ni está en la conciencia de nadie, ha dejado de estarlo porque se ha abierto una sima a la idea del deber a la par que se ha descubierto una debilidad por el derecho hereditario, por los provechos del país, en favor de la familia. Y hay derechos cuya emulación descansa en una lucha noble para vivir del honrado trabajo. Los Gobiernos podrán descansar satisfechos, pero la opinión pública no se convence de que honran el nombre y no afrentan la ley. Cree que no se la puede hacer cosa buena por la imposibilidad que ve tener buenos fines donde hay malos principios y nada mejores medios. Y cuando la opinión pública ve a la justicia ofendida se resiente su sentimiento porque piensa en las consecuencias que caen sobre ella. Puede darse por seguro que no siempre discurre bien teóricamente, pero suele ser certera

en los cuidados de la observación. No es la relación de ideas la que más la preocupa, pero busca los hechos y hace sus comentarios. Los Gobiernos son los tutores de la Nación, los áulicos de los pueblos, la secta que los ilumina, pero cuando domina el desgobierno por poco que dure acaba con la Nación por mucho tiempo; porque mina en ella todas las fuerzas vivas, la transforma en un moribundo lánguido con demasiadas fuerzas para morir y harto pocas para vivir.

La Nación no halla Gobierno bueno por la sencilla razón de que no halla en ninguno diferencia con el malo. De este modo, cuando un Gobierno se proclama intérprete de la opinión, resulta vano empeño; ésta se ríe de la conseja porque no es más que enunciar que no sabe vivir, pero que quiere vivir, y, efectivamente, enseguida se descubre que la forma de proyección rápidamente va hacia el paladar. Si alguno se envanece de poseer en la ley la forma de gobernar la Nación, lo recibe como cosa que privadamente aprovecha y enriquece.

Las ideas, en siendo buenas, no suelen ser en cantidad; pero no se adaptan más que a los hombres de inteligencia y de talento; a los charlatanes y los cortesanos no les queda otro campo que el de la mendicidad política.

El poder que deja de ser un deber y no se halla confiado a la capacidad, la integridad y el trabajo, un elemento cualquiera de oposición murmura de él, y sin embargo, si permanece sumiso en sus

actos, concluye por pedir parte en el Gobierno. Cuando se incorpora en él trata de establecer alguna innovación, fundada en su cartelera, no para frustrar lo presente en provecho de lo problemático futuro, sino para tratar de justificarse; pero como no va de buena fe, poco a poco se inclina a perder toda consecuencia para ganarse la confianza de adicto. Se establece la mezcla y todas las pasiones bajas, todas las intrigas y todas las relajaciones acuden a asirse a la parte receptiva para que pueda arrojar como los demás el veneno que mata las cuestiones o tender sobre ellas la cola que las aplasta.

El socialismo es la rama que en España flota en los aires y que por el momento no puede alcanzar el objeto de gobernar, no puede alcanzarlo en un país en que el Poder no se halla establecido sobre bases sólidas, y en su virtud, teme a las ideas socialistas que no sirven a ningún partido ni cejan ante ninguna persona, y con este motivo, está dispuesto a cada instante a discutir públicamente con los hombres y las ideas, a fin de seleccionar lo que considera bueno y precaver lo que estima malo.

Hay que señalar que los pueblos que desoyen hasta por instinto lo que se les dice y jamás hacen lo que se les recomienda, es porque los Gobiernos les tienen desengañados, pues al propio tiempo que hablan de moralidad y de justicia se desdicen cometiendo todo género de arbitrariedades. ¿Es que pretenden enseñar lo bueno al pueblo y no se

conocen lo malo en sí mismos? Se escandalizan de las indocilidades del pueblo y no advierten que se desenfrenan en ellos mil atropellos. ¿Dónde están los hechos que acreditan buenas inclinaciones? ¿Dónde el celo de la moral y dónde el ánimo de haber algún resultado sirviendo a la justicia? Imágenes son todas de la mayor imprudencia, de las que los mismos Gobiernos se mofan como el más corrompido ateo se mofa de los más santos.

Al no respetarse el principio de la moral y de la justicia, el mundo se convierte en una quimera; al mirarse sólo la utilidad material en todo el mundo se atestigua una horda de aprovechados sin escrúpulos. Hay que respetar la moral y la justicia para no desposeerse de la propiedad de la razón.

La observación de ideas y corrupciones públicas, aunque general en todo el mundo, alcanza considerable pujanza y extensión en unas naciones más que en otras.

En España se reconcentra la historia más brillante de los pueblos, noble y privilegiada entre los demás; ahora, desgraciadamente, no se distingue extraordinariamente en su tierra su natural prodigioso.

Las relaciones con que en la sociedad se enlazan todos los ramos han tomado un carácter peligroso: se han extraviado de su objeto y han olvidado su origen.

Los Gobiernos se han apartado de su verdadero cometido, se han abrogado facultades ilegítimas y se ufanan con sus atribuciones y omiten la con-

sideración que deben a los demás. El cuerpo de trabajadores se ha impuesto de los beneficios que el azar ha elaborado últimamente, en cuya intermisión no cree y a cuyos derechos no pone límite, y de ahí especialmente parten tantos y tan colosales acontecimientos, cuyo resultado parece un preparativo para el gigantesco ataque con que se trata de amargar el ejercicio de la vida. Y en estos casos un Gobierno débil no puede elevarse a la necesaria altura por temor a un sacudimiento que le anule. Por otro lado, las personas acomodadas confunden el destemplado latido de su corazón orgulloso con el sentimiento de la robustez y de la verdadera fuerza y no ceden en la desdeñosa mirada que lanzan a los humildes.

Así no tiene nada de extraño, que lejos de llegar a establecer una concordia y trabajar para servir al cuerpo político social, se conciban los más osados y los más insensatos proyectos de destruir sin que a nadie se le ocurra idear nada y alzar, como no sea odio, sobre sus ruinas. Los hábitos, hay que desengañarse, cuanto más puros y doctos más profundamente arraigan en el pueblo; cuanto más pura sea la verdad que escucha más le aprovecha y entusiasmo y le inspira. Todo elemento de afinidad deberá centellear vivísimo como trabado entre sí por la naturaleza y favorecido además por el carácter nacional. Toda hermosa unidad de pensamiento deberá ser constantemente fija en su verdadero destino, en el santuario de la familia, cuna del linaje humano, asien-

to del orden, pureza de la fe, muro de bronce que no alcanza a estremecer los más recios golpes que combaten los más firmes cimientos. Si parece obra imposible es porque todo está alterado por las tempestades del tiempo ya que no por los progresos hechos en la lógica de la controversia. Sí, de la controversia, que no cambia la seguridad en desconfianza, la luz en tinieblas, la apoteosis en hipocresía, la muerte en falsedad; podrá ser difusa, y en este caso será una indicación; podrá ser clara, y entonces confirma los vestigios de su orden, pero nada más.

Dios mira a España con singular complacencia y la presencia de nación tan privilegiada satisfacía extraordinariamente, en mejores tiempos, cuanto se asentaba a su sombra. Todo español se tenía por noble porque participaba de la nobleza y prerrogativa de la tierra en la cual moraba. Todo ha cambiado, hasta la viveza y prontitud del ingenio. Algunos piensan que el trato exótico ejerce influencia tan decisiva que ha exaltado la razón en España prescindiendo de sí misma.

En este sentido, ¿qué puede tomar España del extranjero? ¿Acaso el sistema de pobreza que diezma a Rusia? ¿Quiere alguien que triunfe el hambre? El hambre ni forma partidos ni profesa ideas: está por sí en la opinión y su pensamiento en relación con sus necesidades. La suerte de su causa no es ningún recurso ni ninguna esperanza que entreteña la miseria ni pronostique ninguna mejora social. Al contrario, podrá ser una amenaza

social demasiado honda para no ser equivocada. El hambre es una perturbación tal, que sólo con pensar en los niños rusos y austriacos hay motivo para murmurar de la suicida condición humana. Si el hombre siente el amor, si cada horizonte le representa la humanidad, si apenas tiene uso de razón y ya conoce la justicia, si en su amplia comprensión columbra la felicidad de la tierra y el alma la anuda con Dios, ¿cómo es posible poder ver a los niños al borde de la muerte por hambre? ¿Cómo abandonar a los niños no teniendo su inocencia ninguna culpa en la privación que padecen de los bienes de sustento? Se procederá al rescate de una libertad perdida, se irá en pos de una aspiración, pero ¿cómo el hombre con su entendimiento enriquecido, con los conocimientos exactos y seguros de la vida, se echa a perder hasta una inferioridad comparada... ni con los animales? Dejar morir de hambre a la inocencia por no ceder en la ejecución de determinaciones de una voluntad que puede ser un error, y cuando en su esfuerzo no sólo no se remedia ningún mal sino que inclina a aborrecerse, al desorden y a la muerte, es establecer sería disputa con lo que hay que reconvenir, siquiera por lástima a los mártires. El fiel de la justicia bien pronto se inclina al lado de la razón; no hace falta más que tener ojos para verlo. ¿Cómo el hombre es tan terco, tan apasionado, que no ve que se perjudica y perjudica a los demás? La moderación a veces no se impone a la fuerza, y el hombre arrebatado no

sabe ya lo que hace hasta que recuerda su celestial origen en la vida. Pero el extranjero, generalmente, no ha perdido de vista la expresión clara de la realidad, y en cambio, España pone su atención en el hilo que enlaza la obscuridad con una variedad sobre la que giran infinidad de injusticias. Graciano ha dicho: «allí donde no hay justicia, cada uno conserva la libertad natural. *Manet vetus naturalis libertas.*»

Se va llegando a un estado de gravedad bajo el cual los hombres se administran justicia a sí mismos. Esto, desde luego, es de aspecto retrógrado a la inversa de la civilización. No se sabe si se trata ese procedimiento como consecuencia de tener asegurada la impunidad o si significa complicidad con la cobardía. El poder tiene la obligación de dispensar y hacer que se dispense justicia. Si perdona, es preciso que tenga la seguridad de que este acto no perjudica en manera alguna a la sociedad. Los crímenes político sociales son crímenes cometidos contra la vida del pueblo, y la justicia pública, mostrándose misericordiosa, podrá absolver para que los criminales puedan volver a entrar en sí y pedir perdón de sus pasados extravíos. Hombres que sepan confesar sus faltas y no recaer en ellas, en verdad, es lícito devolver bien por mal, aun a riesgo de sacrificarse. Y sobre lícito, es además un precepto evangélico.

El progreso, en sus puntos cardinales, siente la gradual desaparición del derecho de represalias, que podría ser un hecho si existiera la suprema-

cía del poder; fuera bueno si se legislara sobre las conciencias y el poder no se hubiera debilitado en una proporción que no ofrece ninguna seguridad. ¿Se vuelve a los tiempos del colono de Virginia, que a la vez era juez y verdugo, haciéndose justicia a sí mismo? Afortunadamente nada autoriza a pensar en forma tan bárbara, sobre todo de una nación que siempre se ha distinguido por su carácter bondadoso y en la que es tradicional su horror al delito.

Se da el caso, no obstante, que ha desaparecido la tranquilidad y el perfecto estado de derecho en los más hermosos pueblos. Tanto es así, que si dura mucho tiempo la lucha, pueblos tan ricos y tan bellos, serán los últimos de los pueblos, empobrecidos, destrozados en sangrientos trozos, cuyos miembros moribundos palpitarán tan sólo como lo hace el corazón. Al pueblo mismo es al que más incumbe el evitar estas calamidades. ¿Será un castigo? Aunque nada se verifica en este mundo sin razón suficiente, sería un insulto asociarse en esta ocasión a esta manera de discurrir. Dios prometió a Abraham que salvaría la ciudad de Sodoma, con condición de que había de hallar cinco hombres fuertes y justos. En la fortaleza de la justicia de los hombres está también la salvación de esos hermosos pueblos tan comprometidos; la cuestión está en encontrar quien la represente.

Con la tranquilidad ha desaparecido la idea del vínculo moral, la idea de que la felicidad es dicha que se comparte. Se condena el desorden y el

asesinato y según se sortean parecen los condenadores cómplices a todo evento. Y esto no es tratar de contener el ardor desbordado, es huir del combate. ¿Cómo, pues, puede nadie gloriarse de la ley si su actuación es un voto que no se ve cumplido por la pureza del derecho de seguridad? ¡A tal extremo de decaimiento ha llegado esta nación, cuya historia, como ya se ha dicho, es la maravilla más grande del mundo y cuya heroicidad ha cumplido los destinos más sublimes de la tierra!

Si acaso se desdeña que se reproche con rigor el estado de declinación, sus razones habrá para no querer que se emplee la reconvención, que después de todo, no es más que un cargo, un argumento, una inculpación. Si se hace por medio de súplica, bien está la súplica, al fin, es un reconocimiento al ejercicio de la gratitud; y, ¿qué más podrá anhelar la sociedad que tocar un experimento que evitase el motivo de la réplica? Todo acto es propicio cuando consigna el hecho importantísimo de responder al buen sentido nacional; en cambio, es indigno cuando se inclina bajo la forma que determina la confusión de los hombres sanos con los hombres corrompidos.

Hay que tener presente que la lealtad y el sacrificio sociales de las clases pudientes no son más que una simple representación que corresponde a la memoria; el culto de los Gobiernos a la legislación, una promesa; la conducta de los desafortunados, una realidad que no la piensan, porque si la

pensaran, no sería una obstinación y muchas veces dejaría de ser lo que es. ¿Quiénes son los culpables de tantas desdichas? Los que lejos de avanzar en el camino de la fraternidad humana la adulteran. En concreto. ¿Quiénes tienen razón? Nadie, en absoluto. ¿Quiénes no tienen razón? Todos. Los Gobiernos no la tienen por su falta de norma de justicia, porque prescindiendo de otras cosas muy esenciales, no tienen límites adecuados para las resoluciones de los asuntos de su competencia; los habentes y los carentes tampoco la tienen porque no obedecen a la región de los verdaderos principios y de los hechos edificantes, habida cuenta de que la obediencia, cuando se funda en los principios y en los hechos verdaderos, es condicionada, sí, pero no es causa disolvente. Así, que no habiendo garantía en los propósitos, no habiendo continuidad en la acción, no habiendo constancia en el avance, no habiendo consecuencia en el criterio, no habiendo amor a la justicia; sin tradición presente, sin virtud, sin fe, sin continuidad en el bien, ¿puede haber felicidad? No puede haberla donde el único criterio de la verdad se halla en las emociones que convierten el placer en observar egoístamente o en destruir sin misericordia.

De tal forma están los problemas planteados, que si el carente obedece disciplinado y cumple sumiso los mandados, es a cuenta de renunciar a la esperanza de felicidad de sí mismo; si el habente o pudiente persiste en mostrar su falta de co-

razón donde le falta el apoyo de la dialéctica, es a cuenta de renunciar a la realidad de los elementos de equilibrio entre la constitución y condición necesarias de la existencia. Y así no es posible que la sociedad subsista. Solamente una operación o combinación de Gobierno que no equivoque los métodos y quiera conocer y observar las leyes honradamente; solamente un Gobierno que quiera utilizar honestamente y humanamente del remedio a las llagas sociales puede contribuir, o mejor, puede ser el componente que funde y contrate por una adhesión conveniente las lógicas aspiraciones de las diversas clases sociales; solamente las cosas, los actos, las causas y los efectos de todos los días pueden ser el predicado que una a los individuos y a las comunidades en una estrecha convivencia; de otro modo, si los rumbos a seguir por la sociedad han de ser divergentes, podrán traspasar el horizonte, pero no cabe duda que jamás se estrecharán.

Perdurarán las palabras, cuyo sentido, Dios, por gracia especial, confió a España; y en consecuencia, perdurarán los campos de encantadora vegetación, de floridos bosques, de puro cielo; pero el hombre, hecho de una misma imagen y de una misma semejanza, navegará combatido por los vientos de la desigualdad y de la injusticia, llegará a otra edad, y las capas superiores continuarán perteneciendo a la casta de los elegidos y alimentándose de la gran masa trabajadora. Esa diferencia de la humanidad será de un estado de-

finitivo; habrá luchas, habrá vencedores y habrá vencidos; habrá ostentación y habrá miseria, y siempre y por siempre será lo mismo en tanto que el enfriamiento planetario no barra la faz de la tierra.

to the same effect, and the same result is reached by the same means. The same result is reached by the same means. The same result is reached by the same means.

The same result is reached by the same means. The same result is reached by the same means. The same result is reached by the same means.

The same result is reached by the same means. The same result is reached by the same means. The same result is reached by the same means.

The same result is reached by the same means. The same result is reached by the same means. The same result is reached by the same means.

The same result is reached by the same means. The same result is reached by the same means. The same result is reached by the same means.

The same result is reached by the same means. The same result is reached by the same means. The same result is reached by the same means.

The same result is reached by the same means. The same result is reached by the same means. The same result is reached by the same means.

The same result is reached by the same means. The same result is reached by the same means. The same result is reached by the same means.

CAPÍTULO VIII

Del cuerpo político social se proveen todos los miembros, incluso los Gobiernos; lo que significa que no hay ramo en la vida que no obedezca a una mutua relación y posibilidad de vivir, conforme a su natural contexto.

Cada familia forma un cuerpo cuyos miembros se estiman, se celan y se aman recíprocamente, y cada cual mira como propio el interés y comodidad del otro miembro; al tratarse del cuerpo social las cosas se fundan en la misma tendencia, pero cambian, y consiguientemente se pasan la vida aborreciéndose mutuamente.

El carácter que presenta el organismo social es muy similar al del Ejército, en que bajo la orden del general en jefe hay otros generales secundarios que mandan grandes masas y jefes subordinados a éstos que tienen bajo sus órdenes fuerzas más pequeñas, continuando así hasta sus últimas subdivisiones, y éste debe ser el carácter de toda la organización social en su conjunto. Hay que reconocer que una sociedad necesita tener una estructura reguladora, pues sin ella no puede ser su acción colectiva todo lo eficaz que se requiere.

Importa mucho que los brazos y las piernas de la sociedad estén buenos, pero siempre importa mucho más que la cabeza permanezca sana. Sin gerarquía de centros superiores no es posible poner en normal movimiento a las fuerzas inferiores. Si el cuerpo de trabajadores o productores no se sujeta a una autoridad relativa, su ayuda no podrá tener toda la extensión deseada. No puede eliminarse ningún concepto de relación, pues no les hay en absoluto tan distintos a las cosas que se pueda prescindir completamente de ellos. Se dará mil vueltas a las cuestiones, pero siempre se vendrá a parar a lo mismo: esto es, a reconocer la propia razón que liga todas las cuestiones. Esta es la forma caracterizada por el estatuto o sea una sociedad cuyos miembros están colocados unos respecto de otros en diferentes grados gerárquicos. El orden en toda la naturaleza estriba en ir colocando a uno tras de otro, con objeto de que todos puedan llegar a un fin, sin faltar al principio de justicia, porque si se falta a este principio, no se califican según su mérito y sus servicios y resulta un conjunto de un conocimiento imposible.

Al decir esto no deberá creerse que se propugna por la ley de los vasallos; la obediencia y el sacrificio, en una forma de distribución perfecta, no significa de ningún modo que no se observe la ley de la razón, haciéndose cada individuo juez de las acciones en la medida que ordena el tribunal del derecho. No se puede negar que el hombre es el mismo en la figura; es de la misma masa, pero es

distinto en los procederes, porque no todos se saben regentar en una proporción justa y adecuada. El sentido, el talento, la instrucción, la voluntad, los miembros, el trabajo, no son en todos los hombres lo mismo. El principio, que dimana de ciertos fenómenos, no se conoce instintivamente, pero en cuanto la experiencia enseña la afección, que al fin se siente, se percibe la idea de las calidades y de la actividad con arreglo a la proporción o exquisitez de desarrollo que transforma y socaba los productos que ofrece la naturaleza. El hombre está sujeto a la fidelidad de los dictados que se han instituido para su norma. Y le sucede que cuantas más indagaciones haya acompañado de testimonios respecto de las cosas para asegurarse de la condición en que le afectan, se le harán menos simbólicas por su significación y se fortalecerá más en su reconocimiento. La investigación de la verdad ofrece muchas dificultades, hasta que en toda proposición deja de ser incapaz y diferente a la inteligencia, es decir, que cuando las indagaciones se ponen en mayor contacto con el filón de la sabiduría, más se hace visible a su conocimiento la presencia de las cosas a su servicio. La verdad, muchas veces por espíritu de escuela, deja se introduzcan en las cuestiones los errores más absurdos. Entre los hombres no hay discrepancia en que el nacimiento los hizo hombres y que el hombre ve las cosas, no sólo para contemplarlas, sino para dar razón de ellas; pero ya hallándose en la alternativa de hablar de sus convicciones, hay que ad-

vertir que se manifiesta en discordancia o en espíritu de hostilidad con otro hombre. Están, pues, contestes en que el nacimiento los hizo hombres, contestes en que la vida tiene su importancia y sus dificultades y acaba con el tiempo. Es decir, están contestes en el principio y en el fin, y difieren en las contingencias de los medios, o sea en el cotejo de todos los agentes de vida. Indudablemente que se ve por igual la utilidad de una obra, pero al ligar los caracteres con la forma, ya surgen infinidad de dudas por desigualdad de juicio. Pero son dudas que se suscitan y que pueden desvanecerse con la asistencia de un buen deseo, y tanto más, que las cosas de un interés general suelen ser tan claras como una centella de fuego. Lo que falta es la parte más esencial: que el deseo esté concentrado en el abismo de las conciencias.

Todo problema de ética está muy discutido por unos y otros, por ser esencialmente práctico. Es muy natural; armoniza doctrinas y opiniones en una teoría superior a las condiciones de las cosas, en virtud de las cuales los dictados de la razón especulativa se trasladan a la esfera de la voluntad, transformándose en acción. Nadie en la sociedad se aparta de la labor de conocer el fin moral, ni de inquirir los apetitos verdaderamente humanos, sometiéndolos a un análisis concienzudo, equivalente a la realidad.

Cuando el pensamiento del hombre tiene la desgracia de no hacerse cargo de lo que es en sí la acción o la realidad, busca modificar sus resortes

a la manera que conviene obrar. Y entonces se entrega a un ideal real, que puede muy bien encerrar misteriosas ventajas particulares o misteriosa fatalidad al ideal moral, que desde luego interesa a la conciencia de la colectividad. Y cuanto más vigorosos sean los destellos de las imágenes en este sentido, menos pura tiene que resaltar la obra. Acomodar el ideal moral a la realidad, equivale a libertarse en la conducta con la satisfacción del deber cumplido. Sin la condición de soslayar el curso de las acciones reprobables, siempre resultarán estériles y contraproducentes todos los esfuerzos que haga el hombre de buena fe por formular la ley moral y por querer imponerla en la vida, así individual como colectivamente.

Hay que pensar que las condiciones positivas de las acciones están ajustadas indispensablemente a la ley moral, y, además, deberán estar impresas con un carácter obligatorio en la conciencia pública. La obligación moral y sus fundamentos son igualmente necesarios para que no extrañe y se juzgue como cosa justa el premio o el castigo que se revelan en los actos de los hombres.

La moral, no sirve pensar otra cosa, es indispensable para la vida humana, para la vida feliz; es tan cierto y notorio esto, como lo es que la respiración es indispensable para la vida fisiológica. De modo que resulta de una necesidad subjetiva. El sentimiento de la obligación es un hecho universal, un hecho primario que se afirma y se hace respetar por sí mismo. A veces, en momentos crí-

ticos, se quiere sorprender a la conciencia, y si la moral se cierne en la alta esfera de la razón, nada abate su vuelo ni la hace descender porque la realidad, el gesto soberano del pensamiento, responde desde lo más hondo y secreto de la conciencia con una voz misteriosa, con la voz del deber, voz sublime que adopta todos los tonos, todas las formas de la persuasión y del mando, desde la suave y tranquila del consejo amistoso, hasta el acento trágico que impone el sacrificio de la misma vida.

Tanto respecto a la idea del deber como a la idea de sanción, existe una corriente filosófica muy pronunciada, que parece tiende a abolirlas y a aniquilar las realidades en que se funda o derivan de ellas. No otra cosa significan esas mal entendidas corrientes político sociales: de libertad, de autonomía colectiva, traducido en fraccionamiento progresivo de la autoridad pública. Las protestas, cada vez más intensas, contra toda represión violenta, contra toda coacción material, quieren decir que son consecuencia de una moral todo espontánea, todo libre y autónoma en el más amplio sentido de la palabra, pues hasta se lleva sacudido el yugo de la coacción interior, que se llama deber u obligación.

Para penetrar en estas regiones, adonde interesan las doctrinas morales, conviene notar que la sanción que aquí se pone en tela de juicio es precisamente la sanción inmanente, la cual consiste en la serie de goces o de dolores que necesariamente han de acompañar y seguir a los actos mo-

rales o amorales, ya que el fin único de la disciplina moral es el conducir a la posesión de la dicha en común o apartar del dolor general. Esto, sin embargo, no impide para que se trate de la sanción exterior que implica la idea de premio y de castigo, como una ley de justicia, o como un suplemento que se añade a la sanción inmanente para reforzar los movimientos de la voluntad.

La cuestión aquí planteada es una cuestión de orden social, por eso importan mucho para el caso las lecciones de la historia y las de la experiencia actual, las cuales están conformes en afirmar la necesidad de implantar en absoluto el orden moral, como freno a los apetitos humanos.

La conciencia, cuando obliga y cuando coacciona con el dolor o el remordimiento, no hay que suponer que es otra cosa que la imposición de una aclaración entre los hechos comparados con la verdad moral.

Spencer asegura que andando el tiempo y en virtud de la evolución, el sentimiento de la obligación acabará por desaparecer de la conciencia, presentándose a lo más en algunos casos extraordinarios. «La conducta moral—dice—llegará a ser la conducta natural.»

De donde resulta que la moral naturalista y positiva no admite más que los hechos, y como consecuencia, no puede apuntar la obligación con ese carácter absoluto que al parecer representa, porque tampoco puede ofrecer principios universales e invariables.

La moral idealista es cierto que presenta leyes invariables y fijas, pero según Guyan, éstas no tienen un valor *asertórico*, sino hipotético. De modo que es temeraria y a todas luces ilegítima, añade, la pretensión de querer fundar una obligación rigurosa que limite la vida en principios indeterminados, incognoscibles o problemáticos.

Estos son casos de conciencia evidentes con las pretensiones que presiden las leyes humanas. Y aquí hay que prescindir de si lo indeterminado y lo hipotético puede o no generar lo limitado, lo preciso, lo que es en sí el deber moral. Hay que ir resueltamente en pos de una ley cierta de la conducta del hombre en cuya ley la moral deba fundarse sobre sí misma. No sirve pedir demasiado; con que la moral que observe el hombre sea cierta por su propia virtud, hay que contentarse porque supone una afirmación categórica del deber, el cual puede servir de principio a un orden nuevo de cosas. Sobre todo, una renovación interesa vivamente. Así como las obras de imaginación son una muestra irrecusable de la actividad interna, así conviene adquirir el convencimiento de que en el estado habitual también son una muestra suficiente de la actividad los actos exteriores, pero siempre con el sello de la moralidad.

Todas las clases sociales deben fundar sobre la moral los hechos y la experiencia, huyendo, como es consiguiente, de toda hipótesis para evitar suspicacias y para que sirva de ejemplo de que se actúa respecto de una seguridad que no puede ne-

garse ni siquiera implica contradicción. El cumplir bien no es ningún sacrificio; es un deber.

La vida y la energía, y especialmente el estado tranquilo de conciencia, achican todas las dificultades, y no hay que conceder como una gran victoria, sino como un caso lógico, el triunfo de la moral en la sociedad, porque sus emociones, por intensas que sean, ya de antemano las ha saboreado pasando de algún modo por ellas. La moral es una fuerza misteriosa que sale de las entrañas de la vida, que obliga imperiosamente a ser justos y honrados. Si el hombre desde la altura a que se halle levantado tiende su influencia y su ascendiente sobre la trabazón de la moral, le será fácil granjearse de mil maneras la gratitud y el reconocimiento que hace mucho tiempo no puede combinarse sazónadamente con la sociedad.

La limitación de poder al círculo de razón y de justicia significaría que prevalecerá el derecho en las leyes formadas, que prevalecerá la igualdad en el conocimiento de la dignidad, que prevalecerá, por último, la recompensa al trabajo en los consagrados a una ocupación determinada para el servicio colectivo.

Los castores, las abejas y las hormigas carecen de razón, pero la reemplazan con un instinto admirable de deber, y cada cual trabaja sin descanso según todas sus fuerzas. No conocen la igualdad, no discuten su derecho de gozar sin antes haber cumplido con su deber de trabajadores.

Como se ve, nada ocultan de cuanto conviene a

la especie; sólo el hombre está afecto a una filosofía de insumisión sobre la que escuda unos derechos que hacen nulas e imposibles las más sagradas empresas.

El hombre, por precisión, teniendo la misma naturaleza del género humano, deberá sufrir las cargas y pagar al Estado el tributo que a todos por igual ha impuesto la sociedad. Más es tan obstinado, que se resiste a pagar contra toda justicia, sin caer en la cuenta de que las más de las veces, el que más se resista a pagarla deberá tener más trabajo, porque deberá arrancársele a fuerza de obligarle lo que debía pagar voluntariamente. «El ave que más forcejea para librarse del lazo, más se ahoga con él.» Cuando de peor gana se arrastra la carga que el deber nacional ata a todos con nudo indisoluble, tanto más deberá oprimir y obligar. Y aquel que no sufra con gusto lo que de buena ley le corresponde, deberá soportarlo por necesidad. Todos cuantos son autores o culpables de delitos, deberán entrar en razón, siendo los más severos jueces de sí propios. Como primer paso para regenerarse, deberán ellos condenarse voluntariamente antes que el Poder público les imponga el justo castigo.

Pero esto, si bien se piensa, supone demasiado esfuerzo para una sociedad tan enferma y abatida y que no da más señal de vida que su fatigoso estertor. Es necesario depurar a fondo sus verdaderas responsabilidades por lo pasado, y después de hacerse efectivas se podrá tener esperanzas en la

aparición de un verdadero arrepentimiento. Con el arrepentimiento no se compensará el daño causado por el delito, pero no dejará de ser una esperanza de poderse curar las dolencias manifiestas, tanto más haciendo del cuerpo político social las amputaciones que en los miembros del cuerpo natural en los casos de estar corrompidos.

Cuanto más obligados a cooperar están los hombres por su encumbramiento social, más sujetas a los frenos de la autoridad se hallan sus acciones y mejor inspiradas habrán de estar por sus sentimientos personales para la promoción y fomento de los grandes intereses de la humanidad en la vindicación de los derechos del hombre. Considerar que la vida pública y la vida privada, hasta en los más mínimos detalles, no sufren la misma ley y se explican por la misma lógica, es tanto como considerar que el individuo puede dejarse cercenar una parte de la libertad natural por un provecho, y con la mira de disfrutar con la otra parte de los beneficios que por el lado opuesto se le brinden.

La sociedad discreta, en su conducta respecto de los acontecimientos, ciertamente que abraza el propósito de juzgar con armas iguales a todo el mundo, pero si el individuo no la corresponde con la corrección de su conducta, ofenderá a la justicia y faltará al derecho de gentes. Y precisamente hay que salir al encuentro de esas faltas, obligando a legitimar los títulos. La maldad de uno no podrá nunca justificar la de otro, pero los hechos recopi-

lados serán el mejor testigo de la entrega del hombre, al cual el espíritu ha desviado de la raya recta que señala el deber aceptado. Si alguien cae en el error, tan común en los hombres, de querer justificar sus culpas con las culpas de su contrario, no deberá ser oído, pues esta es bastante prueba para hacerle delincuente. Es autor de un mal que trajo a escape y que no se sabe a cuántos arrastrará ni a qué paso se volverá. Se trata de los hombres, de su caballerosidad, de su lealtad, de su honradez, de su calidad personal; se trata de las profesiones, de las cosas, con su situación, sus circunstancias y su lógica inflexible y tremenda. Las personas entran en todo con las cosas, y cuando en las personas y las cosas se deja la raíz de grandes males, estos males sobrevienen más codiciosos, más egoístas, más desacertados y más enérgicos para empujar a la nación, y que rueda más fácilmente por la pendiente de la ruina y se hunda en el abismo del deshonor. Ante el mal tan general, la sociedad padece y la justicia se resiente; la razón clama, y el pueblo, inocente y sufrido, paga. ¿Es seguro que un pueblo sea tan obediente que consienta que, por tantas veces y por tanto tiempo, se le profane y se le ponga en adoración a los pies de los grandes fetiches de la Edad contemporánea? No tiene más remedio que obedecer a los Gobiernos que le mandan. ¿Que la autoridad que representan es usurpada? Nadie lo puede poner en duda, pero ha logrado su fin; ha adquirido el derecho de mandar, como el pueblo se ha im-

puesto el deber de obedecer. El poder ha asaltado al pueblo en medio del camino y le ha robado sus derechos, es verdad; pero por lo mismo que el pueblo no puso resistencia, y se entregó, ahora que ya los Gobiernos se hallan en posesión de mandar, el pueblo tiene el deber de respetar sus disposiciones; proceden de un despojo, pero siendo el despojo un hecho consumado, no es lícito volver la vista atrás.

Se está en medio de un diluvio social sin arca para salvarse; por eso el pueblo tiene que pensar en que vengan Gobiernos fundados sobre la base del deber, para que pueda darse la casualidad de sobrenadar y detenerse en alguna parte segura.

A fin de que la acción colectiva se complete en lo posible, es preciso que la parte de la sociedad llamada a administrar se ocupe de proveer honradamente las necesidades para que esté fuertemente unida por un fin de justicia, para que las necesidades que la componen subordinen al objeto común su individualidad, su libertad y su prosperidad. Si el órgano de la autoridad no se encamina a conseguir una acción poderosa corporativa de igualdad ante la ley, sobrevendrá, o mejor dicho, proseguirá el despotismo bárbaro cual si fuese un sueño fijo en la vida del dominio sobre la tierra.

Hasta hace poco tiempo la dispersión de los hombres fué un pensamiento; hoy es un hecho la subversión del orden social, y la lucha de clases que lo explica el pensamiento de un discurso de acontecimientos cuyo propio juicio persuade. El

linaje humano se dirige a su destino por senderos incomprensibles, su justicia es no más que la desmoralización de su propio interés; monstruo verdadero que se traga honras, vidas y haciendas, y hasta el corazón de su prójimo con verdadera voluptuosidad. El que no roba a su semejante le parece que no alcanza la riqueza que anhela, y esto se hace con todos los ruines instrumentos de los foragidos, a vista de todo el mundo, y esos monstruos de la profanación aniquilan la potencialidad nacional y siguen su presa hasta por la huella, como el león seguía por sus huellas en el polvo de Samaria. Y, sin embargo, ¡cuántas veces pasan por héroes o por hombres de bien y muy honrados!

La ambición es la diosa que depara guerras y por la que multitud de almas inocentes y esclavas son sepultadas. El halago de la victoria pierde todo sentimiento de humanidad, y la Naturaleza misma le recusa cuando se alegan como méritos todos los destrozos que se cometen. Jamás se han visto lobos que formen en línea de batalla y se devoren entre sí. Pero los hombres se matan unos a otros, pretendiendo cada cual tener derecho de vida sobre sus hermanos, reclamando cada cual el derecho de mandar donde nadie cumple el deber de obedecer.

Todos los encuentros en la vida, ¿los aprueba la religión, la justicia y el honor? O, ¿sólo los aprueba cuando los obliga la defensa de la Patria o se basan en el derecho? Los desaprueba cuando no se disputa sobre la posesión formal de apartados fines

de la tierra, sino que se busca gloriarse con un título muy especioso de querer poner debajo de una servidumbre un protectorado en vez de querer la libertad de todo un imperio. Alfonso X, dijo: «La libertad es una de las mas honradas cosas e mas caras de este mundo, así como la servidumbre es la mas vil e mas despreciada.» En verdad que no se muestra ahora por ninguna obra el mismo ánimo y la misma virtud que se mostrara en la antigüedad. Los antepasados es notorio que pasaron a África y descubrieron un nuevo mundo en la tierra que «antes de ellos, ni por vista de hombres ni por fama de personas había sido conocido.» San Francisco de Asís puso el amor sobre todas las personas entre los combates de la Edad Media, y dió con su proceder religioso la humildad y la pobreza. Ahora todo está tan deformado, que es muy común llamar libertad al despotismo, igualdad al despojo, y todo se justifica y para todo se invoca y se toma como panacea el amor patriótico, como si el amor pasional que así mismo se tiene cada uno se incorporase íntegramente y noblemente a la Patria y fuera bastante cosa matizarle con tonalidades de pensamiento. La República romana es cierto que no ha conocido nunca más felicidad que la de morir por la Patria; ahora tampoco se conoce otra felicidad que la explotación de la Patria.

Cuando los hechos ofrecen un desagradable aspecto, es difícil, si no imposible, que pueda variarse jamás el severo fallo de la verdad. El patriotis-

mo no depende exclusivamente de aquellos que simbolizan los destinos o la representación públicos, aunque ellos son los que más le invocan, le trastornan y le vejan. ¿Cómo pueden llamarse patriotas cuando todo lo que especifican sus actos y sus hábitos puede ser considerado indigno de su nombre? ¿Dónde en ellos está el abrazo amoroso de la patria? No más que en las formas. ¿Dónde la inclinación o tendencia prosecutiva a ese objeto? En la mente. ¿Dónde está la solidaridad con las generaciones que poblaron de recuerdos históricos cada uno de los accidentes de la patria? En una concepción totalmente gratuita y arbitraria. ¿Dónde está el punto de partida del cariño que se profesa y dónde el centro patriótico? En la atmósfera. ¡Pero si en el patriotismo se funden el amor sensitivo o pasional con el amor intelectual o racional y en parte alguna se ve la pujanza de su florescencia! ¡Si la manifestación moral y noble está instituida por la manifestación ruín y rastrera! ¡La solidaridad patria está suplantada por la utilidad particular! La historia, la unidad, el carácter están divorciados de los afectos de corazones generosos porque no hay más que conveniencias, maquinaciones, falsedades y miserias. ¿Quiénes son esos hombres públicos que invocan el nombre sagrado de la patria? ¿Son hombres abnegados, desprendidos de sus propios intereses personales? No; no se puede creer en su palabra, sus pasiones son rastreras, son incapaces de sacrificarse en aras de la virtud y del bien de todos; sus acciones son pro-

pías de su inmoralidad y ponen de manifiesto su feroz egoísmo; su codicia insaciable les descubre su patriotismo apócrifo; su vida es el brillo de las concupiscencias más inferiores del hombre. Patriotas que viven esclavizados por los apetitos que recuerdan los tributos de las repúblicas de Atenas, de Roma, de Siracusa y de Esparta, que no cesaban de reclamar la partición de los bienes. Apenas, dice Plutarco, acababa Díón de concluir con la tiranía, cuando Heráclido principiaba a esclavizar al pueblo por lo mismo. ¿Cómo se podrá creer que están dispuestos a sacrificarse por la patria los que para vivir en un rango y opulencia que no les corresponde, ni por sus talentos ni por sus méritos, sacrifican sin duelo al agricultor, al industrial, al comerciante y al obrero, a todo el que vive de un trabajo honrado; los que prescinden cotidianamente de toda moralidad en las aras de Venus y de Baco, de Plutón y de Mercurio?

Bastará abrir los sentidos para persuadirse de la exactitud de estas observaciones, y para hallarlas constantemente comprobadas con la experiencia de mil casos; basta escarbar en el inmundoso lodo social y brota la podre de los purulentos tumores.

Quien arrostra los tormentos de las miserias, de la muerte en las guerras o en los protectorados en el altar del patriotismo, siempre es el sufrido pueblo, avezado, por imbécil muchas veces, a tolerar el despotismo de hombres corrompidos por todas las degeneraciones de una larga decadencia. Sien-

do la elaboración secular del desenvolvimiento histórico lo que constituye la patria, lo que enlaza sus vínculos y los robustece, nadie puede ser amante del conjunto por él formado, quien desmiente con las deformaciones de su vida ese histórico desenvolvimiento. Nadie puede ufanarse de amar a la patria cuando su verdadero sentimiento es el egoísmo absoluto, el amor propio y el desorden para sus particulares ventajas. Estos son hombres sin decoro y sin honor que no buscan más que satisfacer en el fango de las pasiones su ambición y su vanidad.

Cuenta la historia que Balack, rey de los moabitas, hizo llamar al profeta Balaam con objeto de maldecir al pueblo de Israel; mas el profeta pagano, en lugar de proclamar la perdición de los hebreos, se deshizo en cánticos de gloria en su loor, y al separarse del trípode de la predicción, le dijo al rey: «Nada me es dado conseguir contra este pueblo con la palabra, y sólo veo un medio de vencerle, que es el de inducirle a la corrupción, excitando sus apetitos materiales. Cuando se entregue a aquellos goces se olvidará, desde luego, de las leyes de su Dios y llegaréis a tenerle a vuestra disposición.» En consecuencia de esto, el rey Balack dispuso que todos los moabitas se prostituyesen como los israelitas. Al cabo de cierto tiempo, los guerreros hebreos se convirtieron en esclavos de la concupiscencia y de la lujuria.

Y así que, impulsando a los Gobiernos a entregarse más y más a los goces materiales, excitán-

doles a ser mayores sus desenfrenos, marcharon por sí mismos a una perdición; voluntariamente abusaron de la cicuta y vinieron a ser el juguete de sus más encarnizados enemigos y se entregaron atados de pies y manos a los ateos y los comunistas. La victoria contra esos Gobiernos consiste, pues, en no perseguirles ni combatirles, sino en dejarlos seguros de que cuanto más avanzan más anuncian su derrota, y en su llegada a una ruina decisiva consistirá la salvación de los pueblos.

El principio de contradicción para el arrepentimiento presupone la idea de tiempo, y, además, no es seguro que el arrepentimiento se verifique con el tiempo. La ostra se convertirá en perla; es cuestión de tiempo, pero el arrepentimiento no tiene objeto si la contradicción no se refiere a un mismo sentimiento. Y a las condiciones de vida las son de todo punto indispensable un cambio, de modo que, experimentando cuanto las rodea, hay que optar por aquello que pruebe con seguridad la continuación de la existencia en los mejores términos que se anuncie. Los Gobiernos que no se expliquen sino con defectos imposibles para la existencia, merecen el nombre de viciosos y se impone que desaparezcan de como son, bajo uno de dos aspectos diferentes, bien arrepintiéndose o bien suicidándose.

El origen del Gobierno es la necesidad de justicia; la justicia es el reflejo de la perfección de las facultades de las criaturas; si esto no es un hecho, es que no entra en el orden conocido de los Go-

biernos y no pueden realizarlo, y, por tanto, son impotentes.

La existencia, ¿no está dividida entre todos los seres? De siempre. ¿Hay alguno privado de ella? Ninguno. Pues sin embargo de estar la existencia distribuída entre todos los seres, pues a todos quiso Dios conceder esta facultad, ¿se ve que en la participación haya igualdad de justicia? Al débil se le trata como bruto; el fuerte es el héroe que vive a merced de sus pasiones, como si no tuviese inteligencia ni razón. A un pueblo salvaje que habita en los montes, ¿no sería de justicia que se le dejase vivir en ellos en paz y en libertad, sin otra sujeción que la de renovarle en su deformidad, sin traición que entrañe el odio y el aborrecimiento, moviendo sus sentimientos, iluminando su inteligencia, sustrayéndole de sus penas con los bienes naturales que es el acicate de como amistosamente se puede adueñar de mil mundos? Porque a una raza se la considere errante, dispersa e inferior en fuerzas, ¿hay derecho a mancharse con su sangre? ¿Y el sentido de cultura y de civilización? ¿Y el sentimiento de humanidad? Pero, ¿quién en estas circunstancias resulta salvaje? Sin duda alguna los hombres brutales, que cegados por fuerte ambición han regado por su culpa los campos antes devastados con sangre de hermanos.

A propósito de esto y a propósito de la guerra que sostiene España en Marruecos se puede citar el contenido principal de una carta que escribe una madre a su hijo, soldado. Con no ser por de-

más extensa es el proceso de toda la cuestión marroquí. Dice así:

«Hijo de mi alma: Hoy he recibido tus deseadas noticias del 25 del mes corriente. Han llegado con retraso, según costumbre.

¡Pobre hijo! Que algunas veces te haces la ilusión que estás en los Montes Carpetanos, pero que cuando reparas en la bóveda celeste, en el sol que alumbra y en el aire que corre, observas que ni el calor, ni la luz, ni el flúido tienen aquella verdad; sólo ves en tu rededor las escabrosidades del suelo del Puerto del Rebentón, del Mal Agosto o de los Colgodizos. ¡No deja de ser fértil y ameno y brindar un buen porvenir el territorio a tanta costa conquistado! Si nada te inspira cariño, es porque todavía ninguna intimidad te obliga a él; si nada te ofrece seguridad, es porque todavía nada te es propio. Lo peor es que los naturales traten de echaros como a intrusos o de cazaros como alimañas. Se ve incompatibilidad absoluta, hasta con la salud. Pues estos días han llegado procedentes de esa: Rafael, con unas calenturas que le tienen en trance apurado; Jorge, sin un brazo; Marcos, sin una pierna, y Miguel, casi ciego. ¡Qué horror! Sus respectivas madres les cuidan con el amor y la solicitud que se manifiesta en el santuario de su condición.

Doña Concepción, la pobre, no piensa nada. Desde que la mataron a su hijo se ha quedado hecha una lástima; un cuerpo sin más propiedad de la vida. Por más que discurrimos no damos

con el mil veces maldito Gobierno promotor de la aventura de la guerra, causa de tantas desgracias.

Si a nadie, parece, le es conocida la verdadera causa y el movimiento que ha engendrado la guerra, también es una quimera poder saber cuándo ni cómo va a concluir. Oigo con sumo interés todo lo que se dice respecto de ella, y ni por instigación puedo entrar en ningún concierto lógico y desinteresado. No hay entendimiento que llegue a comprender dónde se halla la dificultad incomprendible de la situación. Los Gobiernos no se dan razón a sí mismos ni la dan a los demás.

Dos hechos indiscutibles hay en la cuestión: el primero, que hubo un tiempo en que por ceguedad no se alcanzó a distinguir la idea clara y exacta de meterse en la guerra; y el segundo, que ha llegado un instante en que la experiencia se ha acostumbrado a moverse sin guía y desconoce la precisión de estado y las distancias de los fines de la guerra. Así, que si de la primera nebulosa no salió el sol, la segunda tampoco evoluciona en el sentido de iluminar con su luz. ¡Qué desconcierto! De ahí viene mayormente el germen de las responsabilidades de los apóstatas o de los ineptos y cuya depuración se cree acabará en una burla ridícula.

Con bastante frecuencia salen para Marruecos expediciones militares para cubrir bajas. Tu hermano también ha entrado en suerte y no le ha correspondido ir. He pedido a Dios que le correspon-

diese ir contigo, y también he pedido que no le correspondiese. Dos cosas distintas.

Pensando, naturalmente, ¿a qué había de ir? ¿Lo sabe alguien? Se sabe que ningún afecto nos enlaza ni ningún interés envuelve ventajas. Es tonto brindar un protectorado que los mismos beneficiarios le rehusan a tiros. Pensando con el entendimiento y con el corazón, he deseado que tu hermano vaya a Melilla. Sea por lo que fuere, el caso es que estamos metidos en el fregado y hay que pensar en salir del empeño con dignidad. Nadie, ni mentalmente, debe perder el respeto a las cuestiones nacionales, y menos cuando significan una oposición que esteriliza vuestros esfuerzos y vuestros sacrificios. Ahí estás tú, y contigo muchos más; habéis ido derechos, como la obediencia, al clamor del heroísmo y la abnegación, y es justo que para cooperar con vosotros a salvar las palpitaciones del honor, subsista la imposición de ir adonde el hermano llama al hermano, aunque esto sea un designio que equivalga a que «el polvo llame al polvo». El deber y la conciencia nacional no pueden quedar envueltos en el sudario de la eterna noche; la atracción de las almas no puede quedar anulada; el arroyo separado de su manantial no puede quedar seco; los corazones descontentados por la distancia no están estériles; los ideales, las creencias, las virtudes, el nombre, las esperanzas de todos nosotros están en el mismo camino y en la misma facultad de vida. El más sublime de los redentores, desde lo alto de la Cruz,

vertió la palabra de reconvencción: «¿Por qué me habéis abandonado?» Y si esto sucede a un espíritu divino, ¿qué puede pasarle en el abandono al vulgo de los mortales? Hay que combatir como titanes por liberar lo perdido. ¿Que la idea es un Calvario? ¡Quién sabe si la vuelta será el cáliz de la pasión donde se contiene la salud! Allá hasta donde lleguen los lazos de familia, por lejos que estén sumidos al deber, hasta allí mismo llega el rescate de los hijos de unos idénticos descendientes, y todos los hombres hermanos tienen la obligación ineludible de acudir a ellos con sangre reudentora. Ese es el mérito de la Cruz de la Patria. En las horas de abatimiento de los pueblos no puede flaquear la voluntad; hay que afrontar los obstáculos y aceptar las adversidades hasta vencerlas o morir.

Tú, hijo, cumple como buen soldado, que el servicio por la Patria nunca es esclavitud, y si algo tiene de amargo es pasajero, en tanto que madura el fruto de la victoria.

No te inquietes por tus estudios, ¡qué le hemos de hacer! Tres años perdidos, la primera flor; has perdido el hábito de estudiante, has olvidado lo que aprendistes y difícilmente podrás seguir tu carrera. No hay más que tener paciencia. Dios, con su infinito poder y su sabiduría sin límites, te amparará en esta vida llena de arcanos.

Por giro postal te mando cincuenta pesetas. No me ha sido posible reunir más. Es un sacrificio bastante más soportable que la miseria repugnan-

te que padecéis ahí. En lo que haya quien preste no te faltarán mis dones. A mí me parece que la guerra se acabará pronto o todos tendremos que rendirnos por no poder justificar con qué subsistir. ¡Ah! Si tu hermano fuese a la guerra, alentado por el cariño que te tiene; si otros fuesen estimulados por una análoga voluntad, todos unidos en acto colectivo, como una sola potencia, tengo la confianza que se reflejaría en una acción arrasadora a la morería. Y todos juntos volveríais pronto y con honra, dejando eso solidarizado. Pero esto es humanamente imposible porque no se mira como verdadero el principio que se sustenta; no se concede ninguna virtud a la imagen de justicia que se invoca; falta la fe al faltar el fin patriótico que encierra el destino, y, naturalmente, se escapa al juicio y a la conformidad, que consiste en el deseo de la multitud reunida.

Ante todo, hijo mío, cumple con fidelidad tu deber de soldado guardando el culto debido a la santidad del juramento a la bandera; huye de las malas compañías; no escuches los malos consejos; sé obediente con tus superiores y no seas dañino con tus conciudadanos. No te despojes del fervor de la moral ni por huir del dolor. El no reparar en la injusticia y la ingratitud puede ser causa de muchas ruinas. Busca la razón de las cosas en el regulador de la conciencia. La muerte, prematura siempre, es muy sensible; pero la muerte frente del enemigo tiene una fuerza de heroicidad tal, que se prolonga y que se relaciona con el brillo

de holocaustos, que consuela; la muerte cobarde por los compañeros de armas es una razón capital para verter por los ojos toda la sangre que mueve el corazón. La lucha por la Patria es la vindicación por la madre; cada acto en ese sentido, infaliblemente tiene la finalidad de una baja en las filas enemigas y acaso la salvación de la vida de un camarada y un avance hacia la paz, que amorosa deberá oportunamente de reinar en los espíritus y en los destinos.

Encomiéndate a la misericordia de la Virgen, madre de Dios.»

El pueblo con estas cosas está desbordado; no hay hombre diestro capaz de encauzarle. Se impone un esfuerzo del mismo pueblo para apartar los elementos que tanto le perjudican para, en último caso, dividir sus fuerzas con lo cual se les debilitará. Acaso sea esta la ocasión para que esos elementos, unos a otros, se ofendan, y en ese revulsivo de humores malos se castiguen entre sí, y luego de abatidas sus fuerzas, en la furia de la lucha, poco a poco se les podrá poner coto y caminar de nuevo a paso lento y ordenado como la prudencia aconseja.

Todo lo que obedece a un arte concreto, como el orden político, vive de la lucha y se nutre de realidades que en la práctica no sirve querer desnaturalizarlas mediante ningún prejuicio, porque al fin y postre conduce irremisiblemente a consecuencias lamentabilísimas. Nada en verdad autoriza para crear que habiendo elementos de gobierno

culpables se consideren capaces de juzgarse y hacer efectivas sus responsabilidades en obsequio de que se mantengan íntegras las normas de justicia que garanticen en lo sucesivo los derechos y los intereses fundamentales de los ciudadanos. Entregada la depuración de las faltas a la jurisdicción de las Cortes, podrá suceder que triunfe la impunidad y fracase el castigo, pues jamás se ha visto que lo que es un conjunto o una serie eslabonada de cosas que se suceden, rompan el hilo con que se enlazan, y, entonces, ni se satisface la justicia, ni se satisfacen los hondos anhelos de la opinión pública.

El instrumento adecuado con verdadera autoridad y espíritu de justicia está en el interior de todo el mundo; todo el mundo tiene la idea de que perezcan los tinglados políticos, perezcan los tiranos dentro de la legalidad y sálvese la nación.

El Estado y el orden son una necesidad y, por consiguiente, un fin para todos, y todos deberán estar sometidos a él de igual manera; pero hay el derecho de exigir que sus disposiciones no sean un atentado contra el decoro de la vida.

El Estado deberá cumplir su misión investigando y exponiendo los procedimientos mejores en consonancia con los derechos de los ciudadanos.

Al tratarse del ciudadano contribuyente el Estado deberá aplicar los recursos que extrae en la satisfacción de sus necesidades y el cumplimiento de sus fines. Un pueblo bien administrado no deberá apartarse de los dictados de la moral y de la justicia, que es la misión y condición más esencial de

la vida de la comunidad. Deberán importarle los principios económicos y de justicia, deberá importarle permanecer fiel a su deber para que no sea la desconfianza la que inspire sus actos.

El agricultor, trabajando la tierra en beneficio de todos; el obrero, trabajando en el campo y en la ciudad para servir y cobijar cómodamente a todos; el maestro, depurando su inteligencia para la educación, y el empleado, el empleado si está al servicio de personales ambiciones, es a causa de las amenazas de supresión o de oferta de mejoramiento de clase.

Unos miembros se proveen de otros en la vida, incluso a los Gobiernos; no hay ramo en la vida que no obedezca a una mutua relación. Hay sus mudanzas, es evidente; mas si éstas no existiesen, se imaginaría que no habría punto de vista; ahora que esas mudanzas son consecuencia relativa de sucesión.

La democracia alguien ha dicho que es el corazón de una nación, y el militarismo los brazos; pero los altivos demócratas de ahora siempre creen verse en la necesidad de destruir la preponderancia militar, no pensando en fortalecer y robustecer el poder civil, sino pensando que ellos son los únicos, como la salud, pero sin hacerse cargo de que los males que cada día aquejan a la sociedad son muchos. Para debilitar el poder militar no hay más que fortalecer y mejorar de calidad el poder civil, lo cual fuera posible cambiando de sistema de gobernar.

La fuerza de las armas siempre es un mal porque es una carga económica, y siempre es un bien cuando está basada en la necesidad y en la influencia de la disciplina. El imperio de la fuerza sobre el imperio de las leyes, es un mal muy grave contrapuesto a todo el mundo civilizado, y mucho más grave cuando significa que la ley está violada de raíz por el poder de la arbitrariedad. Cuando un poder está arraigado en la sociedad no se le destruye tan fácilmente; es necesario oponerle razones poderosas, y éstas no siempre se manifiestan visibles. En España el poder necesario para mantener el orden público no radica sino en el poder militar. La ventaja que tiene el poder civil es que la fuerza militar no se personifica en un solo individuo, en un Parmenion. Ningún militar sueña con colocarse a la cabeza de un partido político. Saben desde su creación que se apellidan fuertes, pero saben también que en los asuntos políticos son semejantes al gigante Poliferno: no tienen más que un ojo, y no ven nunca más que la mitad de un objeto. No es poca ventaja que los militares sepan historia y recuerden que sus antecesores han encontrado su ruina en las posiciones para acaudillar un partido. La idea, el interés y el deseo no bastan para hacer bien en la política, ni para que no les haga víctimas la envidia de sus propios amigos. La severidad y la disciplina no encajan en la política al día, que es una perdición, en la que se ha trocado la pureza en podredumbre y vicio. La combinación militar en la política no debe ser más que para

llegar a un fin determinado, esto es, para desenvolver el orden de manera conveniente. Pero en cuanto no se considere que el principio de gobierno y el sistema de administración y de justicia es detestable y que está en inminente peligro, no se requiere la intervención militar.

Existe una leyenda rabínica que encierra un sentido profundo: «La luna—dice el Talmud—era en otro tiempo un astro independiente del sol; pero, apenas había comenzado a brillar, se rebeló para usurparle a aquél su lugar. Entonces Dios, viendo que toda su creación se hallaba comprometida por el egoísmo de la luna, decretó su caída, a fin de que, recibiendo su luz del sol, perdiera la facultad de perturbar el orden del Universo.»

Lo propio sucede con el orden político-civil y militar.

Como aquél es simultáneamente el punto de partida, el principio y el centro de la irradiación de la sociedad, el poder militar representa, ante todo, el orden y el deber, y el poder civil la libertad y el derecho, pero a impulsos del orden y del deber.

Entre el poder civil y el poder militar hay tendida una cadena que no deberá embargar el movimiento de ninguno de los dos poderes; ondeando suavemente, desde luego, se aviene con el flujo y reflujo demandado por la distinta naturaleza de las cosas. La cuestión está en que la mano de la cual depende, la libre y rija con verdadera inteligencia. Para nadie es desconocido que la popularidad po-

lítica y la militar están tan reducidas, en sí mismas, que parece provienen, por lo fúnebres, de un origen que no convida a saludar en la vida ningún triunfo. La popularidad política ha perdido su matiz de ser el defensor de los oprimidos y de los desgraciados, y la popularidad militar ha perdido su ambiente de ser el previsor que con su corazón resistía la oposición de todo obstáculo. Así resulta que todo lo que se llama disposiciones autoritarias son una especie de confusión de palabras, que, a fuerza de involucrarlas, toman el aspecto del espíritu revolucionario con que las clases oprimidas contestan al despotismo de las clases opresoras.

Es una necesidad combinar de una manera conveniente las antiguas prácticas, para entrar de lleno en la característica moderna, ya concibiendo con viveza y fuerza las ideas, ya mostrándose como una personificación de las mismas para asegurar el orden público y fomentar el desarrollo de los verdaderos intereses del país.

En toda la nación hay un explicable y profundo malestar, una inquietud y una zozobra que se manifiestan en la región de todas las cosas.

El gallo es el símbolo de la prudencia; ve al mismo tiempo la garza en el aire, y en el suelo el gusanillo que le sirve de alimento. El hombre es el único que no descubre la rivalidad que le destruye o la reunión que le ampara.

Es evidente que a ningún ingenio humano le es dado crear súbitamente una constitución para ningún pueblo que tiene una historia propia, porque

todo pueblo, al nacer, al desarrollarse, al crecer y al multiplicarse, crea y lleva en sí mismo su propia constitución; pero le es dado transformarla, variarla constantemente con el tiempo; es decir, que avanza o retrocede con los buenos o malos principios que predominan en aquel mismo pueblo. Y en siendo las leyes y las costumbres no más que mudables formas, pueden progresar todo lo que sea capaz y apetezca a la sociedad. Los adelantos pueden contemplarse cara a cara, como la vista del águila contempla los rayos del sol, pero toda forma deberá envolverse en el hermoso resplandor de la justicia.

Sin valor y sin habilidad para cortar de raíz los males, vendrán sobre el país grandes trastornos. Por otro lado, una dictadura militar la rechazan los principios, los sentimientos y las costumbres, porque la elasticidad de una sociedad moderna no puede estar sometida al régimen de la fuerza más que en casos tan extremos que no la contraríen la dureza de su mando y el abandono del poder civil a las pasiones y a los proyectos incóvenientes e insensatos.

El principio equivocado de despotismo y tiranía del poder civil, casi siempre obedece a una gran memoria de que está rodeado y protegido del poder militar. Si en torno del poder civil formase la fuerza moral necesaria, en este caso, estaría de más la fuerza militar. El poder civil y el poder militar son dos esencias atentas a los negocios del Estado: el poder civil tiene la primogeni-

tura, pero de nada le sirve, porque no sabe reducirse a los límites señalados por la equidad y la prudencia y adopta disposiciones tan descabelladas que repugnan muchas veces con la dignidad del hombre que se halla en la necesidad de obedecer, y, como consecuencia, se establece el pugilato, se enardece el poder civil y se pone en el caso de abandonar la cuestión, entregándola al poder militar. Este modo de replicar, ¿es cobardía de los Gobiernos? ¿Es defender la causa de la razón y de la justicia? Es no más que la fisonomía que ha quedado en pie en medio de los más censurables trastornos. Una nación que no concibe ningún plan con previsión, ni los prepara y ejecuta con destreza, ni los lleva a cabo con tenacidad; una nación que permaneciendo en estado regular en tanto que todos los demás pueblos han estado en guerra, y no puede seguir un sistema de política interior y exterior a la manera de superioridad que le siguen hombres de otras naciones, da a conocer la falta de todo principio vital.

Todavía puede haber buen remedio si hay verdadero patriotismo, si hay fraternidad, si hay anhelos de salir de la posición angustiosa en que está colocada la nación. La fuerza de la idea nacional como sentimiento grabado en el corazón es de una robustez admirable. La unidad de pensamiento y la unidad de conductas que hace de todos los hombres un solo hombre, es el manantial del cual brotan las acciones grandes. Si no se estuviese escarmentado de tantos ensayos político

sociales sin ningún fin práctico, habría la esperanza de poder estar tranquilos, porque no habría que reprimir la falta de unidad de los elementos que manifiestan su desagrado. Si a falta de grandes ideas, de energía de carácter, de mirada telescópica, se disfrutara de una dotación, siquiera de una aptitud financiera, de una mentalidad social, de una capacidad para ver, ensayar y aceptar la mejor organización de la empresa económica, entonces, elevados al plano de una idea general que trascendiese a las realidades cotidianas, que coincidiese con la incorporación de la psicología nacional, se podría vivir otorgando la confianza suficiente, por creer que a la hora del desbarajuste político, social y económico, se presentaba un concurso organizador, y, por tanto, distinto de todos los anteriores.

Pasa una generación y otra la sucede, y el mundo se queda como estaba; toda la felicidad es vana, sólo la misericordia redime la culpa, y la justicia es el fundamento que debe acudir igualmente a todos los servicios del hombre. Un pueblo, si es justo y metódico, es virtuoso, potente y progresivo; un pueblo bien administrado y bien dirigido, celoso del buen orden, preocupado de las reformas convenientes, ponderable de las relaciones de justicia y libertad no suele tener partidarios de procedimientos funestos. La realidad de un engrandecimiento es la salvación y el triunfo de la paz. Donde ondea el viento de la armonía no se parapeta la afrenta; con que la vida tenga su senti-

miento que salga del alma, están vencidos todos los motivos, que son una vergüenza para disculpar el crimen.

Antes de la venida de Jesucristo, dicen los historiadores, se agitaba el humano linaje en busca de una idea grande, de un pensamiento sublime que encerrase y compendiasse lo pasado, descifrara y mejorara lo presente, formulara y fijara el porvenir. Moisés y Homero, Salomón y Sócrates, todos, se afanaban en pos del indicado pensamiento; rebullía en sus cabezas como un mal formado embrión; tenía ya la vida, pero le faltaba el desarrollo competente porque el género humano no se lo consentía. Las ideas eran tan groseras, las costumbres tan duras y feroces, los pueblos vivían en tanto aislamiento, era tal la imperfección de las diferentes organizaciones sociales, tan extrañas e injustas las condiciones del Poder público, tan mal reconocidas y deslindadas las atribuciones del doméstico, tanto, en una palabra, el atraso de la verdadera civilización, que, lanzada en medio del mundo la sublime idea, de nadie fuera comprendida, por todos menospreciada y conculcada.

La civilización moderna está colocada en un puesto inmensamente superior a todas las demás civilizaciones antiguas; pero es una civilización la de ahora que rebosa nada más que en actividad, en movimiento, en espíritu mercantil e industrial; es decir, aborda una codicia que llega a resolverse turbulenta, caminando a una ruina por un rapidí-

simo declive. Unos hombres se arrojan sobre los demás hombres y amenazan arrastrar bárbaramente en su fragosa corriente a la sociedad con todos sus adelantos. Y si es verdad que los males son patrimonio inseparable de la humanidad, bueno fuera que la Providencia llegase a comparar lo que sufrieron los pueblos en la antigüedad con lo que sufren en la actualidad y les dotara de la dicha de una redención. La existencia de un nacimiento de un hijo apetecido y ansiosamente deseado, de un hombre escogido para novar los sentimientos y expresiones de paz, para ser la sagrada aurora que deba augurar el género humano, la próxima luz del sol de justicia que glorifique y honre cuanto hay en el hombre por una entera conformidad.

Cuadro sombrío es el que presenta la sociedad: herida en el corazón, ofrece la imagen de la corrupción más asquerosa velada con el ropaje más engañoso. La moral sin base, las costumbres sin pudor, sin freno las pasiones, las leyes sin la sanción debida, la religión sin Dios, es, en fin, el hombre un hondo misterio para sí mismo y un bruto en la estimación de los demás. Se ve claro, patente, que todo está desacreditado y desconcertado, y desgraciadamente no se vislumbra un pensamiento fecundo, una esperanza consoladora, una renovación en la justicia de los hombres y sus costumbres, un hombre eminente que ejerciendo un mágico influjo sobre el corazón de sus semejantes dicte leyes humanas, suprima abusos, rectifique ideas, enderece los malos hábitos y asiente

sobre sabias instituciones un Gobierno que labore cumplidamente la dicha y la prosperidad del pueblo. Un hombre que levante en alto grado la creencia de la buena fe, como medio de que no quede más recurso que la impotencia y lo que puede esperarse de ella; y que se haga cargo de un plan para la reconstitución económica, con un tónico adecuado que elimine del presupuesto las supercherías y las gratificaciones a privilegiados voraces ciudadanos.

Si España está destinada a sufrir algún día algún general y profundo trastorno por alguna violenta irrupción del pueblo sobre los poderes sociales, ojalá fuese motivo para que se testimoniase una prueba de lo que vale en los grandes trances el poder proclamado por el sentido común; ojalá fuese atendido el lenguaje de algún inesperado que, «colocado en el centro de la tierra como único, a quien miraran todos para conservarse mejor en la unidad», influyese en el secreto presentimiento y debilitase con su sublime poder la fuerza ciega en holocausto a la causa de la humanidad.

Quiera Dios que la existencia de la sociedad, no sólo se conserva incólume en este sufrido país, sino que se transmita de generación en generación, que los hombres de conciencia y a la par de ciencia, hombres que por sus condiciones preeminentes puedan ser juzgados sin ser oídos, la prediquen con el ejemplo, sin cesar con todos los rasgos de la más diáfana pureza, haciendo de ella aplicaciones continuas a todas las artes de la vida

y a los intereses de todos; pues todos los hombres son un mismo e idéntico compuesto de cuerpo y alma, un mismo e idéntico complejo espiritual y corporal, un conjunto de relaciones morales y físicas, un solo origen y un único destino.

FIN

ÍNDICE

	<u>Págs.</u>
INTRODUCCIÓN.	5
CAPÍTULO I.—Dispersión de los organismos político sociales.	13
CAPÍTULO II.—Unos miembros del cuerpo político social oponen que todo su trabajo corporal y todo su ejercicio mental es para servir a otros miembros del mismo cuerpo que están ociosos y que no hacen sino gozar de la vida.	41
CAPÍTULO III.—Mediante la violencia quieren dominarse unos miembros a otros, y lo que conseguirán será que el cuerpo político social llegará a extenuarse por lo que habrá de sufrir.	69
CAPÍTULO IV.—Todos los miembros del cuerpo político social se conducen como si hubiesen hecho conjuración unos contra otros; quieren que cada uno viva de su trabajo, y no unos del trabajo de otros.	101
CAPÍTULO V.—Los miembros del cuerpo político social con todos sus razonamientos son los únicos que, dando un principio diferente a las cosas, establecen conjeturas inverosímiles.	141
CAPÍTULO VI.—Cómo y por dónde andan algunos de los deberes y derechos que forman en el cuerpo político social.	177
CAPÍTULO VII.—La salvación del cuerpo político social está en que llegue a conocer sus errores y trabaje para servir la concordia, que es tanto como servirse mutuamente.	209
CAPÍTULO VIII.—Del cuerpo político social se proveen todos los miembros, incluso los Gobiernos; lo que significa que no hay ramo en la vida que no obedezca a una mutua relación y posibilidad de vivir, conforme a su natural contexto.	245

INDICE

345	de vivir, cualquiera a su natural contexto.....
343	CAPITULO VIII.—Del campo político social se pro- vean todos los miembros, tales los políticos; lo que significa que no hay rama en la vida que no obedezca a una intensa relación y posibilidad
309	CAPITULO VII.—La evolución del campo político social está en gran medida a conocer sus errores y desde luego servir la conciencia que es tanto como servirnos mutuamente.....
141	CAPITULO VI.—Como y por dónde están algunas de las ideas y técnicas que forman en el campo político social.....
101	CAPITULO V.—Los miembros del campo político social son todos sus representantes con los in- tereses de cada uno de ellos.....
93	CAPITULO IV.—Tales los miembros del campo po- lítico social se encuentran, como el político de- más a experimentar por lo que hacen de su vida.....
41	CAPITULO III.—Mediante la evolución política de- miten los miembros a otros y lo que son mientras que otros políticos sociales se pueden experimentar por lo que hacen de su vida.....
13	CAPITULO II.—Una evolución del campo político social significa que todos en el campo político y mientras que otros políticos sociales están evolucionando y que no hacen sino parte de la vida.....
5	CAPITULO I.—Evolución de los organismos polí- ticos sociales.....

OBRAS DEL MISMO AUTOR

Política administrativa.

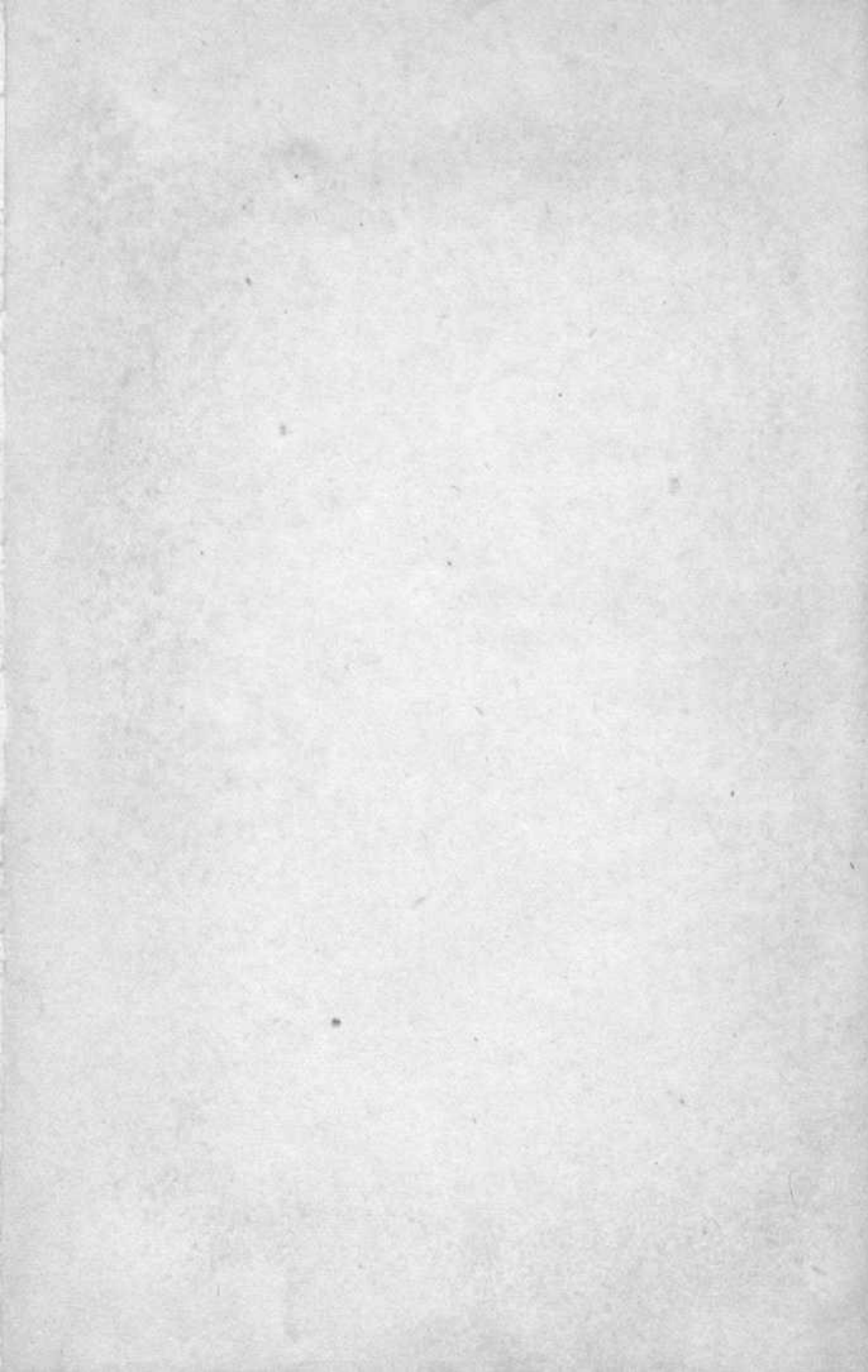
El Estado y el Banco de España.

Observaciones a la reforma del Banco de España.

Dolencias políticas y sociales.

OBRAS DEL MISMO AUTOR

Política administrativa
El Estado y el Povo de España
Operaciones e la reforma del Povo de Es-
paña
Tendencias políticas y sociales



XXXXXXXXXXXXXXXXXXXX

S. NORRROS

DOLENCIAS

POLÍTICAS

Y SOCIALES

Precio: 5 plas.

XXXXXXXXXXXXXXXXXXXX